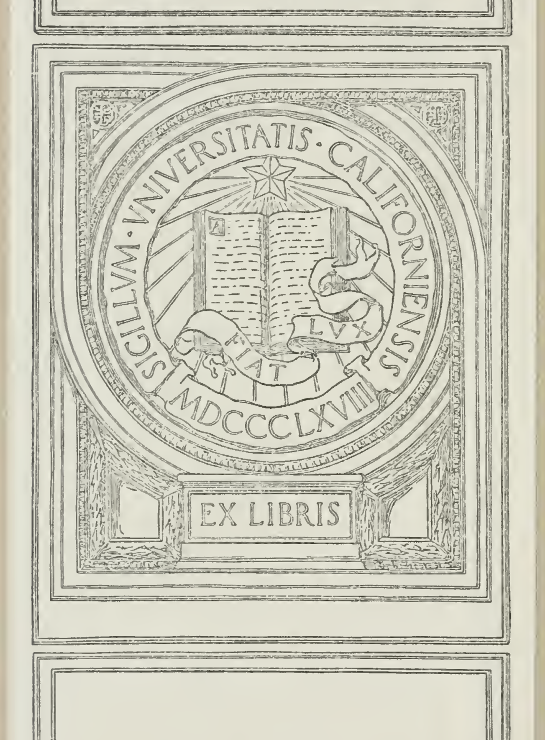


ifornia
onal
ity

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES



UNIV. OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES
LIBRARY

UNIV. OF CALIFORNIA
AT LOS ANGELES
LIBRARY

LEGUIZAMÓN

PÁGINAS ARGENTINAS

6286 · 12

J. LAJOUANE y Cía — Edit.

1911



PÁGINAS ARGENTINAS

DEL MISMO AUTOR

Recuerdos de la Tierra.................... 1 volumen
Calandria, costumbres campestres......... 1 »
Montaraz, romance histórico del año XX... 1 »
Filiación natural, su prueba............... 1 »
Impuesto á la producción.................. 1 »
Las guías de campaña...................... 1 »
Los bonos de edificación y la prescripción extintiva.............................. 1 »
Constitucionalidad del impuesto de guías y á la producción.......................... 1 »
Alma nativa............................ 1 »
De cepa criolla......................... 1 »
Urquiza y la casa del Acuerdo............. 1 »
La iconografía de Juan de Garay........... 1 »
El supuesto retrato de Garay............... 1 »

PUBLICACIONES DIRIGIDAS Y ANOTADAS

CONCOLORCORVO, *El lazarillo de ciegos caminantes* y ARAUJO, *Guía de forasteros del virreinato de Buenos Aires* 1773-1803.................. 1 volumen
El Colegio del Uruguay 1849-28 de Julio-1907... 1 »

EN PREPARACIÓN

Cielitos y diálogos patrióticos de Bartolomé Hidalgo, edición ilustrada................ 1 volumen

MARTINIANO LEGUIZAMÓN

Páginas Argentinas

CRITICA LITERARIA É HISTÓRICA



BUENOS AIRES

LIBRERIA NACIONAL

J. LAJOUANE & Cía. — EDITORES

270 - Calle Bolívar - 270

1911

PQ
7519
L3
F

ADVERTENCIA

No existe, sin duda, jactancia al rotular con el título de Páginas Argentinas, *las páginas agrupadas en este volúmen. Argentinas son, en efecto, por su esencia y por el sentimiento de la tradición de las cosas y de las ideas que las anima y por la fuente en que se inspiran. Un amor perenne hacia nuestra tierra circula en ellas y las vivifica. El númen es la patria y para ella es la ofrenda intensa y serena.*

Ya exalte las glorias de la bandera, elogie al músico del himno, defienda la permanencia de los viejos nombres geográficos, abogue por el cultivo del regionalismo literario como basamento de la literatura nacional ó reivindique el abolengo indígena de la vidalita;—es siempre la misma pasión por la verdad histórica y una noble simpatía para los temas de la vida argentina, la que ha hecho brotar las páginas ágiles y elegantes del escritor entrerriano.

SPANISH MAR 19 '43 FEGER

A56694

El nuevo libro del autor de Recuerdos de la tierra, Montaraz, Alma nativa, y De Cepa criolla, *que entregamos á la circulación literaria, ratifica la acentuada tendencia nacionalista de que esas obras son exponente y demuestra una vez más su «manera» personal como prosista de pura cepa argentina.*

Por lo demás estos escritos—varios é inconexos al parecer—tienen, sin embargo, íntima unidad espiritual por sus asuntos y por la forma que les da filiación;—á lo que se auna el incentivo de una campaña idealista en pró de las orientaciones impresas á la escuela pública por el doctor José María Ramos Mejía para arraigar en la conciencia nacional el culto de la tradición, con previsoras miras hacia el porvenir. Esto sólo bastaría para hacer el elogio del mérito del libro y de la oportunidad de su aparición, aparte del indiscutible atractivo de su estilo que hará, estamos seguros, interesante y provechosa su lectura.

LOS EDITORES.

ORACION DE LA BANDERA

ORACION DE LA BANDERA [1]

Pauca verba ante magna facta.

Señoras y señores:

Saludo ante todo á los altos representantes del Consejo Nacional de Educación que han querido honrar nuestra fiesta. Y á las dignas damas que dan con su presencia en esta tribuna, una nota de armonía, de gracia y de belleza alentando con sus sonrisas á la caravana juvenil que anhelosa aguarda. Para ella también mi efusiva reverencia.

El espectáculo que presenciamos es sencillo y grande á la vez. Sencillo por el jubiloso grupo escolar de cuatro mil niños que van á realizar esta cívica ceremonia; grande, porque sentimos palpitar sus corazones vibrando con un sólo sen-

(1) Pronunciada en Palermo el día 8 de julio de 1909 como presidente del Consejo Escolar X en el acto de la jura por los niños del distrito.

timiento, inquietados por una sola preocupación, al conjuro de esas voces sagradas para los hijos de cualquier colectividad civilizada: la patria, el himno y la bandera.

Todo habla de patria en este instante como predisponiendo al espíritu para saturarse con los recuerdos que avivan la emoción de la nacionalidad. Acabamos de escuchar el coro de sus voces infantiles, con las estrofas marciales del himno que canta las glorias de la revolución y los anhelos patricios de los que fundaron el vínculo de la nueva nación que surgía con la sien coronada de laureles; y para imprimir al cuadro su apropiado colorido, flamean al viento que pasa los límpios colores de nuestra enseña, que parece flotando en las alturas—como dice la gráfica imagen del poeta:

Blanca nube que cuelga del espacio
Con un jirón del firmamento atada!...

El tema y el ambiente son propicios á las altas evocaciones y ojalá mi palabra lograra traducir sencillamente como lo exige el auditorio, el fin trascendental de esta ceremonia.

La jura de la bandera — que por primera vez

practican los niños de las escuelas públicas — no es una simple fiesta conmemorativa del aniversario de nuestra emancipación. Tiene una finalidad más culminante, se orienta en propósitos patrióticos que miran al porvenir. Se quiere imprimir, á manera de sello hondo y duradero, en el alma del niño que mañana será ciudadano, en el corazón de la madre futura, el sentimiento y el culto de la tradición argentina, sin preocupaciones de raza, de sangre, ni de religión; sin recelos hostiles hacia los brazos extranjeros que nos ayudan á labrar la tierra para acrecentar las riquezas del país.

No es entonces un alarde de vano patrioterismo el que motiva esta fiesta, sino la realización de una previsora práctica de civismo, al exigir que la escuela del Estado donde se plasma el espíritu de nuestros hijos, lo modele dentro del austero y noble cuño de los que formaron á costa de sangre y de sacrificios los indisolubles vínculos de la nacionalidad, de los que tallaron en el áspero granito de las altiveces nativas, los perfiles característicos del alma argentina.

Y es, sin duda, oportuna é imperiosa esa exigencia de la hora presente, en presencia del alu-

vión de los entreveros étnicos, ante la abigarrada mezcla de sentimientos, de creencias, de hábitos y hasta de lenguas, en que se está fundiendo el nuevo tipo del pueblo homogéneo, que el vaivén de las corrientes inmigratorias hacen cada día más indeterminado y vago.

El fenómeno es mayormente sensible aquí, que en ninguna otra porción del territorio, por ser mayor la afluencia de elementos extraños que á diario se incorporan al núcleo nativo, pero sin perder los rasgos típicos de su fisonomía originaria. Y si asombra en verdad la expansión de nuestras riquezas materiales, el desarrollo de la cultura y del progreso de esta metropoli que ha superado con exceso aquel clarovidente vaticinio—¡la gran capital del sur!—pero debemos confesarlo, esa misma ráfaga del progreso va también borrando rápidamente los perfiles del espíritu argentino, que agoniza bajo un exotismo multicolor y brillante.

Y cuando se piensa que no siempre el tipo y los anhelos nuevos valen el tipo y los anhelos desdeñados por arcáicos, se justifican estas inquietudes cívicas—que muchos sienten sin atreverse á formular — de los que procuramos sal-

var del cosmopolitismo invasor el aroma añejo de nuestras tradiciones...

No desnaturalizan esos anhelos las amplias garantías del preámbulo de la Constitución. cuando franquea las fronteras del territorio á todos los hombres del mundo que quieran habitarlo. La enseñanza del patriotismo en las escuelas no es dada para inducir al niño á mirar en menos á los demás países, ni para inflarnos de vanagloria, como se ha dicho en estos días, adulterando los altos móviles de esta ceremonia.

Pero es indiscutible el derecho y la conveniencia de que la escuela pública perpetúe la orientación nacionalista, al incorporar los nuevos elementos de cultura y civilización que nos llegan de todas partes, con espíritu amplio, libre de prejuicios recelosos contra los que nacieron bajo extraños cielos, desde que millares de hijos de extranjeros fraternizan con nuestros hijos en el aula, el taller y el hogar, y extranjeros son los modelos y métodos de que nos valemos en la enseñanza. Extranjeros son también los artistas á quienes acaba de confiarse la ejecución de los dos grandes monumentos del centenario: á Brizzolara, italiano, el de la In-

dependencia; y á Ferrari, oriental, el del Ejército de los Andes...

Atravesamos el período de la formación del tipo ciudadano del futuro, obedeciendo al imperio de leyes sociológicas en que la sangre de miles de seres venidos de regiones lejanas y distintas, va á mezclarse y á reproducir las particularidades y las aptitudes del remoto ascendiente, y eso mismo obliga á los directores de la enseñanza á vigilar con cautela el desarrollo de ese proceso de fusión y asimilación del cual dependerá nuestra grandeza nacional.

No basta pensar en que seremos grandes por el acrecentamiento de los habitantes de mañana; sino en que hemos de ser grandes y fuertes por la solidaridad del sentimiento y del vínculo que nos una; y eso no lo lograremos si el espíritu territorial desde Misiones al Estrecho y del Plata á las cumbres de los Andes, no es idéntico; si los ideales del patriciado nativo no son los que orientan los derroteros de esta cara tierra argentina, en su avance al porvenir!...

Niños del Distrito Escolar X y de las Escuelas Evangélicas:

La bandera que vais á jurar es el símbolo de la eternidad de esta patria grande y fraternal. Bajo sus colores inmaculados se compendia toda nuestra historia. Nació entre fragores de combate para mostrar el empuje y los anhelos de un pueblo que odiaba el tutelaje opresor, con el juramento categórico de ser libre, y en los años vividos el humo de muchas victorias y los frutos de la independencia y la paz asegurados á su sombra, han confirmado aquel juramento viril.

El celeste y blanco de que está formada, sirvió de distintivo á los nativos en 1806 y 1807, cuando las invasiones inglesas al Río de la Plata. Fué divisa en el sombrero de los patriotas en la revolución del 25 de Mayo de 1810. Con sus colores se tejió la escarapela que lleváis sobre el pecho; con ellos formó Belgrano la primera bandera argentina que juró el ejército libertador al marchar al Alto Perú, consagrándola desde aquel instante memorable como pendón de independencia y de batalla.

Conocéis la trayectoria que recorrió en su empresa redentora desde las riberas del Plata á las montañas del Ecuador, jalonando su marcha con laureles de triunfo. Es la misma enseña que nuestros audaces corsarios pasearon por casi todos los mares del mundo; la que Buchardo y Brown ataban al mástil más alto de sus naves para realizar hazañas que parecen arrancadas á una canción de gesta. La que Alvear agitó sobre las pedregosas cuchillas de Ituzaingó; la que Mitre hizo tremolar hecha jirones pero vencedora, tras el sangriento y largo batallar contra las huestes del osado enemigo, que un día posó la planta sobre tierra argentina...

Mensajera de libertad en su arranque inicial; símbolo de paz, de trabajo, de cultura y garantía de justicia en el presente. Tal es nuestra bandera.

Ya veis que tiene limpios timbres de honor y de gloria, para merecer el homenaje de reverencia y de amor que con este acto le tributáis. Amadla siempre porque es vuestra; amadla como se ama á la madre, más que á la propia madre, porque ella representa la patria, y la patria argentina es nuestra madre común.

Quiero referiros ahora dos breves episodios históricos, que os enseñarán cómo la amaban y la defendían los soldados de la patria vieja. Escuchadme y grabad en vuestros corazones el recuerdo.

Ya San Martín se había retirado de la dirección de la campaña libertadora del Perú, cuando un día dos traidores sublevaron los restos de su batallón entregando la fortaleza del Callao á los realistas. Estaba de centinela en el torreón del castillo el negro Falucho; los sublevados le intiman que presente las armas al estandarte del rey, que acababan de izar en el asta donde antes flameaban los colores argentinos, y aquel negro sublime—en un arranque heróico que ha inmortalizado el verso y el bronce—prefirió hacerse matar antes de cometer semejante ultraje á la bandera de sus cariños natales.

Oid ahora el final que culmina tan magnífico episodio.

Nuestra enseña fué arriada por manos traidoras en aquel triste día, y hubiera sido trofeo del enemigo si otro soldado oscuro no la salva, ocultándola en el fondo de una petaca, y al morir no la lega á su compañera para que la en-

tregara á nuestros jefes el día en que se rindiese la plaza.

Y aquella pobre mujer de soldado—una noble y leal parda cuyo nombre no recuerda la historia—cumplió el voto del moribundo, poniendo más tarde en manos argentinas los gloriosos jirones de la bandera del Ejército de los Andes, que hoy veneramos cual sagrada reliquia!

El otro episodio es menos conocido, porque la historia de la guerra en que se produjo no ha sido aún escrita.

Fué durante la campaña contra el tirano del Paraguay. Para poner término al largo y sangriento batallar, en que los ejércitos enemigos parecían cobrar nuevos alientos después de cada desastre, se ordenó desembarcar tropas en el Chaco á fin de cortarles la comunicación que mantenían con aquel territorio.

Alegres y confiados iban á la cabeza de la columna expedicionaria los voluntarios de la legión argentina, por entre un espeso bosque ribereño, cuando bruscamente fueron atacados por fuerzas paraguayas. Nuestras tropas no pudieron formar cuadro para defenderse, porque habían sido envueltas en la impetuosa acometi-

da. Ni siquiera podían hacer uso de sus pesados fusiles en la confusión del entrevero, y los abandonaron por inútiles, para pelear á cuchillo, cara á cara, uno contra seis, en duelo rabioso y desesperado, acribillándose los pechos á puñaladas y bayonetazos.

La banda de música de la legión se había refugiado con el estandarte bajo un sauzal, á la orilla del río, procurando salvarlo. Y fué en aquel lugar que se desarrolló una escena de imponencia soberbia, porque pone de relieve ese coraje admirable y temerario del criollo que bravea retozando frente al peligro.

Mientras sus compañeros iban cayendo allí cerca, agobiados por el número y la zaña de sus intrépidos atacantes, serenamente, como si se tratara de una de esas sabrosas charlas que animan las veladas del fogón del soldado con savias de la tierra, el joven portaestandarte y el viejo sargento de la banda, pusiéronse á hablar de la muerte.

—Lo que es á ésta no me la quitan ni con la vida! En cuanto vea asomar los morriones de los paraguayos, me envuelvo con ella y me tiro al río.

—Pero va á caer en aguas enemigas, porque el río es de ellos....

—No; viejo! Ya son nuestras, porque las dominan nuestros barcos;—y al hablar así señaló al "Guardia Nacional", del bravo Murature, que navegaba á la distancia, todo empavesado de celeste y blanco, como en un día de gala.

Un alarido atronador resonó entre los matorrales, cortando de golpe el diálogo: eran los paraguayos que venían á arrebatarnos aquel trofeo.

Sereno y altivo, con ese gesto de las supremas resoluciones, el oficial cruzó sobre el pecho la enseña, sujetando sus puntas bajo el cinturón de la espada, trepó después corriendo á lo más alto de una barranca y se arrojó para morir á la impetuosa correntada!...

Así se ama la bandera, así debemos defenderla hasta con el sacrificio de la vida, para que se cumplan por siglos y siglos aquellas proféticas palabras de Sarmiento, que son síntesis de independencia, de libertad y de gloria en el pasado, y antorcha inextinguible para iluminar

los derroteros del porvenir. "La bandera blanca y celeste—¡Dios sea loado!— no ha sido jamás atada al carro triunfal de ningún vencedor de la tierra. Que ella flamee por siempre sobre nuestras murallas y fortalezas, á lo alto de los mástiles de nuestras naves, á la cabeza de nuestras legiones; que el honor sea su aliento, la gloria su aureola, la justicia su empresa".

Niños, esa es vuestra bandera. En prueba de que os sentís capaces de amarla y de defenderla, de que no permitiréis que nunca sea humillada, decid conmigo: "¡Sí, lo juro!"



ELOGIO DE BLAS PARERA

ELOGIO DE BLAS PARERA (1)

Perpetuar la memoria de los hombres recomendables, es hacer justicia á su mérito y estimular á los demás á que imiten su ejemplo.

BERNARDINO RIVADAVIA.

Señoras y señores:

Ha querido el Consejo Nacional de Educación asociarse á la fiesta de la gran fecha histórica, por medio de un acto simpático y lleno de justicia: el bautizo de sesenta escuelas públicas de la nación con el nombre de otros tantos servidores esclarecidos del país, que con el brazo ó con la pluma merecieron el honor de que perpetuemos su recuerdo.

Es esta, pues, una de esas conmemoraciones de homenaje cívico y de gratitud reconocida que

(1) Pronunciado por el presidente del Consejo Escolar X, en la ceremonia del bautizo de la escuela elemental Nº 12, el día 24 de mayo de 1910.

conmueven el espíritu por su evocación prestigiosa.

Al Consejo Escolar X que me honro en presidir, le ha tocado en suerte el poder asociarse á tan justiciera iniciativa y á la vez previsora orientación de la cultura nacional, colocando al frente de dos edificios escolares que carecían de denominación, dos nombres igualmente dignos de ser recordados: el de Manuela Pedraza, la heroica criolla tucumana, que durante las invasiones inglesas mostró de lo que era capaz el temple del alma de nuestras mujeres; y el de Blas Parera, el músico inspirado que dió ritmo imperecedero á la canción nacional.

Corrían los días tormentosos del año 1813. El patriotismo inflamaba todos los pechos, se sentía sed ardiente de vivir la nueva vida augurada por el rompimiento del vínculo colonial y las primeras victorias de nuestros ejércitos bisoños; pero faltaba la voz que condensara á manera de símbolo los anhelos y las esperanzas que la palabra de los tribunos habían hecho germinar en el alma turbulenta y bravía de las muchedumbres.

Faltaba el poeta-guión; y el poeta que había cantado el "Triunfo Argentino" y la "Victoria

de Suipacha", cumplió, como sabéis, el deseo de la Asamblea Constituyente, escribiendo las estrofas inmortales del himno en una modesta casa de tipo colonial—donde nació y murió—que muchos hemos conocido en la calle del Perú, entre Venezuela y Méjico, y que ya cayó en ruinas, demolida por la piqueta que va borrando todas esas reliquias históricas que en otras naciones son objeto de culto reverente porque representan la tradición...

Cuentan las crónicas de aquellas grandes horas, que fué en la tertulia de una de las más bellas y prestigiosas damas porteñas, doña María Sánchez de Thompson, donde Esteban de Luca, —el ilustre cantor de la revolución en 1810—dió lectura á la hoja húmeda aun por la tinta de imprenta que contenía los versos audaces y vibrantes en que Vicente López y Planes había encarnado el sentimiento democrático y autónomo, que nuestros soldados harían resonar entre marciales estruendos, desde las pampas argentinas hasta las cumbres del Chimborazo (1).

---

(1) La primera composición poética escrita en Buenos Aires para ser cantada por el pueblo á fin de exaltarle en el sentido de la revolución, apareció en *Gazeta* el 15 de noviembre de

A esa memorable tertulia de patriotas asistía asiduamente un hombre sencillo y afable, apreciado de todos: era el catalán Blas Parera, maestro de piano de las principales familias de Buenos Aires, á quien se pidió después de la lectura hecha por Luca, entre explosiones de entusiasmo y lágrimas de emoción, que escribiera la música para aquella marcha que la asamblea acababa de sancionar.

—Trataré de traer algo presentable, y, á falta de otra mejor, la corregiremos entre todos,—dicen que respondió con sincera modestia el maestro.

1810 con el título de «Marcha Patriótica» y pertenece á la pluma de Esteban de Luca. Así comienza aquella marcha:

La América toda
Se conmueve al fin
Y á sus caros hijos
Convoca á la lid.

El canto popular que por encargo de la Asamblea General Constituyente escribió Vicente López y Planes se leyó en la sesión celebrada por dicho cuerpo el 11 de mayo de 1813 declarándolo por aclamación como la única marcha de las Provincias Unidas, por indicación de fray Cayetano Rodríguez. Dice así el soberano decreto textualmente:—«La A. G. C. de las Provs. Unidas del Rio de la Plata ha expedido el decreto sigte: Aprobada por esta A. G. la canción que por comisión de este Soberano Cuerpo en 6 de mayo último ha trabajado el Diputado López, téngase por la única marcha nacional debiendo pr.

Las tradiciones de la época han conservado muy pocos datos sobre tan interesante vida, y es mejor que así sea; qué importa el menudo detalle familiar si conocemos el rasgo soberano, si sabemos que él encontró el rítmo musical digno del canto heróico que, desde hace casi un siglo, despierta la emoción patria en nuestros corazones.

He aquí cómo refiere con pincelada vivaz y colorida, Lucio Vicente López—el nieto del cantor del himno,—la primera audición pública de la música escrita por Parera: "Poco tiempo después, un selecto concurso se agolpaba en la estrecha escalera de la casa del Consulado, nuestros abuelos y bisabuelos, las señoritas y las matronas de aquella encopetada villa, con sus vestidos "collant" de raso en que la moda mundana y semipagana del primer imperio reinaba en

---

lo mismo ser la qe. se cante en todos los actos públicos, y acompáñese en copia certificada al S. P. E. al efecto de lo prevenido en el presente decreto. Lo tendrá así entendido el S. P. E. pa. su debida observancia y cumpto.—Bs. As. 11 de mayo de 1813.—JUAN LARREA, Presidente.—*Hipólito Vieytes.*—Secret^o.» (Ms. *Arch. Nac.*)

El himno con la música de Parera se cantó por primera vez en la plaza de la Victoria por los alumnos de la escuela de don Rufino Sánchez, y en la Casa de Comedias en las fiestas del 25 de mayo de 1814.

todo su esplendor, tomaban asiento en el gran salón para oír el primer ensayo del himno puesto en música por don Blas Parera. Estaban allí todas las mujeres de los primeros salones argentinos; doña María Sánchez de Thompson, doña Mercedes Escalada, doña Eusebia Lasala, etc.; todos los jóvenes de la revolución, sus tribunos, sus sacerdotes y sus guerreros. Aquel concurso se puso de pie y con respetuoso silencio oyó las notas de un himno que debía ser el monumento más duradero de la revolución argentina".

Así quedó consagrada la música del himno (1).

Desde entonces, los nombres de López y Parera están unidos por indisoluble lazo; forman el grupo inmortal del monumento que la gratitud argentina no tardará en levantarles. Por eso cada vez que oímos resonar sus notas graves, imponentes y majestuosas, vienen á nuestra

(1) Según datos de Ignacio Nuñez su contemporáneo, Parera escribió la música primitiva sirviéndose del piano de la familia de Esteban de Luca, cuyos descendientes conservan como preciosa reliquia el original manuscrito que les regaló Parera y es el que reproducimos. Se sabe que la música primitiva ha sufrido transformaciones en el transcurso del tiempo, siendo el arreglo del compositor argentino Esnaola el más genuino. En cuanto á su mérito como obra original más de una vez dis-

mente en tropel los recuerdos gloriosos que los versos evocan y la música exalta con arrebatadora armonía, y parece que nos ungieran óleos de la vieja patria, y se nos aferrara en el pecho el sentimiento de ser hijos de la tierra cuyo blasón esculpió el poeta en aquella profética estrofa de la valiente overtura, que el tiempo ha confirmado:

Se levanta á la faz de la tierra
Una nueva y gloriosa nación!

El himno, la bandera y el escudo son sagrados é intangibles, como la misma patria, porque son su símbolo permanente, la rítmica palabra que traduce su credo, el aliento viril que nos enseñó á ser libres y nos manda que muramos con gloria.

¡Desgraciados los que no lo aman; desgracia-

---

cutida, dice Alberto Williams: «Se ha puesto en duda la originalidad de la música del Himno Nacional, atribuyéndola los unos á reminiscencias de la *Creación* de Hayden, y los otros á influencias del *Juramento* de Mercadante. Ya es tiempo de destruir estas versiones que carecen de fundamento. Hemos releido la obra de Hayden, que ha despertado nuevamente nuestra admiración, y no hemos encontrado ni una idea, ni un compás, que pudiera autorizarnos á sostener aquella tesis. En cuanto al *Juramento* de Mercadante, bástenos decir que se estrenó en la Scala de Milán en 1837.» (*La Biblioteca*, II 460).

dos los que no sienten conmovidas las fibras más íntimas al oír resonar en el silencio augusto sus acentos solemnes! Es que si en algo es indiscutible el amor hasta arrogante, es en el culto acendrado de todo aquello que despierta en nuestro ser las emociones de la nacionalidad. Con ello no ofendemos, porque no es excluyente ni agresiva nuestra pasión. Con ello no menospreciamos á los extranjeros laboriosos que habitan nuestro suelo, desde que sabemos respetar el cariño que consagran á su tierra originaria, y bajo nuestro cielo se alzan las estatuas de sus pensadores y guerreros, sus banderas tremolan al par de la celeste y blanca y sus cantos patrióticos resuenan confundiendo sus armonías con el himno nuestro.

Pero es necesario decirlo, puesto que esta ceremonia ratifica tales sentimientos al honrar jubilosos la memoria de Parera, que si bien no abrió sus ojos á la luz del sol argentino, ha conquistado la fraternidad de nuestros afectos, legándonos el más duradero de los monumentos nacionales.

Por eso se sintieron resonar con asombro é indignación las prédicas de un sectarismo in-

transigente—que no tiene razón de ser en este país de trabajo y libertad—incitando al obrero á la huelga violenta para deslucir las fiestas del centenario, y hasta se llegó á la amenaza anónima y villana de que habría manos que osarían arrancar las escarapelas del pecho de los niños, que tuvo la virtud de producir esa altiva protesta de la juventud universitaria que, en un instante cubrió de distintivos patrios los pechos viriles, agitó banderas por plazas y calles y atronó el ambiente con explosiones de entusiasmo como si revivieran los tiempos de la magna epopeya.

Más no debemos dejar que se malogren tan hermosas redivivas del espíritu argentino, y para conjurar los peligros de una propaganda desatentada que nos trajo tan glorioso despertar, el maestro y la escuela tiene un deber imperioso que cumplir: llevar al sentimiento del niño una noción clara de los derechos y las responsabilidades que les impone su condición de nativos.

Tal es la orientación nacionalista que persigue la actual dirección de la enseñanza, y nuestra fiesta cumple dicho propósito, por eso he ocupado esta tribuna, para exhortar á los maestros

del distrito á que perseveren en la empresa de restauración de tan altos ideales, puesto que es función de la vida misma de la república el educar el sentimimento de los que en ella nacen—como se educa la familia con el amor y el respeto del hogar—inspirándoles el amor inmarcesible de la patria.

La imposición del nombre de Blas Parera á la escuela elemental número 12 es un honor que obliga. De hoy en adelante ya no será designada con un guarismo; tiene, por el contrario, nombre de pila glorioso y venerando que confiamos á su personal docente, para que en todo tiempo pueda decir: hemos honrado al ilustre patrono que preside nuestras tareas lectivas.

Niños: al cruzar los dinteles de la escuela saludad con respeto ese nombre; es digno de vuestros sencillos y puros homenajes. El también fué maestro y maestro sublime, porque nos enseñó á entonar la más grande y hermosa de todas las canciones, la canción de la patria.

Falta aún aquí su imágen en bronce, pero estoy seguro que ha de ser grato á vuestro sentimiento de pequeños patriotas el costearla con el óbolo modesto que cada uno voluntariamente

pueda traer, y el Consejo Escolar que presido contribuirá también gustoso á la realización de una obra tan simpática como justiciera.

Así las generaciones de escolares que se sucedan podrán admirar los rasgos apacibles de su rostro y aquella frente amplia y serena de donde volaron, como palomas mensajeras de libertad las notas marciales y ardientes del himno argentino (1).

---

(1) La iniciativa tuvo feliz y pronta realización. En la terminación del curso escolar el 10 de diciembre de 1910 fué inaugurado el busto de Blas Parera, obra del escultor ruso Alejandro Perekrest. Es una buena obra de la escuela digna de señalarse, porque han sido los pequeños escolares los que fueron en caravana patriótica á solicitar de sus padres y vecinos que les ayudaran á levantar el modesto monumento, el único que hasta hoy señala un pedazo de tierra argentina con el nombre del músico del Himno. Con esta colecta levantada en un barrio pobre en que predomina el elemento extranjero, se costeó la columna de granito del basamento; y con el fondo de matrículas, que es también dinero aportado por los alumnos, se fundió el busto de bronce de Parera y el bajo relieve que muestra entre orla de laureles coronada por el gorro frigio de la libertad, los rostros del poeta y del músico, sin más inscripción ni otra alegoría que las notas solemnes de la overtura, y estas palabras de la canción nacional que por los siglos de los siglos los argentinos han de escuchar de pié: -*¡Oid mortales!*

LA COPA DE LECHE

426294

LA COPA DE LECHE

SU IMPLANTACION EN LAS ESCUELAS (1)

Señoras y señores:

La distinguida directora de esta escuela, tuvo la gentileza de encomendar á mi palabra la explicación de la trascendencia del acto que nos congrega. He aceptado con viva complacencia el encargo, no por el honor que comporta, sino porque estimo deber inexcusable en todos los padres cuyos hijos reciben los beneficios de la instrucción, el cooperar en la medida de nuestras fuerzas, á fin de rodear de prestigios esta casa que debe ser venerada como un templo y amada como el propio hogar, puesto que en ella abren sus ojos á la luz del saber los seres

(1) Palabras pronunciadas en la escuela superior Nº 5 del Consejo Escolar X, dirigida por la profesora normal doña Ana Carebelli de Uranga, el 24 de mayo de 1907.

más íntimamente adheridos á nuestros corazones, los hijos en que ciframos tantas alegrías y esperanzas.

La misión educativa del maestro se complementa así con la concurrencia de los padres, aunque más no sea que para manifestar ese agradecimiento recóndito que pone húmedas las pupilas, acelera el ritmo de la sangre en las arterias y extremece dulcemente el corazón, al contemplar confundidos entre la parlera bandada á los nuestros, afanosos ellos también por demostrar lo que aprendieron, por lucir ante el conmovido auditorio los conocimientos atesorados, sin temor ni fatiga, merced á la noble labor de sus pacíficos maestros.

Eso significan, señora directora, eso traducen señoritas maestras, las miradas enternecidas, radiantes de júbilo y orgullo maternal que veis flotar en torno de vosotras, como una simbólica aureola de gratitud...

Pero no es únicamente el atractivo, siempre placentero de la fiesta escolar consagrada á las patrias conmemoraciones en la semana de los históricos recuerdos, lo que nos agrupa en estos momentos. Hay otro motivo nuevo que

atrae con la curiosidad de algo que se desea conocer en su cabal amplitud.

¿Qué es, pues, esta institución de la "Copa de leche" que parece vagar en todos los labios formulando una interrogación?...

Algo bien sencillo y muy grande á la vez; algo tan grande que ojalá mi palabra lograra explicaros claramente, á fin de que cada una de vosotras, madres que me escucháis, al salir de nuestra fiesta, transformada en apóstol de la filantrópica idea la fuera arrojando por todos los ámbitos de la ciudad para que rinda sus benéficos frutos.

¿De qué se trata entonces?

De dar simplemente todos los días á una hora determinada una copa de leche, nada más que 250 gramos de buena leche á cada niño para ayudarlo á soportar sin fatiga ni debilitamiento su tarea escolar.

Cuando se piensa en que, muchas veces aún en los hogares de la gente pudiente, ó porque el lechero se retardó ó porque la mucama se olvidó de preparar el frugal desayuno, los pobres niños vienen á la escuela con el estómago vacío y se ven obligados á realizar en tales condicio-

nes la cotidiana labor, entonces se comprende el inmenso beneficio de esta institución maternal, que viene á protegerlos para que no se debiliten y enfermen; para que la anemia no apague la alegría riente en sus ojitos luminosos, ni el color de sus caritas adorables.

En todo dolor de niño hay siempre algo demasiado triste, he leído en Dickens ó Daudet que relataron de magistral manera dolores punzantes de muchos niños tristes. Y ese es precisamente uno de los fines que perseguimos: que los niños no estén tristes, que los niños no sufran...

Ya veis si es tierna, caritativa y maternal la tarea de velar en una forma tan sencilla por la salud del niño en la edad en que más necesitan de cariños y cuidados.

Pensad ahora en los hijos del hogar del pobre y del obrero; en aquellos que no tienen hogar porque su aciaga estrella les privó en la cuna de las caricias maternales, y á quienes nosotros, sin ostentación ni sacrificio hacemos partícipes del alimento de nuestros hijos, porque son sus compañeros de aula, sus buenos camaradas en los alegres juegos del recreo.

Y qué forma más hermosa de practicar el bien, desde que la dádiva por insignificante no avergüenza al que la recibe, realizándose así la enseñanza de Jesús: Dad sin que la mano izquierda sepa lo que da la derecha!...

En efecto, con una cuota ínfima de 0.60 centavos mensuales es bastante para dar todos los días una copa de leche sana, en perfectas condiciones higiénicas á cada niño.

Aquí hemos palpado la realidad. Hace apenas un mes en que después de oir una clarísima explicación del doctor Jenaro Sixto—el iniciador de la "Copa de leche" en nuestras escuelas—ante una docena de personas se echaron las bases de esta institución. Pocos días transcurrieron y á un llamamiento de la directora—tan entusiasta siempre por todo lo que importa un progreso para su escuela—muchos padres concurrieron anotándose 231 suscritores con 280 $ mensuales. El presidente del Consejo Escolar prestó también su generosa ayuda, y hoy podemos señalar este dato elocuente: 550 niños beben diariamente su copa de sangre blanca!

Y bien: si la vida y el movimiento se demuestran caminando, la institución de la "Copa

de leche" que inauguramos hoy ha demostrado ya que tiene vida; y su existencia será cada vez más próspera cuando penetradas de su vital importancia meditéis en sus benéficas proyecciones para el futuro y le prestéis todo el calor y el entusiasmo que está reclamando á vuestro sentimiento (1).

El tema es propicio y se presta á largas demostraciones que debo ahorrar en obsequio á la brevedad, y al inquieto grupo escolar que siento agitarse, reclamando su parte en el programa de su fiesta.

Pero, en síntesis se puede señalar esta consoladora esperanza demostrada por la ciencia: esa copa de leche ofrecida diariamente al niño influirá en su desarrollo, en forma de sangre nueva y vigorosa escudándolo contra las asechanzas de enfermedades temidas, como la tuberculosis que parece escoger sus víctimas predilectas entre las inermes criaturas, para herirnos más hondamente.

---

(1) La institución se denomina hoy «Protección á la Infancia», costea la leche á más de mil niños, y reparte ropa y calzado á los escolares indigentes el 25 de mayo y el 9 de julio y se propone crear una escuela-taller para los hijos de obreros.

Y ¡quién sabe! si habituando al niño á beber un alimento tan nutritivo—el alimento argentino por excelencia, desde que somos un país ganadero— no le inculcamos á huir de las tentaciones funestas del alcohol que sólo da frutos de degeneración y de crimen...

Si tal prodigio se realizara, entonces sí, este taller donde se plasma el espíritu de la madre y del futuro ciudadano, habrá producido obra armónica y fecunda nutriendo la inteligencia con los conocimientos más necesarios para la existencia del sér, sin que el aprendizaje se verifique con detrimento del cuerpo.

El problema no es complejo ni requiere sacrificios, ya lo habéis visto: basta tener voluntad y perseverancia. Toca á vosotras madres que me escucháis, convertir en viviente realidad una obra tan filantrópica y cristiana, porque se nutre del más puro sentimiento maternal. Y vosotras que tenéis un manantial inexhausto de ternura para los que sufren y para los que imploran ¿cómo no lo derramaráis con manos pródigas sobre las cabezas inteligentes de estos niños—que no sufren ni imploran,—pero que debemos conservar

sanos para que su risa musical sea luz y regocijo en todos los hogares?

La protección de la infancia reclama ese esfuerzo de vosotras; esfuerzo tierno y previsor que va más allá del arrullo de las cunas, para venir á velar dentro del recinto de la escuela—con una nueva función materna,—por la salud del niño, cooperando á la vez en forma eficaz á realizar los fines de la instrucción pública.

El acto sencillo y tocante que verificamos al inaugurar la "Copa de leche", con tan halagüeños resultados, debe daros nuevos entusiasmos para perseverar en la obra, á fin de que no se repita una vez más la amarga crítica, de que la inconstancia y la novelería son una de las características de la hora presente.

Miremos, por el contrario al porvenir. Pensemos en los 80.000 niños que asisten diariamente á las 200 escuelas públicas de esta gran metrópoli y hagamos propaganda para que alcancen á todos ellos sus beneficios. Las institución funciona ya en 10 escuelas, á pesar de su reciente implantación. Hay, pues, todavía mucho camino á recorrer, más el triunfo no es dudoso cuando se tiene fe y la empresa se confía

á los impulsos generosos del corazón de la mujer.

Y mañana cuando estos niños abandonen la escuela y otros vengan á ocupar el sitio vacío; cuando nosotros nos dispersemos también á todos los rumbos del horizonte, arrastrados por los afanes de la vida ó suprimidos por la muerte, que otras madres vengan— como en aquella hermosa imagen del poeta latino que simboliza la perpetuidad de la vida— para trasmitir á las madres de más allá la lámpara encendida!...

GREGORIA PEREZ

MONUMENTO A UNA PATRICIA

GREGORIA PEREZ

MONUMENTO A UNA PATRICIA

I

Un grupo de ex alumnas del colegio del Huerto del Paraná se ha constituído en comisión de propaganda, para honrar en las próximas fiestas del centenario la memoria esclarecida de doña Gregoria Pérez, que en 1810, cuando la expedición del general Belgrano al Paraguay, puso á su disposición, sin interés alguno, todos sus bienes para auxiliar al ejército libertador.

El episodio ha sido relatado por el general Mitre, con las siguientes palabras:

"El pueblo de la Bajada del Paraná era el punto de reunión de las fuerzas expedicionarias. Allí llegó el representante de la junta el 16 de octubre y fué acogido con verdadero entusiasmo recibiendo del vecindario un donativo de 700

caballos, promovido por el alcalde don Juan Garrigó. Pocos vecinos dejaron de llevar su ofrenda al altar de la patria, distinguiéndose principalmente los más pobres. Una señora de mediana fortuna llamada doña Gregoria Pérez, le escribió una carta (que existe original en el archivo general), en la cual le decía: "Pongo á la orden y disposición de V. E. mis haciendas, casas y criados, desde el río Feliciano hasta el puesto de las Estacas en cuyo trecho es V. E. dueño de mis cortos bienes, para que con ellos pueda auxiliar al ejército de su mando sin interés alguno''. Belgrano le contestó de su puño y letra: "Vd. ha conmovido todos los sentimientos de ternura y gratitud de mi corazón, al manifestarme los suyos tan llenos del más generoso patriotismo. La junta colocará á usted en el catálogo de los beneméritos de la patria, para ejemplo de los poderosos que la miran con frialdad." Así eran las mujeres de aquellos tiempos. (*Historia de Belgrano*, I, p. 354).

El pensamiento, que al principio se reducía á reproducir en un cuadro el patriótico ofrecimiento, mereció algunas observaciones de nuestra parte, en cuanto á la dificultad de dar represen-

tación plástica al hecho del ofrecimiento por medio de una nota á una persona que no estaba presente, sobre bienes situados en un paraje lejano, porque creemos que está fuera de la exactitud histórica y aún de la verdad estética,—y respecto del verdadero nombre de la generosa donante.

La interesante carta de la señora presidenta de la comisión, que reproducimos, aclara esa duda agregando nuevos y curiosos datos sobre la persona de doña Gregoria Pérez, y su entrevista con el general Belgrano, donde le ratificó la espontánea donación de sus bienes.

El deseo de Belgrano va á realizarse, pues, en forma simpática y duradera, debido á la loable iniciativa de un grupo de damas del Paraná, cuna de la noble patricia y lugar donde se produjo ese magnífico rasgo del corazón de la mujer argentina del pasado.

He aquí la carta de la referencia:

"Paraná, agosto 3 de 1909.—Señor doctor don Martiniano Leguizamón.—Estimado señor: He leído con el interés que se merece todo cuanto brota de su pluma, el artículo publicado en *La Juventud* de Uruguay, que ayer transcribe

el *Tribuno,* sobre doña Gregoria Pérez, cuyo amor patrio trata de perpetuar en un monumento la mujer entrerriana, para honra y ejemplo de las generaciones futuras.

El movimiento patriótico que en un principio se limitó á las ex alumnas del colegio del Huerto, se ha extendido hoy á la mujer entrerriana que ha querido, espontánea y entusiastamente, asociarse á él; comenzó con algunos errores é incertidumbres, ya salvados felizmente, por datos recogidos en fuentes seguras y otros conservados fielmente por la tradición y de los que nos noticiaron personas de avanzada edad é insospechables en cuanto á veracidad.

El nombre de Dominga Pérez, fué tomado de la *Instrucción cívica* del profesor Francisco Guerrini, nombre que resultó equivocado, como lo observa usted con justa razón.

La patricia se llamaba doña Gregoria Pérez de Denis, pero siempre se firmó Gregoria Pérez, como consta de escrituras públicas y del juicio testamentario. Cuando hizo la donación era viuda y había ya distribuído la parte de herencia entre sus cuatro hijos. Viven aquí algunos descendientes, bisnietos de la referida señora,

entre los cuales figura el doctor Samuel Parera Denis.

La señora vivía á una cuadra al noroeste de la plaza principal, en una casa antigua, de teja española, en medio de un gran solar cubierto de naranjos. Al llegar el general Belgrano á la Bajada Grande, recibió y contestó la nota de doña Gregoria. Pocos días después vino el general con unos ayudantes al domicilio de la señora, en cuya casa estuvo, y en donde la dueña reiteró el ofrecimiento, presentándole las escrituras de sus dominios y bienes.

La tradición conserva este detalle. El general Belgrano y sus ayudantes estuvieron hospedados en casa de doña Manuela Santos de Miranda, y por una broma de dicha señora el ayudante Elizalde escondió á su compañero el ayudante López una maceta de madera dura que servía para asegurar la estaca del caballo del general Belgrano. La maceta quedó olvidada allí y pasó más tarde á poder de una sobrina de doña Manuela, doña Mercedes Alvarez y Alvarez, en cuyo poder se encuentra hoy.

El hecho histórico está, pues, suficientemen-

te aclarado en cuanto al verdadero nombre de la generosa donante.

Ahora por lo que respecta á la forma del homenaje, la hemos cambiado. En lugar de un cuadro haremos un monumento en bronce, el cual será generosamente fundido en el arsenal de guerra de la nación, contribución gentil á esta obra del señor ministro de guerra, general Aguirre.

Aún no hemos determinado la forma del monumento; estamos en ello, encargando bocetos y croquis á varios artistas.

Esperamos de su cariño y entusiasmo por la tierra, quiera difundir la idea en la forma galana que le es familiar. Saluda á usted con su consideración más distinguida S.S.S.— *María Eloisa Moritán de Leguizamón*".

II

Las breves objeciones hechas en una carta reproducida por algunos diarios de Entre Ríos, sobre la forma del proyectado homenaje á la patricia doña Gregoria Pérez, que naturalmente ha de basarse en el único hecho histórico cono-

cido—las notas cambiadas entre aquélla y Belgrano, con motivo del ofrecimiento de todos sus bienes para auxiliar al ejército expedicionario al Paraguay — han tenido la virtualidad de renovar tan interesante tema.

Observamos entonces que, á nuestro modo de ver, el envío de una nota y su acuse de recibo sobre un ofrecimiento de bienes ubicados en un paraje distante, por más que en ella se pusiera de relieve un acendrado amor á la patria, no bastaban para sugerir al artista la forma del hecho histórico que ha de motivar el cuadro ó monumento, fuera de un símbolo amplio no particularizado; y que tal vez fuera mejor hacer lo que ha hecho el doctor José María Ramos Mejía, como presidente del Consejo Nacional de Educación, bautizar una escuela pública con el nombre de doña Gregoria Pérez, y completar el homenaje grabando en un bajo relieve de bronce las notas cambiadas á propósito del ofrecimiento.

Con ese motivo la presidenta de la comisión de damas propiciadora de tan simpática idea nos dirigió la carta que publicó *La Nación* el día 6 de agosto, y en la cual se describe con pro-

lijos detalles la casa en que vivía la patricia en el Paraná cuando hizo el ofrecimiento, y en donde pocos días después le reiteró su donación generosa, presentándole el título de dominio de sus bienes.

Al propio tiempo el escritor don Benigno T. Martínez, de Concepción del Uruguay, publica en un periódico local una versión distinta, diciendo que al cruzar el ejército de Belgrano por San José de Feliciano con dirección á Corrientes, le salió al encuentro un peón con una carta de su patrona, que contenía el ofrecimiento, á la que contestó el general en los términos ya conicidos.

Se observa al pronto por la reproducción fragmentaria de ambas notas, que el Sr. Martínez no ha tenido otra fuente de información más que la referencia del general Mitre, en su *Historia de Belgrano*—que no menciona ni la fecha ni el lugar donde fueron datados esos documentos—y de ahí esta variante imaginaria del nuevo relato que, á ser cierto podría inspirar una escena amplia al pintor: la entrevista á campo abierto sobre una verde cuchilla dominando los

campos, las haciendas y los criados ofrendados al altar de la patria...

Pero resulta una cosa contraria á esas versiones de la lectura de los documentos originales que pasamos á citar, y á la vez que hacen plena y nueva luz sobre el punto debatido, refuerzan nuestra primitiva observación. Su texto comprueba, en efecto, que doña Gregoria Pérez no estaba en la Bajada del Paraná ni mucho menos en su estancia del río Feliciano, sino en la ciudad de Santa Fe, desde cuyo lugar dirige la nota de octubre 11 de 1810, de la cual fué portador su hijo Valentín.

Se disculpa en ella con encantadora ingenuidad de no haber podido saludar á Belgrano cuando se hallaba de paso en Santa Fe, para hacerle el ofrecimiento " por la cortedad de su genio y por no poderse introducir en el claustro de regulares", aludiendo al alojamiento de dicho general en el convento de Santo Domingo, hecho que está comprobado en un documento del día 2 de octubre, extractado bajo el número 23, CXXX, Expedición al Paraguay del *Indice del Archivo* de Trelles.

De los cuatro documentos que existen hoy en

el archivo nacional. relativos á este episodio. tomamos copia exacta para publicarlos por primera vez, conservando en cuanto es posible su ortografia originaria, á fin de no despojarlos de ese matiz tan peculiar de las cosas añejas.

Dice así el primero, escrito en papel de hilo de oficio con dos letras distintas, pues sólo la firma—que por la semejanza del nombre y el rasgo descendente de la historiada rúbrica se asemeja mucho á la del deán Funes—es de doña Gregoria Pérez:

"Excmo. señor: La viuda de D. Juan Bentura Denis logra el honor de saludar á V.E. ya que no lo hizo cuando V.E. se hallaba en esta ciudad, por la cortedad de su genio y por no poderse introducir en claustro de regulares para poner á la orn. y disposición de V. E. su hacs, casas y criados desde el río Feliciano asta el Puesto de las Estacas, en cuio trecho es V.E. el Dueño de mis cortos bienes pa. que con ellos pueda auxiliar al Ejército de su mando, sin interés alguno. Esto mismo tengo prevenido á mi hijo Balentín, quien desearé sepa complacer á V.E. quien tendrá la vondad de dispensar cualesquiera falta qe. provenga de mi ausencia ó de la cor-

ta edad de dho, mi hijo. Dios gue á V.E. mus. añs. Santafé y octubre 10 de 1810. Excmo. Señor. — Gregoria Pérez. — Excmo. Sor. D. Manl. Belgrano".

Dos días después le contestaba Belgrano en los términos de que instruye el borrador enviando á la Junta, y el cual está agregado á los otros tres documentos de la referencia.

"V. ha conmovido todos los sentimientos de ternura y gratitud de mi corazón, al manifestarme los suyos, en su papel de ayer, tan llenos del más generoso patriotismo y afecto á la alta Representación que me caracteriza, no menos que á mi persona.

"La Excma. Junta leerá las expresiones sinceras de V., y estoi cierto que la colocará en el Catálogo de los beneméritos de la Patria pa. exemplo de los poderosos que la miran con frialdad.

Reciba V., á su nombre las gracias que le doi, y admita igualmente las qe. le doi á nombre de mi Exército y por mí, qe. á la par de nuestro Sabio y Justo Gobierno, jamás sabremos olvidar una efusión tan sincera á beneficio de la santa causa que defendemos. Dios gue. á V. mus.

añs. Baxada del Paraná, 12 de octubre, de 1810. —Ml. Belgrano. Sra. Da. Gregoria Pérez."

El mismo día puso el hecho en conocimiento de la Junta, diciéndole:

"Excmo. señor: Lea V.E. los sentimientos puros del patriotismo... he respondido, á la digna Sra. Da. Gregoria Pérez, lo que manifiesta el borrador que incluye su papel: dígnese V. E. darle pruebas de su gratitud, y publicar tan generosa y sincera oferta. Dios gue. á V.E. mus. añs. Baxada del Paraná, 12 de octubre de 1810. Excmo. señor.—Ml. Belgrano. E.S.P. y V. de la E.J.P.G. de las Provs. del Río de la Plata".

De la carpeta borrador agregada al mismo legajo consta la contestación siguiente:

"Excmo. señor: Ha sido plausible á esta Junta la generosa oferta de que instruye V.E. pr. oficio de 12 del corrte. qe. le hizo Da. Gregoria Pérez para auxilio de esa Expedición; y á V.E. pide le dé las correspondientes gracias, ofreciéndole igualmente á nombre de la misma Junta otras demostraciones en primera oportunidad, según corresponde al aprecio con que ha mirado su celo y patriotismo. Octubre 17 de 1810. Excmo. señor D. Manuel Belgrano."

Queda, pues, documentado, que la oferta no tuvo lugar de presente en la Bajada del Paraná y en pié, por tanto, nuestra objeción sobre la inadecuada forma plástica con que quiere representarse uno de los más hermosos rasgos del patriotismo de la mujer argentina en la lucha por la independencia.

Para qué coartar la inspiración del artista,—pretendiendo amoldarla al patrón de un hecho falso y antiestético,—cuando puede encontrar relieve de belleza al asunto dentro de la idealidad del símbolo.

Tendremos seguramente una estatua más como muchas de esas que van poblando nuestros paseos, pero no tendremos una verdadera obra de arte, con la cristalización viviente en el bronce de aquel sublime sentimiento patricio que diga á las gentes: Así eran las mujeres de aquellos tiempos!

BUENOS AIRES ANTIGUO

DOS VIGAS HISTORICAS

EL PARQUE ARGENTINO

BUENOS AIRES ANTIGUO

I

DOS VIGAS HISTORICAS

La acción destructora del tiempo que nada respeta, acaba de descubrir dos curiosísimas piezas arqueológicas que han despertado gran curiosidad entre los aficionados á los estudios históricos.

Sobre la esquina de una de esas viejas casas del Buenos Aires de antaño,—que parecen estar reclamando la pluma de nuestro Mesonero Romanos para que nos contara las escenas de su vida doméstica antes que la piqueta demoledora termine de borrar las huellas y la poesía del pasado,—la casualidad ha revelado la existencia de dos vigas de madera talladas con letras en relieve indicadoras de una remota nomenclatura.

En el ángulo formado por la intersección de las calles de Chile y Bolívar que mira al N. E., sobre el dintel de dos puertas que dan frente á cada calle, empotradas en el muro y bajo el revoque resquebrajado han aparecido dichas vigas.

Y es tan curiosa y bizarra la forma ortográfica de los letreros que contienen, con un sabor tan arcáico y primitivo,—pues el modesto artífice revélase tan lego en letras como inhábil en la talla, habiendo grabado las palabras de corrido, sin espacios ni mayúsculas y con sílabas enteras al revés,—que nos sentimos tentados á averigüar el origen de esas vetustas inscripciones de la época colonial.

La correspondiente á la calle de Chile, es la más perfecta dentro de su tosquedad y contiene además dos cifras, que suponemos indicadoras del año de la fabricación, y este es un dato importante para ubicarlas en el tiempo. Dice más ó menos como sigue:

CALLEDESANPEDROISANBICEN
D85

Su tradución es: *Calle de San Pedro y San Vicente,* aunque falta la sílaba *te* del último nombre,

porque la viga ha sido torpemente cortada en esa cabecera para empotrarla al muro, habiendo dejado un buen trozo de madera inútil en el extremo opuesto. En cuanto á la breve inscripción *D*85, por las razones de carácter histórico que aduciremos nos inclinamos á pensar que el tallador solo quiso indicar el mes y año en que ejecutó la obra, ó sea: diciembre de 1785.

Aunque más imperfecto que el anterior, el letrero de la calle Bolívar resulta sin embargo más curioso y evocador, pues presenta la mitad de las palabras *vírgen* y *Rosario* con las letras invertidas en el relieve de su rústica talla, pero con ese rasgo tan peculiar é inconfundible de la escritura llamada bastarda de la antigua grafología española. Está grabado más ó menos así:

CALLEDELABIRƆƎNDELROS∀ꓤIO

Desde luego, en presencia de estas inscripciones seculares ocurre preguntar. ¿De qué época son? ¿Corresponderán á la primitiva nomenclatura de las calles donde han aparecido?...

Amante de cuanto atañe á nuestros orígenes he procurado descifrar el enigma, y es el resultado de una paciente búsqueda lo que pasamos

á exponer, no sin cierto temor de que las apreciaciones resulten conjeturales ó erróneas, porque es sabido por los estudiosos cuan obscuro es el problema de todo lo referente á la fundación de Buenos Aires y á su desarrollo urbano, en el que cada día hay que corregir el dato que se tenía por indubitable, á la luz de la copiosa documentación del archivo de Indias que empieza á ser conocida y estudiada.

La primer noticia que conocemos acerca de la antigua nomenclatura de las calles de Buenos Aires es la publicada por el erudito bibliófilo Trelles en el *Registro Estadístico* (año 1859, T. I.) en el croquis de una división eclesiástica de la ciudad hecha en 1769 y en la cual figura la calle hoy de Chile con el nombre de *San Andrés* y la de Bolivar con el de la *Santísima Trinidad*, nombres que se conservan en la división de los 20 barrios ordenada por el virrey Arredondo en 1794.

Como se ve, estos nombres no coinciden con los que tienen los letreros cuya forma ortográfica está acusando una antigua data. ¿Serán entonces de fecha anterior á la primitiva nomenclatura de 1769?... Pensamos que no, porque el plano de Trelles, — basado en los informes de los

virreyes Vertiz y Arredondo y en los empadronamientos de la época, — figuran precisamente los nombres del *Rosario* y *San Pedro* para designar las actuales calles de Venezuela y Chacabuco cuyo rumbo y ubicación es diferente.

Existe además otro hecho que corrobora nuestra tesis, y es el plano de la traza y ejido de Buenos Aires levantado en la mensura de Howell en 1768, que Trelles cita como el único monumento de su género que nos legaron los tiempos coloniales,— y en el cual la planta urbana por el sur, no llegaba más que hasta Venezuela. Luego no es presumible que tuvieran nombre las calles ocupadas por chacras, ó los terrenos baldíos en esa época. ¿Serán entonces de fecha posterior?... No, porque la nomenclatura de 1769 se conservaba 25 años después—división de los 20 barrios del virrey Arredondo — y subsistió hasta 1808 cuando los nombres de los apóstoles y mártires del cristianismo fueron reemplazados por los de los actores en la reconquista y defensa de Buenos Aires contra las armas británicas.

En efecto, por la manifestación de los nombres "con que vulgarmente se conocían las calles y plazas desde su fundación", que de orden de Li-

niers levantó el mayor de ingenieros del ejército Rodríguez de Berlanga en junio 30 de 1808, á la de la *Santísima Trinidad* (Bolívar) se le da el nuevo nombre de *Victoria,* porque por ella, dice el documento, y por la de las Torres se lograron las principales acciones de la reconquista; y la de *San Andrés* (Chile) tomó el nombre de *Capdevila,* en memoria del regidor del cabildo don Josef Antonio de Capdevila, por su participación distinguida en la gloriosa defensa de que hay constancia en las actas capitulares publicadas por Lamas en la *Revista del Río de la Plata,* III, 354.

Dice el acta citada: "Poco después del Ave-María da cuenta el regidor don Josef Antonio de Capdevila de estar ya formadas las trincheras para que fué comisionado, con sacos de yerba y lana, habiendo él mismo franqueado para ellas las que tenía en su casa y solicitando otros del vecindario para cubrir todos los puntos. Y los señores capitulares le dieron las gracias por su actividad."

Pero aquellas inscripciones destinadas á perpetuar los nombres de los vecinos y militares que se habían distinguido en los combates contra el invasor, según el pensamiento de Liniers, fueron

adulteradas por el Cabildo, y á raiz de la Revolución de Mayo, durante la noche, un grupo de patriotas exaltados inutilizó los tableros ó borró los nombres allí inscriptos. Desde entonces las calles que nos ocupan han pasado por varias transformaciones en su denominación hasta el presente.

Asi la de la *Santísima Trinidad* en 1769, *Victoria* en 1808, denominóse *Santa Rosa* en 1816, después de *La Universidad* en 1882, durante el ministerio de Rivadavia y posteriormente de *Bolívar*. En cuanto á la de *San Andrés* primitiva, luego *Capdevila* en la reconquista, toma en 1822 el nombre actual de *Chile*.

A título de acotación complementaria sobre el nombre de esta última calle, añadiremos que el Capdevila regidor del Cabildo en 1807 era un acaudalado comerciante catalán vecino de Buenos Aires desde 1794, de noble abolengo, fundador de una larga familia, entre la cual podemos mencionar á su nieto don Ramón José de Capdevila, nacido en Buenos Aires en 1827, nuestro cónsul en el Paraguay hasta la guerra de la triple alianza, y el que con motivo de haber socorrido á los prisioneros argentinos capturados en el asalto de los buques en Corrientes, fué encarcelado por el ti-

rano López y hecho ejecutar después de hacerle sufrir horrorosas privaciones. Hijos de este mártir de la barbarie indígena, son el distinguido general argentino don Alberto Capdevila, y el doctor José Antonio Capdevila, expresidente de la suprema corte de la Provincia de Buenos Aires.

Resumiendo nuestra investigación sobre tan interesante tópico decimos:

1.° Que los nombres de santos que tienen las vigas no son de una nomenclatura anterior á 1769.

2.° Que no han servido para designar las calles en que están colocadas.

3.° Que han pertenecido á alguna de las cuatro esquinas de Chacabuco y Venezuela y de allí han sido transportadas cuando quedaron sin uso, después de la nueva denominación ordenada por Liniers en 1808.

Induce á esta afirmación conjetural, el aspecto de la casa en que hoy existen y la forma en que están colocadas; pues, aunque antigua, no tienen ese sello característico de las moradas coloniales, bajas, macizas, con su techumbre de teja de canaleta y sus pesadas cornisas de mediacaña que coronaban balcones ó ventanas de rejas salientes;

y por el hecho de que las vigas no forman el soporte esquinero como era de uso, sino que están cortadas en el extremo donde debió existir la trabazón y enterradas así bajo el grueso revoque. tal vez como recuerdo piadoso del pasado.

Estas curiosas y únicas piezas tienen colocación en el Museo histórico, que ha salvado ya de la destrucción irreparabe tanta memoria digna de respeto. Por nuestra parte hemos querido contribuir al esclarecimiento de lo que históricamente representan esas tres leyendas, y nos complacería si alguno de nuestros escritores versados en los asuntos coloniales lo ilustrara con nuevos elementos, para completar el capítulo de la nomenclatura de Buenos Aires, que no ha sido escrita.

Tienen mucha poesía íntima esas letras de relieve áspero con su pátina de siglos, para evocar ante la mirada del contemplador pensativo los tiempos pasados.

II

EL PARQUE ARGENTINO

Al pasar por la calle de Uruguay entre las de Viamonte y Córdoba, á más de un paseante cu-

rioso se le habrá ocurrido tal vez la misma interrogación mental: ¿por qué será más ancha la calle en esta sola cuadra, sobre la vereda que mira al naciente?....

Vecino del barrio y con un poco de aquella inofensiva manía huroneadora que preconizó Saint Beuve, nos propusimos averiguarlo, teniendo la fortuna de interrogar á un viejo porteño, que contaba como escribía en un lenguaje desgarbado espontáneo y pintoresco sus intencionados recuerdos con que sazonó las sabrosas páginas de *Las beldases de mi tiempo*. Fué el bondadoso don Santiago Calzadilla quien nos puso sobre la pista al decirnos:

—Porque al inglés dueño de una quinta que tenía por estos andurriales, allá en tiempos de las pajuelas y las velas de sebo,—se le antojó hacer un teatro y con ese motivo dejó un gran espacio libre para que los concurrentes que venían á caballo ataran sus pingos...

El dato era de primer agua. He aquí todo lo que nos reveló la investigación posterior.

A fines de 1827, en la quinta del contador de cálculo don Santiago Wilde—sita entre las calles del Uruguay, Temple, Paraná y Córdoba,—se

abrió el primer jardín público de recreo por una sociedad compuesta por varios residentes ingleses. Además de los amplios jardines, existía un salón de baile, un pequeño teatro de verano y un espacioso circo de equitación. El precio de la entrada al paseo era de cuatro reales; la del teatro y salón de baile variaba según la naturaleza del espectáculo.

El jardín se denominó *Parque Argentino* por los criollos, y por los ingleses *Vauxhall* en recuerdo de los jardines públicos del famoso barrio de Londres, cuyo nombre data de la segunda mitad del siglo XIII. Servía de entrada al recinto,— como todas las de los teatros de aquella época hasta 1840 — una medalla de cobre que figura hoy entre las piezas curiosas de nuestra numismática. La leyenda del anverso dice *Parque Argentino,* en el campo tiene una lira entre dos ramas de roble. En el reverso, al centro, léese *Vauxhall* 1828, coronada por una guirnalda de flores y debajo completando á aquella dos ramas de lirios en flor. Pesa 16 gramos y tiene 32 milímetros de diámetro.

En el teatro se representaban comedias y sainetes, muchos de ellos traducidos y arreglados

por el director señor Wilde, hombre importante, gran aficionado al cultivo de las letras, que prestó muy buenos servicios á ésta su segunda patria. Frente al proscenio del pequeño teatro, —que más de una vez había sentido resonar los rugidos pavorosos de nuestro gran trágico Casacuberta interpretando *Los seis grados del crimen* de Ducange,—tuvo lugar la muerte repentina de otro argentino ilustre, el venerable deán de la iglesia catedral de Córdoba don Gregorio Funes. Y aquí conviene rectificar de paso dos errores corrientes acerca de este hecho luctuoso; consistiendo el primero en la fecha precisa del fallecimiento y el segundo las causas que le dieron origen.

El doctor José Antonio Wilde, hijo del fundador del *Vauxhall* y autor de la interesantísima obra *Buenos Aires setenta años atrás,* es quien ha señalado,—por error de imprenta, sin duda, — el día 1.° de enero de 1829, como la fecha cierta del suceso, añadiendo que, aunque muy joven recuerda perfectamente los detalles.

Como testigo presencial y por la naturaleza de tal afirmación, se le ha dado entero crédito y desde entonces se la repite inadvertidamente.

Pero los diarios de la época, los contemporáneos y amigos del ilustre deán habían dado otra, como puede verse en la *Gaceta Mercantil,* números 1526, 27 y 42; en las *Efemérides Americanas* de don Ignacio Nuñez, amigo y secretario de Funes en el Congreso Constituyente de 1819, y sobre todo, en el prólogo de la segunda edición del *Ensayo histórico* publicada en 1856, escrito por su adicto amigo don Mariano Lozano, dan uniformemente el día 10 de enero de 1829.

En cuanto al hecho de la muerte, háse afirmado por un escritor chileno,—ignoramos con qué fundamento,—que fué una pasión tardía lo que lo llevó á morir á aquel sitio de recreo.

¿Impostura?... ¿Verdad?...

No entran en nuestros propósitos semejantes investigaciones; pero recordaremos que se trataba de un octogenario (nació en Córdoba el 25 de mayo de 1749) y que achacoso, en la indigencia, despojado de todo título y valimiento después de haber ejercido los más altos empleos, su alma de patriota debió sentirse brutalmente estremecida con el espectáculo de la tragedia sangrienta de Navarro y el derrumbamiento de las

instituciones que se creían afianzadas tras el largo y cruento batallar.

En esta situación de ánimo teniendo el triste convencimiento de que su última hora se acercaba, renunció el viaje proyectado á la ciudad natal, y con inalterable conformidad, dice su biógrafo Lozano, el día 10 *de enero de* 1829, *á las* 5 *de la tarde, fué á pasear por primera vez* en el Jardín Argentino, y en donde una sofocación violenta ahogó su último pensamiento.

El final de esta relación insospechable condice con la publicada por Wilde.

El deán no frecuentaba, pues, los jardines, y al caer fulminado, por una afección cardíaca sin duda, fué á consecuencia de las amarguras y tristezas que exacerbaron el espíritu ya agonizante del ilustre anciano.

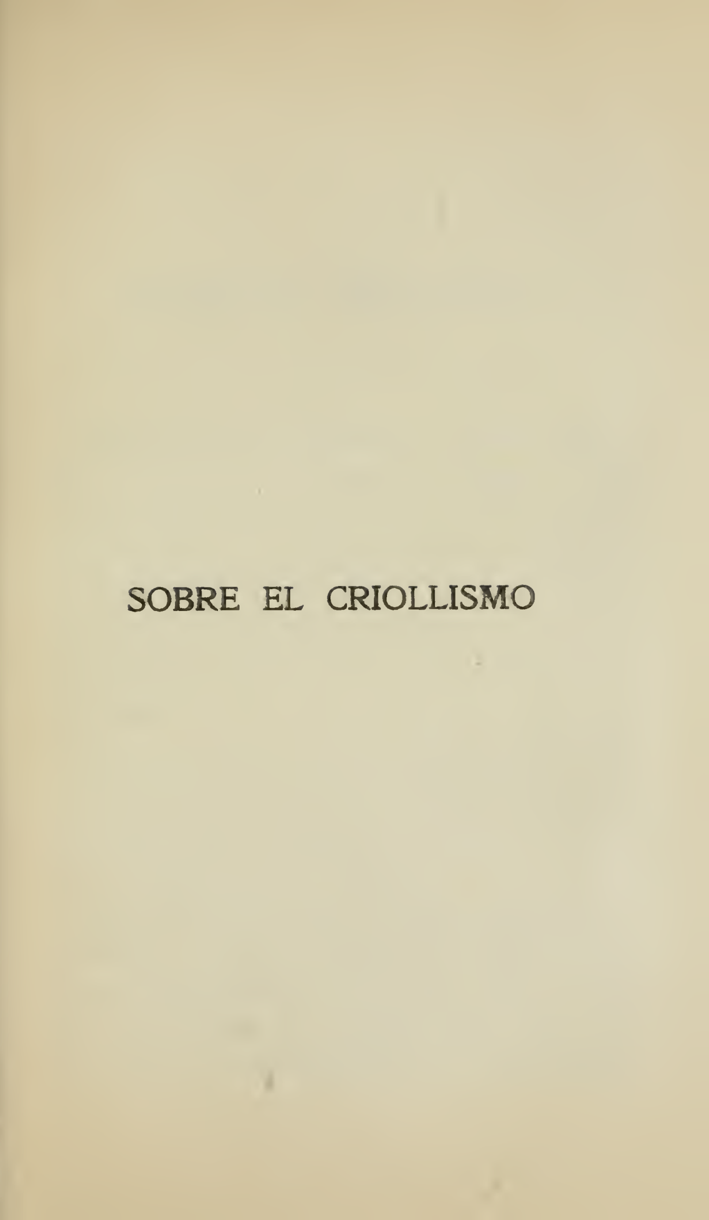
Su muerte pasó casi desapercibida. La *Gaceta Mercantil* apenas le consagró dos días después una breve noticia necrológica perdida entre los avisos; y *El Tiempo* no tuvo una palabra para su memoria. La pasión banderiza no se apagó ni al borde de su tumba y una vez más

se cumplió el amargo adagio: *De mortuis nihil nisi bonum*...

Hasta hace pocos años se veían aun restos del antiguo edificio; era una construcción baja, maciza con techo de teja de canaleta y tirantes de palmera, al que daba sombra un amplio corredor de rojo embaldosado y pilares de urunday, abierto desde la portada como brazos amigos que se adelantaran á recibir á los visitantes brindándoles hospitalidad.

Hoy nada queda en pie; y el ocupante del palacete levantado sobre el histórico solar talvez ni sospecha las escenas y recuerdos que allí se desarrollaron, en aquel primer jardín público de Buenos Aires, del cual puede decirse como Rioja ante las ruinas de Itálica famosa:

Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo...



SOBRE EL CRIOLLISMO

SOBRE EL CRIOLLISMO

Ocupándose de la aparición *De cepa criolla*— dijo *La Nación* el 7 de febrero de 1909: — "que el libro había tenido la virtud, aparte de sus méritos artísticos, de suscitar opiniones respecto á cuestiones tan interesantes como el criollismo, cuyo tópico ámpliamente debatido se define y concreta de un modo decisivo en el prólogo del citado libro."

Con este motivo reprodujo los principales párrafos de la hermosa carta-crítica con que me favoreció Rafael Obligado, y los de mi respuesta al distinguido poeta nacional.

Estimo que no carecen de interés esas páginas olvidadas, y que su reproducción servirá para ilustrar esta debatida y no siempre bien comprendida cuestión de criollismo que, para la generalidad de mis compatriotas sólo significa

gauchismo y de ahí el injustificado gesto de desdén con que se la mira.

Sin embargo, ese prejuicio no tiene razón de ser, porque la palabra criollo no quiere decir exclusivamente gaucho, pues tiene una comprensión más amplia, que se extiende á todo lo que es de la tierra ó propio y originario de cada país de América, como lo define el diccionario de la lengua.

Por lo demás, cualquier investigación por efímera que sea, sobre las cualidades mentales de uno de los elementos étnicos de nuestro país, no puede serle indiferente á quién quiera conocer los orígenes nacionales. Y así se explica el interés que consagraron á este asunto Sarmiento y López,—para citar más que á los grandes — en páginas de intenso colorido y de vida, como las del *Facundo* ó los cuadros de *La Revolución Argentina*.

He aquí, entretanto los párrafos de la carta del poeta Rafael Obligado.

"...Acabo de leer su libro *De cepa criolla* con la rapidez con que pasan los momentos felices. Argentino como soy, de nacimiento, de alma y de amores, he bebido á pulmones abier-

tos las brisas de nuestra tierra en él circulantes, y me he dejado llevar por su mano amiga á través de nuestras selvas y llanuras. ¡Qué bien se está en ellas evocando cariños que fueron y grandezas que vendrán!

Aparte del entrañable patriotismo que en este libro se encierra, y que tanto lo realza, ha llamado especialmente mi atención la hermosa forma en que está escrito, tan ágil y robusta, y, á la vez, tan tersa en la frase y el concepto. Tiempo es, sin duda, de que nuestras letras nacionales se preocupen, como usted lo hace, de la limpidez del vaso en que hemos de volcar la miel de nuestras colmenas.

El entrerrianismo de su obra prueba su legítima cepa. Ningún escritor ni artista será argentino de veras, si no siente cariño acendrado por su terruño natal, si no comienza por el hogar, de cuyo punto de apoyo es fácil el vuelo hacia todos los horizontes de la patria.

De acuerdo como estoy con su manera de ver en cuanto al arte y las letras se refiere, tendría sin embargo alguna observación que hacer al criollismo preconizado por usted, en cuanto halla sus raíces en la literatura gauchesca, juz-

gando por consiguiente que se inicia con Hidalgo. Para mí, los gauchos no fueron en realidad criollos, sino mestizos de indígena y español. Esto está patente, no sólo en sus caracteres étnicos, sino también en su lenguaje donde abundan los neologismos americanos.

Así, creo que Hidalgo, creador del género gauchesco, nos alejó, más que nos acercó del verdadero criollismo. En mi sentir, el iniciador de la poesía criolla, realmente argentina, fué Esteban Echeverría en *La Cautiva.*

La obra de Hidalgo y sus continuadores Ascasubi. Del Campo y Hernández, merece sin duda el elogio que hace de ella Menéndez y Pelayo. por su originalidad, y será en todo tiempo un monumento de que debemos enorgullecernos. pero note usted que si en la hora presente la tomáramos por modelo, el fracaso sería irremediable, porque, como usted mismo lo observa, el gaucho no existe ya, y su retardado lenguaje castellano ha quedado tres siglos atrás.

¿Se ha cegado por esto la fuente de la poesía criolla, netamente argentina? ¡Gran desgracia sería esto para nuestra producción artística fu-

tura, porque encontraría sellado el raudal de nuestra originalidad.

Felizmente, la misma obra de usted y la de los poetas contemporáneos que cita, prueban evidentemente que hemos dejado de lado el lenguaje de Hidalgo para continuar escribiendo en la hermosa lengua de *La Cautiva*.

Fuera de los asuntos meramente literarios, me han interesado los eruditos estudios que usted dedica al origen del nombre de la selva de Montiel, á los neologismos criollos, á las obras de Concolorcorvo y Araujo y al escudo de Entre Ríos. Importa mucho â nuestra historia la investigación de esas minucias, donde únicamente pueden sorprenderse las intimidades de nuestro pasado."

***

Sólo en un punto divergimos— dice mi respuesta—y es en la manera de considerar al gaucho y al criollismo, según me lo advierte su carta, y como entiendo que el asunto no carece de interés para los estudiosos de los orígenes nacionales, procuraré contestar á su observación con todo el respeto que tengo por su opinión y el ca-

riño que estos temas despiertan en mi espíritu.

Desde luego, el vocablo criollo en su aceptación corriente entre nosotros, comprende todo lo que es de la tierra ó propio y originario de cada país de Sud América. El gaucho desde su origen—que no va más allá del primer tercio del siglo XVIII—aparece sobre el escenario agreste de nuestras pampas y montes como un producto original de su suelo, con caracteres y modalidades tan típicas que lo hacen inconfundible, y los que no debían cambiar con el correr de los tiempos, porque el porfiado apego á la tradición fué siempre uno de sus rasgos más característicos.

Gauderio ó changador de ganados en la época colonial; nómada, montaraz y matrero por amor á la libertad y á la libre correría, cuando la autoridad quería entregarlo al servicio del rey, se transforma en lancero indómito en los primeros alzamientos insurreccionales con sus altivos caudillos Artigas y Ramírez; granadero del ejército libertador y guerrillero admirable con Güemes; montonero durante la anarquía; soldado de la tiranía y en los ejércitos que la combatieron, formando en las orgullosas divisiones de aquel largo

y cruento batallar por la organización del país; en la guerra del Paraguay, en la conquista del desierto y en todas nuestras luchas civiles, eran casi exclusivamente gauchos los soldados de las patrias caballerías.

Gauchos ó criollos — como productos originarios de esta tierra—fueron también los que poblaron nuestros campos antes desiertos: gauchos con su lenguaje rústico cuajado de imágenes y retruécanos pintorescos que tanto lo caracterizan; con su poesía, su música, sus bailes, sus creencias y sus sentimientos, entre los que no puede dejarse de señalar sin injusticia, un acendrado amor por la libertad del suelo nativo.

De manera que aquel primitivo núcleo de fusión de la sangre indígena con la española, á que usted limita el tipo étnico del gaucho, se había borrado por las nuevas fusiones; y, sin embargo, el ser moral y físico del gaucho tan admirablemente encarnado por Hidalgo en los diálogos entre Chano y Contreras es idéntico al que nos presenta Hernández en su *Martín Fierro*, casi un siglo después.

La visión de la patria se había ensanchado, pero el férvido amor hacia la tierra originaria es

el mismo; como es uno mismo el aire huraño y las altiveces de su alma templada contra todos los infortunios de la adversa suerte.

La literatura gauchesca iniciada por Hidalgo, y continuada por Ascasubi, Del Campo y Hernández, á pesar de su forma tosca y su áspero lenguaje, pero con palpitaciones muy hondas del alma nativa, es, pues, el punto de arranque de la literatura argentina, con todos los jugosos sabores de cosa enteramente nuestra, libre de toda extraña mixtura que los modestos payadores ni presentían siquiera.

No quiere decir esto, en manera alguna, que sea esa la forma que debemos adoptar para hacer arte nacional; ni es ese el criollismo que preconiza mi libro, como usted lo reconoce. Es una forma original que pasó con los rudos protagonistas que la inspiraron, pero sería notoria injusticia excluir de nuestra producción lo que constituye precisamente la primera etapa de las letras nacionales.

Joaquín V. González ofrece esta exacta síntesis de la transformación de aquella prístina poesía gauchesca—la más genuina y original y rica en savias de la tierra—en la verdadera poesía

argentina:—"Santos Vega es la musa nacional que canta con los rumores de la naturaleza; Echeverría es el poeta clásico que recoge esa grandiosa poesía para elevarla y darle la forma de la cultura". (*La Tradición Nacional,* 169).

Y bien; el poeta heredero de esa poesía nuestra, él que cantó al gaucho patriota de la revolución de Mayo en el *Himno del payador;* al gaucho soldado del ejército de San Martín, en aquellas cargas legendarias de la *Retirada de Moquehua;* al gaucho poeta en sus tradiciones argentinas, no puede sin renegar de su hermosa obra, reducir el tipo del criollo á aquella pretérita fusión de la sangre del conquistador con la del indio aborígen de la lejana edad colonial.

Viene á mi memoria—y quiero citarla porque aclara nuestra momentánea divergencia sobre el criollismo—una de las rutilantes décimas con que canta usted la tradición de Santos Vega:

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que al payador ha nutrido;
Beso este suelo querido

Que á mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La convicción de que es mía
¡La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!...

Tal es la fórmula sencilla del verdadero criollismo que no puede dividirnos, que nos estrecha, al contrario, con íntimo vínculo de amor hacia la tierra nuestra que cantaron los *tristes* y los *cielitos* de los errantes payadores encarnados en el legendario Santos Vega; hacia la patria culta y engrandecida que presintió la musa americana del autor de *La Cautiva*.

LOS NOMBRES VIEJOS

LOS NOMBRES VIEJOS

La nomenclatura geográfica es una cosa respetable en todos los países civilizados, donde la imposición de un nombre á un lugar no se deja librado á los caprichos de la vanidad personal ó á la irresponsabilidad de las banderías políticas. Tiene, por el contrario, su justificación tradicional ó histórica, y es por tanto inmutable por su hondo raigambre en el sentimiento colectivo que, con el correr de los días va depositando en el alma popular ese sedimento misterioso de poesía y de tenaces cariños con que se teje la leyenda de su tradición.

Pero entre nosotros estas cosas no se encaran por lo general con idéntico criterio. Así como el fuego y el hacha han ido devastando las selvas vírgenes, sin pensar en reservas para el porvenir; una racha innovadora é irreverente parece

haber declarado guerra á muerte á los nombres viejos — por considerarlos anacrónicos, — y gradualmente se van substituyendo, apesar de las protestas de las poblaciones afectadas por el cambio, con el consentimiento expreso ó tácito de los administradores públicos.

De mutación en mutación hemos ido perdiendo la estabilidad geográfica, y nuestro mapa resulta atrasado en las designaciones de un año para otro. Y si bien puede argüirse que la extraordinaria expansión agrícola sobre el desierto, impone las nuevas denominaciones; pero resulta que el afán reformista no se limita al bautizo de la estación ferroviaria, núcleo de una futura población, sinó que para cambiar totalmente la fisonomía antigua, se reemplazan también los nombres de las viejas poblaciones y partidos, borrándose las características regionales, algunas tan expresivas y hermosas porque son la expresión del sentir popular y es sabido que, en tocante á lenguaje, el pueblo es maestro excelentísimo.

Me sugiere estas reflexiones, la actitud inconsulta que, de algún tiempo á esta parte, se observa en la legislatura de Buenos Aires en la

designación de los partidos de reciente creación ó en la rebautización de los ya existentes, y la cual entraña, á mi modo de ver, un serio peligro para nuestra permanencia histórica.

No necesito afirmar que no me mueve ninguna intención suspicaz al ocuparme de este asunto, porque es notoria de tal modo y forma la campaña idealista reflejada en mis libros, por arraigar el sentimiento de conservación y el culto del elemento tradicional, que espero no ha de suscitar sospechas si me arriesgo una vez más desde las columnas de este diario (1), á arrostrar el desdén de los que motejan estas ideas de regresión sentimental y de apegos lugareños...

¡Ah, no! Las cosas del pasado, los nombres viejos, las designaciones seculares de las lenguas indígenas con su áspero sabor primitivo son sagradas, porque son cosas del dominio común que afincan su permanencia en el sentimiento de las generaciones que las consagraron y así nos las trasmitieron como un legado de afectos y recuerdos, que se entrelazan á los orígenes nacionales.

(1) Conf. *La Argentina*, agosto 10 de 1909.

Entre nosotros, por lo general, cada nombre de lugar tiene á su favor un abolengo respetable. Marca alguna jornada de la civilización en su avance contra la barbarie del desierto; recuerda el sitio donde alzó su rancho el audaz poblador del inculto baldío; el antiguo fortín de paredes de adobe que puso á raya al malón de la indiada, núcleo más tarde de la futura ciudad; ó conserva alguna de esas designaciones insubstituibles por lo expresivas y gráficas del lenguaje aborigen, que forman parte del *folk-lore* regional.

Todo eso pertenece á nuestros orígenes, es un pedazo de nuestra historia, y es digno, por tanto, de conservación y de respeto.

No es solo útil la historia—ha dicho el americanista don Andrés Bello—por las grandes y comprensivas lecciones de sus resultados sintéticos; las especialidades, las épocas, *los lugares,* los individuos tienen atractivos peculiares y encierran también provechosas lecciones...

Pero, estas cosas—que no son frívolas—se vienen encarando con un criterio bien distinto, y al paso que vamos, pronto habrá necesidad de renovar periódicamente los textos de geografía

histórica y los mapas utilizados en la enseñanza, á fin de no dar al niño nociones erróneas. Además, esos cambios frecuentes en los nombres de pueblos ó partidos, acarrean no pocos perjuicios en ciertos servicios de la administración, como en el telégrafo y el correo.

Puede señalarse también como un peligro— y acaso el más grave—el hecho de que las designaciones se hacen con el propósito de honrar la memoria de alguna persona recién desaparecida, y es sabido que no son los contemporáneos los más habilitados para otorgar semejantes honores, inspirados por la pasión partidista, porque carecen del juicio sereno y equitativo de la posteridad.

Así hemos visto en más de una ocasión que el nombre dado á una calle, plaza ó pueblo levantó resistencias, lo cual evidencia que la elección no era expresión de un anhelo colectivo.

Una de las poblaciones más antiguas y progresistas del sur de la provincia, hizo oir su justa protesta, cuando pretendió substituirse—por el apellido de un militar que ni siquiera había nacido en la localidad,—su nombre tradicional breve y hermoso como un hallazgo de poeta. Y

el Azul triunfó, porque tenía razón en defender aquello que forma parte de su blasón como ciudad; el nombre de su río límpido y azul que reflejó en su corriente los rostros borrados por la muerte de sus primitivos moradores.

En cambio, otros no han protestado, silenciando la rebautización por respeto á un muerto ilustre, por más que le sobraban razones de carácter histórico para oponerse. Tal ocurrió con el antiguo fortín colonial de Arrecifes, convertido en pueblo más tarde, y cuyo nombre le viene del río á cuyas márgenes está situado, el cual figura en los primeros mapas de los conquistadores y en las relaciones de viaje del siglo XVII. Hoy se denomina General Mitre, no obstante de que existían ya varias villas que mañana serán ciudades, con idéntica denominación.

Lomas de Zamora, que recuerda al remoto poblador, háse convertido en La Paz, existiendo en Córdoba, Entre Ríos y hasta en la misma provincia de Buenos Aires el mismo nombre, lo cual ocasionará, sin duda, trastornos para la expedición de la correspondencia y confusiones sobre la ubicación de cada una de dichas localidades.

Otro de los incovenientes, es la predilección por los nombres de los guerreros, como si para el criterio legislativo fueran los hombres de espada los únicos merecedores de reverencia . En cambio, los pensadores, los que fueron verbo ardiente de la Revolución como Monteagudo, y el primer poeta que cantó á la pampa abriendo senderos para las letras argentinas, no han merecido ese homenaje, y ni siquiera sus restos descansan en tierra argentina.

Así, Mar del Plata fué trocado en General Pueyrredón, Miramar en General Alvarado, Ajó en General Lavalle, Vecino en General Guido, Ranchos en General Paz, Salado en General Belgrano, Sauce Corto en Coronel Suárez, Mar Chiquita en Coronel Vidal, y Carhué háse transformado en Adolfo Alsina á pesar de tener derecho de permanencia por su sonoro nombre indiano que parece evocar el grito bravío de la raza que fué un día dueña de la pampa bárbara....

Después le tocó el turno al tranquilo Tuyú, y no obstante las dudas un tanto picantes de algún diputado respecto de los servicios y de cuál era el verdadero nombre del militar propuesto

porque existían varios generales de aquel apelativo, el Tuyú fué honrado con un nuevo generalato y se le bautizó: General Madariaga.

Y bien, ¿á qué responde tal designación? El general Juan Madariaga no es oriundo de esa población, sino de la ciudad de Corrientes, y no sabemos que haya prestado á esta provincia servicios tan notorios para motivar el honor, á no ser una breve expedición militar contra Entre Ríos, en la época luctuosa de la guerra con la Confederación, que terminó por la derrota de dicho militar en la Concepción del Uruguay en 1852.

En la lucha contra la tiranía no tuvo tampoco una acción descollante, según lo relatan las *Memorias* del general Paz; de aquellas páginas severas no surge ni el militar, ni el político, ni un bravo siquiera de esos cuyas hazañas romancescas como las de Quiroga y Aráoz de La Madrid exaltan con su recuerdo el culto del coraje para atenuar sus errores ó la mediocridad mental. Bajo la pluma lapidaria del célebre manco, el general Madariaga es una figura subalterna que

se pierde en la penumbra provinciana (1).

En cambio, la secular designación de Tuyú—abreviación talvez de la voz guaraní "tuyuyú", cigüeña, ó simplemente "tuyú", barreal—está indicando que los primitivos habitantes indígenas designaron con aquel nombre al lugar por ser bajo y con muchos barreales; y este es un dato muy importante para el estudio etnográfico desde que sirve para señalar la expansión de la lengua guaranítica sobre esa región.

En la lengua araucana ó pampa— que por la ubicación del pueblo debiera predominar—á la cigüeña ó garza se le denomina "thula", inconfundible con el "tuyuyú" guaraní. De manera que existe en dicha palabra un elemento de estudio para indicar la ubicación aborígen sobre el suelo, lo cual comprueba que el cambio no tuvo razón ni objeto justificado.

Mientras en la escuela pública se viese bregando por mantener despierto el culto de la tradición, con todo el legado de sus glorias y recuerdos, á fin de conservar la unidad del sentimiento nacional como pueblo homogéneo, es,

(1) Conf. *Memorias póstumas del general José María Paz*, t. III, cap. XXXVI. XXXVII y *passim*.

sin duda, por lo menos inoportuna esta manía innovadora, que no concuerda con la orientación nacionalista perseguida por la enseñanza, con tan altos y previsores propósitos.

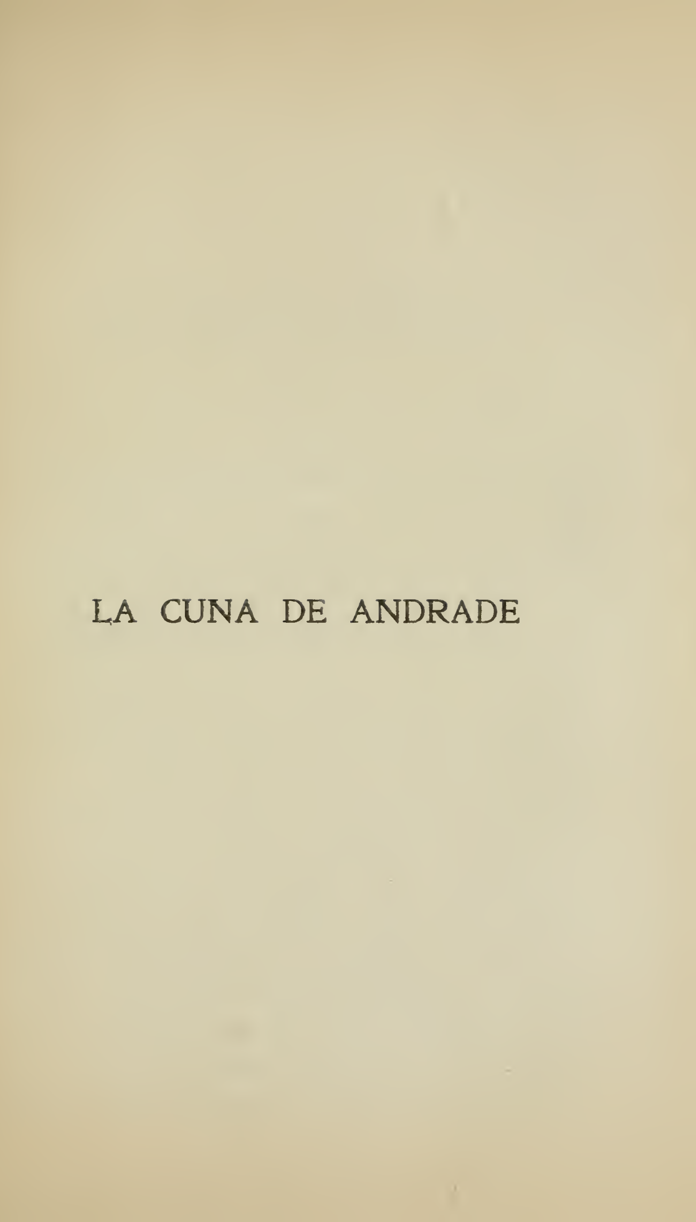
Tiempo es ya de meditar serenamente sobre estas cuestiones, que no deben mirarse con indiferencia, porque rozan el espíritu territorial y conspiran contra la perpetuidad de la unidad espiritual, con su guerra desatentada á todo lo antiguo, á lo genuinamente nuestro, sin apercibirse que se está socavando el sedimento de la tradición y que así llevamos camino de perder la permanencia histórica.

Como de padres á hijos las generaciones se continúan y entrelazan, así la ciudad antigua se trasmuda imperceptiblemente en la nueva ciudad conservando su filiación. Y cuando bruscamente se arranca á una ciudad su nombre, se rompe su filiación, sus vínculos íntimos, su leyenda.

Respetemos, pues, el pasado; salvemos con espíritu alto de argentinos, con un poco de sentimiento artístico de poetas, el aroma áspero y original que guardan los nombres viejos, que tienen para los nativos el magnetismo nostálgico de

esas viejas añoranzas, que nos hacen volver la mirada hacia el lugar de nuestra cuna.

Espíritu de poesía retrógrada, se nos dirá talvez. No; seducción maravillosa é irresistible del sentimentalismo nutrido con la emoción sugestiva y buena de los paisajes nativos, que pugna por salvar un poco del perfume sutil de lo viejo que otros van destruyendo...



LA CUNA DE ANDRADE

LA CUNA DE ANDRADE

En breve cumplirán veintiocho años de aquel día luctuoso para las letras americanas, en que se apagó entre nosotros uno de los espíritus más excelsos que hayan animado la arcilla humana.

Olegario Víctor Andrade, el hijo de las selvas entrerrianas que llevaba con merecida justicia el título de poeta de las cumbres, moría en la plenitud del vigor intelectual, en la estación de los frutos sazonados, arrastrando al misterio impenetrable los torrentes de esplendorosa armonía que poblaban su cabeza de divino noctámbulo.

El vencedor en las nobles lides del pensamiento caía amortajado en su gloria, dejando desierto el trono de la poesía americana. Con su muerte enmudeció la lira de las grandes armonías, de cuyas cuerdas resonantes sólo él había logrado arrancar esas notas soberanas de tan po-

tente colorido y las imágenes de vuelo audaz, como el de sus cóndores andinos, que hacen pensar en la esplendorosa florescencia de las selvas tropicales, rebeldes al purismo de los cánones consagrados por los retóricos, pero henchidas de magnificencias líricas y de subyugadora belleza para nuestro sentimiento de americanos, por el vigor y el brío personal con que canta las glorias de nuesta bandera y los destinos de la raza latina.

Pero no es de su alto mérito literario que vamos á ocuparnos, sino del lugar de su nacimiento, pues como ocurre con el cantor de la *Iliada,* varios pueblos se disputan la cuna del poeta que firmó la *Atlántida* y *El nido de cóndores*, suscitándose con frecuencia dudas aún no aclaradas.

Procuraré llevar mi aporte á la discusión con las observaciones sugeridas por la lectura de su obra poética ,descartando su larga actuación política en la prensa argentina y en la cámara de diputados de la nación, lo que desde luego abona en favor del origen de su nacionalidad.

Cuando ocurrió su fallecimiento en Buenos Aires, siendo á la sazón diputado nacional—el 30 de

octubre de 1882—Cárlos María Ramírez en un brillante artículo dijo que había nacido en el Estado Oriental, opinión que compartía el historiógrafo uruguayo don Isidoro De María por haberle conocido siendo niño en la escuela pública de Gualeguaychú, en Entre Ríos; en cuya ciudad nació á estar de las versiones más generalizadas entre sus condicípulos del Colegio del Uruguay. Otros lo dan como oriundo de la aldea de Alegrete, en el Brasil, pero sin que hasta el presente se haya exhibido como prueba decisiva su partida de bautismo.

La partida no se ha encontrado y acaso no aparezca nunca por la deficiencia con que se hacían los asientos parroquiales en aquellos tiempos. Pero á falta de esa probanza preferida en el estado civil del individuo, tenemos en cambio la abundantísima y reiterada manifestación que hace el propio autor en varias de sus obras, para fijar su nacionalidad y hasta el lugar donde se meció su cuna.

Cabalmente la primera poesía escrita á los 15 ó 16 años—premiada en el certámen poético celebrado en el Colegio del Uruguay el 9 de agosto de 1856—se titula *Mi patria* y está dedicada

al general Urquiza. En ella se lee esta estrofa en que aludiendo al pronunciamiento del 1.° de mayo contra Rosas dice:

Un día de mi patria, postrada y espirante,
Miróse en las llanuras el libre pabellón,
Y un héroe levantando su brazo de gigante
Se alzara revelando divina inspiración.

En *El laurel* recuerda enternecido los tristes días del destierro; las lágrimas de la madre á quien veía siempre con la mirada fija del sol en el ocaso como si entreviera su tierra distante, allá entre los resplandores del incierto crepúsculo. Oigámosle:

Siempre ¡patria! repites, madre mía,
Cuánto quema la arena del Brasil!

Se advierte en esas rimas henchidas de añoranzas melancólicas, el afán materno por inculcar en el corazón del hijo el amor de la patria; de aquellas conversaciones en que le hablaba suspirando por el perdido hogar ha brotado el canto, el anhelo misterioso que le hacía soñar en que sería el trovador que iba á cantar "al Andes y sus grietas, y al cóndor atrevido que busca el

vendabal", á ese cóndor andino en que simbolizó el sentimiento argentino velando alerta por la gloria de su gran capitán, al decir proféticamente:

> No morirá tu nombre!
> Ni dejará de resonar un día
> Tu grito de batalla,
> Mientras haya en los Andes una roca
> Y un cóndor en su cúspide bravía (1).

El 8 de Octubre —escrita en Gualeguaychú en 1857, ya egresado del colegio y que dedica al periodista don Isidoro De María en el aniversario de la capitulación de Oribe que puso término al sitio de Montevideo y dió nervio á la expedición

---

(1) Es digno señalar que el escultor Blay en la estatua de Mariano Moreno recién inaugurada, ha encarnado en un cóndor la idea revolucionaria de que fué verbo ardiente el célebre secretario de la Junta de Mayo. Es el símbolo de Andrade, su imagen audaz expresada en *El nido de cóndores* y el canto á *San Martín* que triunfa. Y el cantor que la hizo imperecedera no tiene un modesto monumento siquiera en su patria, y hasta le niegan el nacimiento algunos de mis comprovincianos. El Consejo Nacional de Educación ha reparado en parte esa injusticia bautizando con su nombre una de las escuelas de la Capital. Tendrá así los homenajes puros de la infancia que no sabe de rencores partidistas ni de mezquinas envidias aldeanas. Entretanto, mientras llega la hora del homenaje, repitamos el verso de nuestro poeta como una profecía:

> Tarda el amanecer, pero al fin llega!...

del ejército libertador,—vuelve á hablar de la patria acentuando el sentimiento que le inspira con rimas balbucientes en las cuales no se advierte aún la fibra del cantor excelso, pero que contienen las promesas realizadas en el futuro:

Bendita, sí, mil veces
La patria en que he nacido,
Sus glorias inmortales
Poeta cantaré...

Y como confirmación de aquel sentimiento corporizado en *El nido de cóndores,* el canto lírico *San Martín, El arpa perdida, La noche de Mendoza* y la fantasía *El porvenir,* basta citar las estrofas finales de la soberbia *Atlántida,* aquellas en que después de pasar en revista á las naciones sudamericanas cuando nombra á la Argentina desborda su magnífico lirismo y exclama:

De pié para cantarla! que es la patria,
La patria bendecida,
Siempre en pos de sublimes ideales,
El pueblo joven que arrulló en la cuna
El rumor de los himnos inmortales!

. . . .

La patria! en ella cabe
Cuanto de grande el pensamiento alcanza
En ella el sol de redención se enciende,
Ella al encuentro del futuro avanza,
Y su mano, del Plata desbordante
La inmensa copa á las naciones tiende!

Pues bien; á pesar de estas categóricas declaraciones que parecerían cerrar el paso á toda discusión, la duda sobre el lugar donde se meció la cuna del poeta genial vuelve á renacer siempre que se menciona la ciudad de Gualeguaychú como su pueblo natal.

Esta vez la duda viene de Entre Ríos, y como elemento nuevo para renovarla, se menciona el hecho de que si bien no se encuentra en los libros parroquiales de la aldea natal su fe de nacimiento, existe en cambio asentada la de su matrimonio con la señora Eloísa González, y en ella consta que era natural de Alegrete (Brasil).

Es conocida la deficiencia con que se hacían dichos asientos, en que los nombres, fechas y lugares aparecen adulterados por el párroco poco prolijo que se encargaba de anotarlos, sin que las más de las veces los propios interesados que las

firman, hayan tomado la precaución de controlarlos, hecho que á diario se comprueba en los arreglos testamentarios.

Puedo dar en este caso mi conocimiento personal, con la referencia que oí al mismo Andrade, en casa de mi hermano Onésimo, de quien era amigo desde las bancas del Colegio del Uruguay y al que le tocó hacer en la Cámara de Diputados su elogio, para que el gobierno nacional mandara editar las poesías del ilustre extinto (1).

Le conocí poco tiempo antes de morir, cuando ya llevaba impreso en el rostro el sello de una profunda tristeza. Había perdido á su hija Lelia, á quien el poeta vencedor en aquellos memorables juegos florales de 1881, coronó reina del torneo; la muerte de la dulce niña desgarró su corazón tan sacudido desde la niñez por las obscuras batallas de la vida, que al fin abaten los espíritus mejor templados.

Fué un día al estudio de su comprovinciano y camarada de la infancia á consultarle sobre un punto de materia constitucional de que iba á ocuparse en la *Tribuna Nacional.*

---

(1) Conf. *Diario de sesiones* de la C. de D. D., mes de junio de 1884.

Se habló de todo un poco y bromeando sobre la edad, pues mi hermano que era del 39, le decía contemporáneo, mientras Andrade sostenía que era menor dos ó tres años. Con este motivo refirió su nacimiento en Gualeguaychú, de donde lo llevaron muy niño al Brasil durante la guerra civil y agregó, que al regreso de la emigración ocupó con su familia la misma casa de techo pajizo donde naciera, aquella casita á que cantó hombre ya en esas tiernas rimas de *La vuelta al hogar,* en la cual volcó sus amores del terruño.

Y bien; esa poesía en que ha pintado un retazo de la naturaleza de las riberas del litoral, es tan inconfundiblemente nuestra que hasta designa las plantas y las aves con la denominación usual en el lenguaje rioplatense, como el *seibo,* la *achira* y el *zorzal,* para darle más sabor y ubicarla en la región de sus montes natales.

Ese solo rasgo basta para demostrar que su autor no es hijo de la tierra ardiente cantada por Gonçalves Días, de la tierra que *"tem palmeiras onde canta ó sabiá",* pues nos habla con ternura conmovida dèl sauce, del tosco abanico de achi-

ras, del seibo y del zorzal de los melancólicos trinos.

Lo que tal vez ha ocurrido es que durante la emigración de su familia á Alegrete, fué bautizado allí y no se cuidó de hacer constar que era nacido en territorio argentino, y es á esto á lo que se alude, sin duda, en la partida de matrimonio donde la referencia al bautismo se ha tomado por natural de aquel lugar.

Y no cabe duda de que es así, porque en el canto *El 11 de Septiembre,* dedicado á Buenos Aires, habla de la lucha contra la tiranía, donde sucumbió su padre y un hermano y recuerda también las pasiones que estremecieron su pecho, cuando vivía en el destierro:

Perdido en las llanuras que baña el Yaguarón.

Si hubiera sido nativo del Brasil, nada le hubiera importado nuestra guerra civil.

Por lo demás, el canto á la heróica defensa de Paysandú,—barrida por la metralla de la escuadra brasieña,—cuya sombra augusta evoca con versos iracundos que restallan como chasquidos de látigo inclemente sobre la espalda "de la vil mesnada de los esclavos", están denunciando la estirpe de la sangre que circulaba en las venas del

poeta vengador, y afirman para siempre la certidumbre de que el que así impreca con tan violentos y despectivos acentos no pudo nacer bajo el pabellón auriverde.

Podría inducirse más bien que fuera oriental por el arranque viril con que describe la heroicidad de la ciudad uruguaya, si no existieran las numerosas referencias á su patria de origen que abundan en las composiciones citadas, y que desalojan por su falta de fundamento serio esta persistencia de algunos, en querer atribuirle un origen distinto contra el cual protesta la vida y la obra entera del poeta (1).

*
* *

Y he aquí que el recuerdo de aquella entrevista en que estreché por primera vez la mano que

(1) La *Antología de poetas argentinos* de Puig dice que nació en Gualeguaychú el 7 de marzo de 1841 (t. IX, pág. XIX). Ignoro la procedencia y la autenticidad de la fecha que está de acuerdo con la tradición corriente respecto al lugar del nacimiento; en cuanto al año me inclino á creer que debe ser el 39 ó 40, pues, en el certámen del Colegio del Uruguay celebrado el 9 de agosto de 1856, obtuvo medalla de oro en literatura por sus dos composiciones en prosa y verso y esta materia se cursaba en cuarto año y no debió entrar al Colegio antes de los 12 años, cuando menos. Tendría, pues 16 ó 17 años.

trazó tan soberbios cantos, trae á mi memoria una impresión indeleble que quisiera reflejar en estas páginas.

Se habló al pronto de poesía y de su reciente triunfo en los juegos florales. El rostro de Andrade se fué iluminando gradualmente, como si lo coloreara un fuego interior; el metal de su voz apagada y balbuciente como la de un niño empezó á cobrar inusitada vibración; sus ojos grandes y mansos, de mirada fría, casi sin expresión tuvieron extraño fulgor; el cuerpo encogido se irguió de improviso y empezó á recitar una composición que no he visto publicada después.

Era un canto á Grau, el almirante del legendario Huáscar. En medio de aquellas estrofas fulgurantes se veía pasar como un fantasma entre las brumas del mar solitario, la altiva silueta de la nave guerrera y al capitán de pie señalando el derrotero de la audaz correría; luego en un cuadro magistral la descripción del combate formidable hasta ver rodar sobre el puente encharcado de sangre el tronco destrozado del héroe peruano!

Después cambiando de acento, como si el recuerdo de la hija muerta le hubiera asaltado de

improviso, le oímos decir una poesía sencilla, empapada en suave desesperanza, cuyo tono recuerda las célebres coplas de Jorge Manrique, y que reflejaba el estado de aquella alma lacerada por tan hondas amarguras:

Ya la fe en mi ser no arde
Ni mi lira finge ufana,
Los himnos de la mañana
Los murmurios de la tarde;
Ya á los días
De mis dulces alegrías,
El tiempo cruel les ha echado
El sudario del pasado;
Por eso en tan triste calma
Vienen á ser mis canciones,
Fugaces exhalaciones,
De las tinieblas del alma...

Esa poesía,—si es que era suya, pues el tono difiere de la generalidad de sus obras,—como el canto á Grau tampoco ha sido incluída en la edición de sus obras; quizás no la terminó porque este cantor por excelencia de la belleza plástica pocas veces deja entrever la nota íntima del sufrimiento, como si su mirada vuelta siempre ha-

cia las cumbres y el espíritu arrebatado por el fuego de la imaginación, que fué su facultad excelsa, no vieran los dolores y las miserias humanas... Y era bueno, sensible á los dolores que le rodeaban. Conozco una página de un álbum cuyas hojas empiezan ya á amarillear, donde ha volcado el tesoro de su gran ternura. Es la siguiente:

"Tiene razón Julio Calcaño, el más joven de los poetas venezolanos. Extraño segador es ese que no respeta nada, que siega todo, el grano verde como el maduro, la frente tersa como el cáliz blanco. Nada lo detiene ni la dulce actitud de inocencia, ni la severa majestad de la ancianidad.

Ayer no más caía bajo su golpe rudo una bella existencia, uno de esos seres que llevan en los ojos esa sombra indefinible de tristeza, que puede llamarse la nostalgia del cielo. ¿Faltaba alguna flor al cielo, acaso? ¿O alguna flor sobraba aquí en la tierra? nos sentimos tentados á preguntar con el poeta, cuando pensamos en el fondo inagotable de ternura, en la rica esencia de virtudes que rebosaba del vaso purísimo del alma de María Luisa Fernández.

La conocimos de paso. Pero no se necesita conocer la flor para percibir su aroma. Era un noble espíritu, gloria y animación de un hogar que ha quedado desierto. Comprendemos el dolor de los que la buscan y no la hallan, y callamos. No es con vulgares consuelos que se cicatrizan heridas tan hondas. Ha sido llorada, muy llorada. Ha desaparecido, no ha partido. Ha ido á buscar á lo alto, como decía Víctor Hugo de otra niña muerta, la serenidad suprema complemento de las existencias inocentes.

Ella se ha ido: juventud, hacia la eternidad; belleza, hacia lo ideal; esperanza, hacia lo cierto; aspiración, hacia lo infinito; perla hacia el océano; espíritu, hacia Dios."

Conservo como joyas de mucha estimación dos recuerdos del altísimo poeta: la rosa natural con que fué premiada la *Atlántida* en los juegos florales, que él regaló á la reina del torneo, y un breve autógrafo en prosa escrito al márgen de una de sus más grandes creaciones: el canto lírico *San Martín.*

Es el esquema de una de esas imágenes brillantes y audaces que dilatan la vibración de sus rotundas estrofas, á la manera de Hugo. Posi-

blemente le vino de improviso leyendo la poesía, y á fin de no dejarla escapar la estampó de golpe con letras nerviosas y desaliñadas, como una acotación para algún cuadro andino que pensó agregarle después.

Dice así: "Me parece ver bajar por las faldas ásperas y desnudas una manada de ariscas vicuñas; aves acuáticas de los lagos andinos y al cóndor trazando círculos, cual si marear quisiera à la montaña, encogida la garra. El cóndor sobre el lomo de la indefensa res..."

Otro día trazó, en uno de esos artículos destinados á la prensa diaria que se olvidan al día siguiente de publicados, un pensamiento en que condensaba la ardorosa aspiración de toda su vida. Helo aquí:

"Feliz el que pueda realizar uno de sus pensamientos en mármol ó en bronce para asegurarle la frágil inmortalidad de que el hombre dispone. ¡Mundo eterno del Arte! quién pudiera poblar tus regiones impasibles y serenas, con alguna radiante creación hija de su espíritu, ante la cual los artístas y los pensadores de los tiempos futuros inclinarán su frente meditabunda!"

Recogimos aquella perla que el poeta arrojaba

de las arcas repletas de su imaginación soberana, con la certidumbre de que un día no lejano realizaría su noble anhelo.

Y cómo se ha cumplido! El cantor excelso puede dormir tranquilo el sueño de la inmortalidad, que las radiantes creaciones de su genio han salvado entre vítores las fronteras de la patria que tuvo la honra de verlo nacer, y ante las cuales, los artístas y pensadores de los tiempos futuros inclinarán la frente meditabunda.

EL REGIONALISMO LITERARIO

EL REGIONALISMO LITERARIO

I

CANTOS A URQUIZA

A Alfredo Parodié Mantero.

Conociendo mi inalterada admiración por la figura prestigiosa del héroe, ya puede imaginarse el placer con que habré recibido la artística "plaquette" de los *Cantos á Urquiza*, que me envía.

Canta su musa juvenil con noble y efusivo entusiasmo, las hazañas del guerrero y del estadista que, entre las polvaredas de las batallas, bajo la carpa del soldado, en marcha contra los ejércitos enemigos, dictaba decretos creando escuelas y colegios y hablaba de libertad; y cuando todavía no se habían apagado las clarinadas resonantes de Caseros, pensaba en las bases de la unión nacional, deponiendo su formidable espada de vencedor ante el libro de la constitución.

Son esos los límpidos timbres del prócer que

no lograron empañar las enconadas pasiones banderizas, y que el juicio sereno y ecuánime de la posteridad ya empieza á discernirle.

Se renueva en estos momentos el proceso histórico de ese período obscuro de la historia nacional, á la luz de una documentación que había permanecido substraída al público comentario, y empieza á vislumbrarse que había en aquel hombre un alma de patricio puesta sin reticencias ni flaquezas al servicio de la organización nacional.

Como hijo intelectual del Colegio del Uruguay —una de las fecundas y trascendentales obras de Urquiza,—ha pagado usted en moneda de noble y artístico cuño la deuda de gratitud de que somos deudores, todos cuantos nutrimos nuestra inteligencia en aquellas aulas venerables.

Puede estar satisfecho de su obra, porque es patriótica, gentil y de rara valentía. Auguran estos ensayos poéticos el vuelo audaz, pero inseguro aún, de un temperamento rico de emoción y de imágenes líricas, que siente anhelos de escalar las altas cumbres y que dará frutos mejores con el andar de los años y las disciplinas severas del estudio.

Me complace sobremanera su acendrado amor á la tierra natal y su fervorosa admiración por los hombres que la hicieron ilustre. Amela mucho, hasta con pasión violenta, que no hay exceso ni daño en esos localismos, y crea que ha de encontrar en su tradición y en el elemento físico de su naturaleza, ubérrimos veneros de inspiración; pero embeba sus rimas con más sávias y perfumes de aquel suelo agreste; yo quiero admirarlo más poeta nuestro, con el alma argentina, como Obligado y González, pero como ellos con la tierna añoranza y las palpitaciones del alma de los terruños.

Ya sabe usted que ese es mi viejo tema: si hemos de crear alguna vez una literatura nacional, ella tendrá que empezar por ser netamente regional; porque cada pedazo de nuestro suelo está ofrendado al artista animoso que quiera investigar con amor sus intimidades más recónditas, características y peculiaridades de ambiente, modalidades muy típicas de hábitos, de sentimiento de poesía, de música y hasta de ritmo en sus hablas populares. Y todo eso se va, barrido por el cosmopolitismo invasor, y es urgente salvarlo antes de que desaparezca para siempre...

Ricardo Rojas, ha escrito en el prólogo de *Cosmópolis,* recientemente impreso en París, esta profesión de fé que los jóvenes no debieran olvidar:—"La literatura es cosa abominable. El arte que se universaliza es el que vive por el aliento de la tradición y por la emoción del paisaje nativo, como los poemas homéricos ó el Romancero del Cid."

Después de Urquiza, que venga Ramírez el caudillo romancesco, la selva de Montiel con sus gauchos de pujanza levantisca y bravía, las cuchillas verdegueantes que saben de luchas de charrúas y matreros, los ríos que serpean en los bajos como culebras por entre arcadas de seibos y sarandíes, y aquel cielo amigo que contemplo embellecido con esa luz interior de los recuerdos de mis años de infancia.

Provenza acaba de coronar en vida la estatua del poeta Mistral—"el emperador del sol"—que ha levantado con *Mireya* y *Calendal* un monumento á su lengua y á su raza.

Nuestra tierra solar aguarda al poeta que la cante; y existen, sin duda, en su crónica íntima, en su leyenda, en su tradición y en su naturaleza

incomparables asuntos líricos, sobresalientes y originales.

Alberto Gerchunoff está explotando con éxito una de las fases más pintorescas de la evolución en nuestra provincia, con sus sabrosos cuadritos de la colonia judía que ha ido á derramar semillas, abatiendo los tupidos cardales y los montes de la célebre selva, donde antaño agitaron sus formidables lanzas de tacuara los indómitos montoneros de Crispín Velázquez.

¿Que hacen pues los escritores de la nueva generación? Damián Garat, que se hizo aplaudir con un soneto á los centauros de Caseros, Aníbal Marc. Giménez, que siente como pocos los temas del terruño, y Gustavo Caraballo que lleva en sus venas sangre de bravos guerreros criollos!....

Usted tiene temperamento para hacer vibrar esa cuerda. Pero no malogre por la facilidad en la producción, lo que debe ser fruto de meditación depuradora y de disciplina mental, puesto que es dueño de la juventud y siente el fervor lírico para reflejar sus sentimientos con las imágenes pintorescas que grabaron en sus pupilas aquellas rientes campiñas, que muy fugazmente

he visto á través de las rimas de sus *Cantos á Urquiza.*

Revolotean en ellas, sin embargo, unas "alondras" exóticas que están usurpando el puesto á las trinadoras calandrias y á los boyeros, las avecillas de nuestra tierra que le enseñaron el don del canto en las tardes de estío, bajo las frondas del "curupí, la multa y el ubajay", allá en las extendidas playas del manso río...

La inusitada extensión de esta carta,—que me ha llevado insensiblemente lejos á refrescar mi espíritu con las imborrables memorias y cariños del suelo nativo,—le dirá todo el placer con que he leído sus versos y toda la emoción que me reservo para el porvenir.

Son, sin duda, raras pero oportunas en estas horas tan poco propicias para las manifestaciones líricas, las producciones de la musa juvenil que ensaya sus vuelos desdeñando las tentaciones del decadentismo, y que buscan, por el contrario, temas de inspiración en el ambiente nuestro. Hay un propósito elevado y estimable en esa clase de obras, que no pueden pasar inadvertidas para los que nos sentimos argentinos con orgullo de serlo.

M. L.

II

A Martiniano Leguizamón.

Es á usted—y permítame que lo afirme con la seguridad de decir una gran verdad—á quien los argentinos deben más y debieran querer más, porque es uno de los escritores más argentinos de los argentinos.

No me afirmo solamente en la columna de literatura criolla que ha formado con *Recuerdos de la Tierra, Alma Nativa, Montaraz* y *De cepa criolla,* libros llenos de nobleza y de un religioso amor al terruño;—no me afirmo únicamente en ellas para hacer la afirmación que hago con respecto á su validez intelectual, que tiene un sello absolutamente personal, una característica inconfundible.

Indudablemente, esos libros de por sí valen una personalidad, desde que todas sus páginas exponen con elocuencia el alma de un poeta que siente hondamente las maravillas de nuestra tierra y sabe sacar de ellas un provecho inapreciable.

Pero la mayor simpatía intelectual que inspira

usted, no solamente radica en su obra literaria, aún cuando ella sola bastaría para inspirarla y arraigarla en el corazón de todos los que ansiamos para hoy una obra nacional que deje para el porvenir, además del exponente de una progresión evolutiva de la misma, el sello de una tradición con la que en el porvenir, intelectualmente podamos enorgullecernos y regocijarnos. La mayor afección que inspira, proviene de la persistencia de su constante bregar por la solidificación de un basamento de literatura nacional, circunstancia ésta que ha delineado acabadamemnte su personalidad como única en nuestro mundo intelectual.

De ahí que es usted un ejemplo, y que su nombre está llamado á engrandecerse más y más. No soy de los que creen en la eficacia del predominio absoluto de una literatura nacional, pero sí en la necesidad de su existencia permanente, como un impulso de poderosa y de grande eficacia para las letras en general.

Pienso en la necesidad de esta literatura, como pienso en que debemos conservar todo lo que es característicamente nuestro, en las diversas manifestaciones de la vida.

Belisario Roldan decía no hace mucho, hablando á este respecto, que nos habíamos dejado arrebatar nuestra guitarra tradicional y que nos conformábamos hoy con la acordeón importada... Y este decir no es la manifestación de un espíritu de exageración, sino de una verdad amarga.

Y esta verdad, que fué dicha en concepción general, tiene sólida consistencia en lo que respecta á la literatura, de la que hoy no tenemos un tipo verdaderamente nuestro, como consecuencia del avance cosmopolita en todas las manifestaciones de nuestra vida.

Nadie más llamado que el escritor, que el poeta, en la corriente extranjera que todo lo va invadiendo, y que todo va llevándose por delante: nadie más llamado, digo, á dar una hermosa manifestación de vida nuestra y de arrebatar de esa corriente el pedazo de "alma nativa", que está peligrando y que, sin embargo, está llena de vida exuberante en nuestras selvas, en el tipo romancesco y legendario de nuestros gauchos y, en fin, en toda nuestra tradición.

Pero, no es mi objeto hablar de esto,—que daría materia para muchas carillas—y, sobre todo no debo hablar á quien tantas y tan buenas cosas

nos dice continuamente al respecto. Estas líneas tienen otro motivo; en la carta que días pasados ha escrito alentando al joven Alfredo Parodie Mantero, que ama las letras y que en ellas hace bien intencionados ejercicios, insinúa la necesidad de que el poeta vincule su nombre al homenaje que vamos á rendir á Urquiza.

Efectivamente, Urquiza está reclamando un cantor, y hay que luchar porque ese cantor surja. Nadie más llamado que usted para hacer mucho en ese sentido, aún cuando en la cita que ha hecho de los poetas capaces, ha sido algo exclusivista. Examine, doctor, la obra de nuestros poetas, y vea quienes pueden inmortalizar en el verso la figura del héroe de nuestra constitución, y no se limite en tal examen á los de Entre Ríos, que bien puede surgir ese cantor de cualquier parte de la República.

Manuel J. Alier.

Paraná, Agosto de 1909.

III

A Manuel J. Alier.

Paraná.

Acabo de informarme con mucho placer de la hermosa página, en que desde las columnas de *El Tribuno,* comenta usted en forma tan generosa la carta que dirigí al joven Parodié Mantero felicitándolo por sus *Cantos á Urquiza.*

No teniendo la fortuna de conocerle más que á través de ese escrito, revelador de un noble temperamento, quiero expresarle desde las propias columnas de ese diario mi agradecimiento profundo por el alto concepto que le merece mi obra literaria y la incesante prédica que de largos años he consagrado á la manera cómo entiendo que debemos formar nuestra literatura.

El éxito de toda profesión de fé depende de la constancia de su reiteración, por el comentario que renueva y por los nuevos adeptos que conquista.

Su carta me confirma que las semillas arrojadas sobre el surco no han sido estériles, desde que encuentro transparentado en ella el espíritu de

un convencido de la bondad de esa tarea y, sin duda, un nuevo labrador.

Sea bienvenido, y desde que un vínculo común nos acerca, puedo decirle así, en forma sencilla como en charla íntima de antiguos camaradas, que mi carta tenía también por objeto bregar una vez más por la permanencia y el cultivo de la literatura regional con la cual hemos de fundar el sólido basamento de la literatura nacional.

El recuerdo de Urquiza y las clarinadas de Caseros, coronadas por la constitución de 1853, avivado por los versos vibrantes del joven Parodié,—trajeron insensiblemente á los puntos de la pluma, que la evocó tantas veces, la memoria inmarcesible de la tierra materna con su tradición, con sus hombres del pasado y los jóvenes del presente que pugnan por crearse una personalidad.

Y tomando por blanco á los que conozco—Giménez, Garat y Caraballo—les endilgué la homilia, sin que naturalmente pensara que ellos son los únicos llamados á realizar la obra literaria de la tierra, cuya cultura allí encarezco. Yo no puedo olvidar á Horacio Rodriguez, á Carlos

Melo y Evaristo Carriego, por jemplo, que han labrado ya su reputación de poetas.

Pero, si lee de nuevo los términos de mi carta, verá que es un llamado "á los escritores de la nueva generación", entre los cuales figuran los tres que mencioné y tantos otros que no conozco, y á quienes no he excluido, por consiguiente.

Verá también que no circunscribía la obra á realizar en la faz heroica que Urquiza encarna, y que por ser una personalidad nacional debe ser cantada por cualquier hijo de la república.

No; yo aludía á la tierra entrerriana—¡á toda la Gazcuña!—como dice Cyrano en la dulce añoranza de Rostand;—porque creo firmemente que, en su naturaleza, en su crónica íntima y en sus tipos originarios puede encontrar el artista asuntos para inspirarse.

Por eso mencioné la obra admirable de Mistral, — circunscrita, como es sabido, á su tierra asoleada del Crau y la Camarga, — como en otra ocasión aludí á la deliciosa producción regional de Pereda, el creador de *Sotileza* y *Peñas arriba*, para que sirva de rumbo á nuestros escritores jóvenes que sacrifican y desdeñan á veces los dones nativos, por ir á imitar las creaciones enfer-

mizas y carentes de emoción de los bebedores de ajenjo, que atormentan el noble y sonoro verso castellano con combinaciones métricas extrañas, ó derrochan talento en malabarismos estrafalarios, cortando el vuelo á la inspiración que pugna por romper tan estrechas ligaduras...

Repito que no hubo intención exclusivista en mi carta y ha de convenir en ello leyéndola otra vez. Me dirigía á los jóvenes escritores que tienen una pluma en la mano, que viven en el ambiente de la comarca y ven desaparcer esas cosas tan típicamente nuestras, sin animarse á salvarlas del olvido que pronto se tornará irreparable.

Por eso señalé el trabajo que está realizando en *La Nación* Alberto Gerchunoff, un joven escritor ruso que aspira á pintar con sobrias é intensas pinceladas—á la manera de su compatriota el admirable Máximo Gorki—los tipos y escenas de la vida rústica que vió durante su niñez, allá en la colonia de San Gregorio, cerca de la región donde hicieron galopar sus ariscos redomones de pelea los hirsutos lanceros de Crispín y Polonio Velázquez, aquellos rudos señores de la temerosa selva montielera.

Era una advertencia y un ejemplo á los escritores de aquel suelo que, sin duda, deben sentir con mayor intensidad la emoción de la belleza de las imágenes de la tierra materna.

Y la reitero aquí deseando que surja pronto—antes que la evolución termine su obra demoledora,—el escritor fuerte que la describa y la cante en forma duradera y artística.

Ha sido una real fortuna para mí conocer á un hombre de su temperamento, por la satisfacción que me proporcionó la lectura de su benévola carta, y porque hemos agitado públicamente esta cuestión siempre palpitante del arte nacional que es necesario renovar en cada ocasión oportuna, para ver si entre nosotros es una verdad, lo expresado en el viejo mote: *qui dura vincit.*

Nuestros escritores jóvenes no quieren convencerse del provecho positivo que sacarían del cultivo de las canteras inexplotadas del ambiente argentino; y, por indiferencia ó cobardía, no se atreven á hacer obra patriótica salvando del olvido, todas esas cosas interesantes que hablan al corazón.

Lo argentino se va. Es urgente salvarlo, antes que se pierda para siempre. Veo en usted á un

convencido de la bondad y la importancia de la campaña nacionalista, y no puedo menos de celebrar como una buena fortuna esta ocasión que se me brinda para platicar sobre temas favoritos que aquí, en la inmensa cosmópolis, entre el rumor trepidante y ensordecedor de las bocinas de los automóviles y el campaneo de los eléctricos desafinan, como notas extrañas ya, que se alejan buscando el ambiente tranquilo de la vida aldeana ó la serenidad y el sosiego de nuestros campos.

M. L.

Agosto de 1909.

IV

PURO CAMPO

A Javier de Viana.

Vengo de ver *Puro campo* y no quiero que se entibien las impresiones recibidas sin enviarle un efusivo parabién.

La obra justifica su título. Aquello es en verdad un retazo de vida nuestra; una escena campestre con luces y sombras de monte; con gauchos que expresan sus sentimientos con esa rudeza altanera y pintoresca de los decires genuinos

de la lengua materna, que tiene como dice Anatole France, el sabor de la tierra natal.

El primer diálogo con la criollita y el de los dos rivales, que resume el episodio central del drama, son frescos y palpitantes de verdad.

No he visto nada más intenso como psicología y como expresión en los dramas nacionales. No hay una palabra demás; los símiles son de la verba criolla, auténticos. Se descubre allí la pluma diestra del admirable escritor costumbrista que firmó *Gaucha* y *Gurí*.

Usted sabe pintar como pocos estas cosas de la tierruca: se compenetra tan íntimamente con las pasiones que agitan los pechos bravíos de los personajes, que al escucharlos uno se imagina estar oyendo algunos de esos diálogos campesinos en pleno aire de pampa á la luz de las estrellas ó junto al fogón de una estancia.

Tal me ocurrió, y cuando el telón cayó sobre la escena brusca é inesperada, pero tan natural y criolla, de la cerdeada de la trenza de aquella paisanita coqueta que encela los odios violentos de los dos rivales, sentí subir desde el fondo del corazón un estremecimiento de aplauso para el talentoso escritor que con arte simplísimo can-

tiva el interés del espectador presentándole un cuadrito familiar de la vida rústica.

Todo el resto de la obra se borra ante la belleza sugerente de ese diálogo sabroso y vivaz, que ojalá hubiera prolongado usted para imprimir mayor colorido á la escena...

Y así como es franco y espontáneo este aplauso para lo que admiro como genuinamente criollo, he de decirle que no transijo con las concesiones que ha hecho usted al deplorable gusto de ciertas escenas nacionales en boga, porque es sin duda, exótica y desafinante esa intromisión del elemento extranjero para provocar hilaridad, y mucho más la de los dúos á usanza de la traqueada zarzuela española.

Bien sé que el tipo del brasileño fanfarrón y ridículo existe en la campaña uruguaya de donde lo ha copiado usted. Pero con él había bastante y el francés está demás. No agregan, á mi modo de ver, interés á la obra; por el contrario, se lo quitan, privándole la oportunidad de presentarnos algunos de esos deliciosos viejos dicharacheros y socarrones que usted ha dibujado con tanto arte y amor en sus novelas y cuentos. Aquel don Zoilo de *Gaucha,* por ejemplo,

que es sencillamente admirable, con su figura y su gesto de bestia hirsuta y selvática, sin una falla...

Esos breves reparos, que inspiran mi inalterado amor por las tradiciones de la tierra, no amenguan el mérito de su obra, ni ponen reticencias á la pluma para decirle que encuentro en las escenas de *Puro campo,* un cuadro de ambiente nacional, merecedor de los aplausos que ha conquistado. Sin embargo, yo lo quisiera más nuestro, con más sabores y añoranzas del pago; pero sé también que el gusto del público es otro y exige al autor concesiones que á veces lo alejan de la creación sentida y amada.

No se deje tentar, sin embargo, por esa falsa sirena del aplauso fácil, pero carente de emoción y sinceridad, y preséntenos un cuadro real de la vida campera que usted siente y conoce á fondo; dénos la obra fuerte que tenemos el derecho de exigirle los que le admiramos, porque lo sabemos dueño del brío y de la lozanía del talento necesario para abrir la picada en esa selva virgen de las costumbres nacionales.

Usted que conoce mi admiración apasionada y violenta por estos temas, sabrá valorar este elo-

gio. Pero yo quisiera saludarlo triunfante, trayéndonos á la rampa del escenario algo grande, con mucho color y alma, como el de esos ásperos y fieros personajes shakesperianos, para decirles á los que por snobismo desdeñan estas cosas: eso es naturalismo, eso es verdad, eso es vida nuestra!

Va mi saludo al compañero de armas, y un millón de gracias por el buen rato que me ha hecho pasar.

M. L.

Agosto de 1909.

V

LAS SENDAS DEL ARQUERO

A Gustavo Caraballo.

Termino la lectura del breve volúmen de versos que tuvo la gentileza de enviarme, y me siento subyugado por la dulce melancolía que emana de sus rimas impecables por su forma, tan esmeradamente cuidada, que á veces se pierde la emoción inspiradora ante las magnificencias del paisaje y las bellezas de las imágenes con que las atavía, como si quisiera ocultar al lector el estado de su alma.

No hay estallidos de dolor, ni quejidos hondos; todo aparece velado en la penumbra de los crepúsculos ó entre las sombras nocturnas con que pinta serenamente sus cuitas de amor. ¡Tal vez el anhelo de perfección y la tarea del orfebre que busca la forma nueva para engarzar sus versos ha perjudicado un tanto el sentimiento del poeta, porque hay un poeta, sin duda alguna, en el autor de esos delicados sonetos, como "Espejismo vesperal" y "Devoción estética", sugeridores de la callada emoción que el lector descubre á través de la belleza del ropaje del estilo.

Pero si es espontáneo mi aplauso para el artista, he de decirle también que su libro me ha defraudado al no encontrar en él un sólo paisaje de nuestra tierra, un sólo acento evocativo de aquellas cosas que usted debe llevar impresas en las pupilas y en la sangre; en la brava sangre de los viejos guerreros criollos de su estirpe que se destacaron á fuerza de coraje, como su abuelo, el intrépido lancero, que siendo niño, me enseñaba sin alardes de jactancia, las anchas heridas que acribillaban su pecho como la ejecutoria de sus proezas, indicándome que eran más grandes las del pecho porque las había recibido

peleando de frente, y más pequeñas las de la espalda porque la lanza enemiga lo traspazó de parte á parte...

Al cerrar el volúmen me sorprende este anhelo final, que parece indicarnos que el autor no ha encontrado en su tierra asuntos dignos de ser cantados.

Me iba meditando el sueño de la infancia
De publicar un libro pero que sea en Francia.

Pienso que es un error, mi estimado poeta, el pensar esas cosas, y un ejemplo pernicioso el decirlas.

No es sin duda, "el país de Francia" país extraño que usted no conoce más que á través de la lectura de sus autores predilectos, donde ha de destacar su personalidad literaria, tan brillantemente augurada por este bello libro que es más que una promesa de la juventud.

Nuestra tierra está reclamando poetas que la canten; en medio de su prodigiosa riqueza material no suenan mal las voces que nos hablan de emociones de belleza en la cláusula sonora y armoniosa de los poetas. Cante usted que el escenario es propicio y no han de faltarle admiradores que lo aplaudan; pero luzca las gallardías

de su inspiración y muestre las delicadas condiciones de orfebre del verso que ha encontrado en *Las sendas del Arquero,* rastreando la vena inexhausta de los asuntos argentinos. Sea poeta argentino, llevando á los temas líricos las exquisiteces de las nuevas orientaciones, con tal que la esencia inspiratriz nos dé la sensación que anima las rimas de *La Cautiva,* con ese soplo dulce de las aromas y las savias nuestras.

Necesitamos crear una literatura nacional con temas y hasta con lengua propia si es necesario, explotando el no despreciable caudal de los giros propios, algunos tan característicos, con que las hablas populares han enriquecido la lengua vernácula. Es doloroso confesar que quienes pueden hacerlo, enmudezcan ó sueñen en desertar las raleadas filas de nuestros escritores, como lo dice usted queriendo ser poeta, pero en tierra extranjera...

Quería únicamente acusar recibo á su gentil envío, pero la carta se ha convertido en amable homilía, inspirada por la simpatía que me despierta su talento y en el deseo de poder aplaudirlo batiendo las manos, efusivamente, cuando lo vea volver á la "olvidada senda" para darnos

todo lo que debemos exigir á su espíritu después de este ensayo tan lleno de buenos augurios. Aguardo al poeta y al artista del porvenir.

M. L.

CONTESTACIÓN

A Martiniano Leguizamón.

Aquí estoy; pura y bendita
Soy la luz que ha retoñado
Los recuerdos del pasado
En una planta marchita;
Soy la tierna vidalita
Que solloza sin consuelo,
Soy el trébol de mi suelo
Que pisaron los centauros,
Mientras izaban sus lauros
Bajo el amparo del cielo.

Lamento, música y lloro
De la guitarra salvaje,
Que rodó por su cordaje
Como una lágrima de oro,
Ella contiene el tesoro
De la patria tradición,

Y cantando su canción
Volará de alma en alma,
Como el gérmen de la palma
Sobre la muda extensión.

¡Caminito de mi aldea
Donde se posa el carancho,
Caminito de mi rancho
Donde el olvido sestea:
Voy por tí; soy una idea
Convertida en sentimiento,
La angustia que lleva el viento
Para no volver jamás,
El mirlo vuelto torcaz
En los jardines del cuento!...

Junto á los sauces llorones
Que bordean la laguna,
He charlado con la luna
Sobre viejas tradiciones;
Vimos prender los fogones
Por alguna sombra maga,
Y al resplandecer de su aciaga
Lumbre de espanto y leyenda
Decidirse una contienda
A punta y filo de daga...

Chambergo, lazo y vihuela
Buen talante y gesto huraño,
Los caballeros de antaño
Hicieron chillar la espuela;
Y al gemir la pastorela
En las armónicas guampas,
Se perdieron sus estampas
Bajo la tarde serena,
Como las almas en pena
De los crepúsculos pampas!

Gustavo Caraballo.

Mayo de 1911.

LA AUSTRALIA ARGENTINA

LA AUSTRALIA ARGENTINA

Tenía una antigua deuda de gratitud hacia este libro, cuya lectura seguí con vivo interés asistiendo día á día al desarrollo de las peripecias del relato durante el curso de su publicación en folletín.

Lo he leído nuevamente, y las sensaciones primeras se han renovado con mayor intensidad; nuevas bellezas han surgido á la vuelta de cada hoja, como si mi espíritu se compenetrara más de ese gran sentimiento de la naturaleza en que el autor se ha saturado largamente para volcarlo después á manos llenas á través de toda la obra, con un dominio tan pleno del asunto, con un arte tan sencillo y encantador, con un afán tan sincero de verdad, que los panoramas y tipos evocados parece que cobran al pronto vida, se agitan, se yerguen y nos hablan con la voz de la realidad.

¿De dónde proviene la recóndita virtualidad de estos libros, que antes que juzgados, son sentidos?..... Para mi del mismo elemento, en que el escritor embebió su inspiración, de ese espectáculo dulcemente melancólico de la naturaleza, profundo, íntimo, que penetra el alma de misterioso é indefinible encanto, que no se ve, pero se siente.

Por eso son algo así como una cosa muy cara, por eso se leen y se vuelven á leer sus páginas con amor, porque nos traen palpitaciones de la tierra nuetra, colores de su cielo. murmullos del mar que bate sus costas, sombras de sus montes y esa impresión de soledad y desamparo del desierto aniquilador. Y este me parece ser el secreto de esa obra que encariña. que aviva con toques hermosos de vigor, que realza y nos presenta verdaderos tesoros de bellezas ignoradas —que á fuerza de desconocerlas se nos antojan extrañas.

En las descripciones evocadoras de *La Australia Argentina,* de Roberto J. Payró he creído ver flotar un soplo agreste y potente de las magnificencias de aquella región de la patria separada por el largo camino del mar, que apenas

pesentíamos, y con la cual nos familiariza esta obra buena y sana, hecha no sólo para describir sinó para reparar incurias é injusticias procurando su corrección.

El propósito literario se torna así en obra de patriotismo y ojalá que ella merezca la atención de aquellos sobre quienes pesan las responsabilidades del abandono secular...

Sin pulcritudes ni audacias de lenguaje, pero con un estilo castizo, hermosamente llano y cambiante que revela las gallardías de pensamiento y de forma del escritor de raza, el libro de Payró, va diseñando notas y paisajes que reverberan con su propio matiz en gradación infinita de luz y colorido.

Al lado de una reflexión original, de un dato histórico para la mejor comprensión del lector, asoma la fina ironía con que critíca la incuria, la imprevisión crónica de nuestras autoridades; nota que olvida pronto ante los esplendores de la naturaleza virgen que lo arrastra tras lo pintoresco en descripciones animadas, artísticas, vibrantes de luz para caer luego en esa desmayada y contagiosa tristeza que mana del alma de las cosas. *Sunt lacrymae rerum...*

Ya es el cuerpo de un lobo viejo—vencido del amor—que ha ido á morir lejos de la roquería que fué teatro de las hazañas para que la ola móvil de la playa juegue con su cadáver. O bien el abandonado cementerio que la maleza lujurienta va cubriendo con un sudario de impenetrable olvido, y en el que se ven alejadas las tumbas sin nombre ni cruz del pobre indio anónimo, separado hasta en la muerte del blanco que lo esclavizó...

Y tras la fugitiva melancolía que apenas refleja la emoción del escritor, estallan nuevamente las descripciones magníficas de las costas y el peñascal de las playas que salpican las olas en su eterno combate, con una visión tan grande de movimiento y de vida que agitan nuestro espíritu en un torbellino de rudas y hermosas sensaciones.

Como si el autor se hubiera compenetrado de los usos y costumbres de aquellos curiosos habitantes, su pluma ágil va de un asunto á otro trazando con rasgos rápidos y seguros el perfil de los personajes que se alzan del cuadro y nos hablan en su propio acento, sin que la pintura llegue jamás á la fotografía que no es arte—y se

sabe que Payró no peca de detallista,—dejando que ellos mismos se retraten de cuerpo entero con sus modalidades típicas, hasta hacerse escuchar con interés como si fueran antiguos camaradas.

Hay algunos tan simpáticos, tan felizmente pintados que uno se imagina que los reconocerá en cualquier parte, tal es el vigor real del retrato. Yo tengo en la retina al doctor Pinchetti, lo veo andar con su inseparable escopeta hundiéndose hasta el tobillo en los turbales, lo siento jadear en la ascensión de los picachos en la montaña ó encogerse tembloroso al sentir sobre el rostro el espumarajo salobre de las olas, lanzando á cada instante su exclamación favorita: *corpo!*...

Morgan el contramaestre—viejo lobo endurecido en la bárbara lucha con el mar bravío—cruza más de una vez ante nuestros ojos para encantarnos con el relato de su vida aventurera, llena de escenas emocionantes por su ruda sencillez, al par que nos instruye refiriendo las peculiaridades de la tierra del Fuego, que han ido depositándose como un sedimento de experien-

cia sobre aquellas gentes y cosas del mar austral.

Tipos curiosos de indios onas, yaganes y alacalifes, de marineros y presidarios, de loberos y pioneers se mueven y pasan barajándose en aquel salvaje escenario, bajo las rachas de las tormentas, azotados por el granizo, calados por la lluvia que penetra hasta la médula de sus huesos, expuestos á cada hora á ser ludibrio del mar hosco que les acecha y rodea con su imponente desolación, saturándoles el alma con esas vagas melancolías que sienten, pero que no alcanzan á explicar...

Leyendas, tradiciones, reminiscencias de la historia del descubrimiento, datos útiles y noticias muy instructivas, se encuentran agrupadas en este libro, fruto de una excursión á lo largo de las costas patagónicas, la Tierra del Fuego é Isla de los Estados.

"Como comentario de un mapa geográfico hasta hoy casi mudo,—dice el general Mitre en el prólogo,—su libro importará la toma de posesión, en nombre de la literatura, de un terretorio casi ignorado, que forma parte integrante de la soberanía argentina, pero que todavía no se

ha incorporado á ella para dilatarla y vivificarla. Este territorio mal apreciado por los viajeros como una región estéril, considerado durante siglos como *res nullíus,* y que ha dado origen á cuestiones internacionales de límites, felizmente solucionadas, ha sido al fin bien explorado por los geógrafos y naturalistas argentinos, que han descubierto en él una región bien articulada y colmada de riquezas naturales que prometen un vasto campo á la actividad nacional, por medio de su colonización sistemada, así como á la inmigración y á la aclimatación de todas las razas de la tierra".

Estos vaticinios de ahora doce años, es doloroso confesarlo. no se han cumplido; y aquella rica región de nuestro territorio no ha sido incorporado aún de una manera real y efectiva á la soberanía territorial para explotar sus riquezas; y, para muchos de nuestros connacionales y quizá para no pocos hombres de gobierno, continúa siendo todavía la temerosa *terra incógnita* de los primitivos navegantes...

Condensar en un volumen de amena lectura lo que se encuentra diseminado en obras rarísimas, solo conocidas de los eruditos; lo que se

ha descubierto desbrozando informes y memorias olvidadas de exploradores y lo que ha atesorado la paciente investigación del autor sobre el propio terreno, es ya un positivo mérito por la utilidad que comporta el llamar así la atención del gobierno y de los hombres de empresa hacia aquellas regiones, al uno para que se apresure á incorporarlas definitivamente á la existencia nacional, á los otros para llevar á ellas sus iniciativas, activando el retardado progreso.

En estas últimas páginas está sintetizado, con franca verdad, el inquietante problema que despierta en los espíritus que se preocupan de los problemas nacionales, el abandono de esos extensos territorios del Sud, cuyas riquezas están usufructuando manos extrañas, sin provecho alguno para nuestro tesoro, y con desmedro de la soberanía territorial.

Pero aparte del interés patriótico y utilitario, merece señalarse en la obra de arte traducida en un libro hermoso, robusto, variado é interesante, de tan intenso relieve y colorido, que deja en el lector la sensación real del paisaje ó la escena evocada, porque en sus páginas vibra siempre la nota justa de la impresión que refle-

ja, con esa cálida y sugestiva simpatía que brota de la pluma del cerebral. cuando no busca únicamente el triunfo efímero de la forma artística—hermosa pero fría como una gema—sino la sensación de la belleza real por medio de la palabra que sube al labio desde las profundidades del alma estremecida.

Esa es la finalidal del arte; esa es la facultad excelsa que distingue al artífice: descubrir la oculta poesía en los asuntos más íntimos, en cualquier objeto ú ambiente, porque ella está en todas partes, al alcance de nuestra mano.

Era esta la obra esperada del joven escritor, de original y altivo espíritu, en cuyo éxito confiábamos desde largo tiempo, y al que vemos llegar de vuelta del provechoso viaje, trayéndonos en vez de quillangos ó flechas indígenas, las coloridas y vibrantes descripciones de *La Australia Argentina,* que quedarán como elocuente testimonio del éxito que brinda el vasto espectáculo de nuestra naturaleza — ubérrima en armonías y ocultos tesoros—á los que escudriñan amorosamente el desdeñado filón.



MI PRIMER FIESTA PATRIA

MI PRIMER FIESTA PATRIA

Veo la escena patente á través de las reminiscencias de la infancia, y me parece que fué ayer. Era una serena mañana de mayo. El cielo, de color celeste pálido, sin una sola arruga de nubes, empezaba á colorearse con los primeros rayos del sol que emergía coronando las densas arboledas del bosque circundante.

En un ángulo de la plaza de la aldea, á un centenar de pasos del solar de los míos, en cuyo huerto de naranjos y durazneros quedaron las risas de mi niñez, se alzaba el sencillo edificio de la escuela, la escuela de la patria, como se decía antiguamente para indicar que aquellos humildes talleres modelaron el temple arisco y viríl de los que la libertaron, afianzando con el hierro de sus lanzas el imperio de las nuevas instituciones.

Veo la puerta ancha, pintada de verde y la ventana con gruesos barrotes que miraba á la plaza;

el amplio corredor del que pendía una pequeña campana; más allá el patio sombreado por grandes higueras y hasta me parece aspirar el suave perfume del hinojal pisoteado en nuestras correrías á la hora del recreo...

Bajo el techo pajizo con tirantes de palmera se veía la sala de piso enladrillado y una doble fila de bancos; al fondo la tarima del maestro, cuya cabeza toda blanca, de larga barba y cabellera ensortijada, se erguía grave y severa como la de un viejo patriarca. Arriba, en el testero del frente, en sus negros marcos, tres cuadros se destacaban sobre la blancura del muro: al centro el de San Martín, el libertador; á la derecha el del vencedor de la tiranía, envuelto entre las humaredas de Caseros, y á la izquierda el bizarro grupo de los constituyentes del 53.

Ya habíamos cantado en coro las estrofas del himno; de pie y en silencio escuchábamos la palabra sencilla y lenta del maestro, que se esforzaba por hacernos comprender el significado de aquella fecha. No era, sin duda, muy versado en la crónica histórica el viejo oficial, á quien en premio de sus largos servicios se le había asegurado un honesto refugio para su vejez con el

sueldo de preceptor, y sus nociones sobre los propósitos de la revolución y la proclamación de la independencia no eran del todo claras. Pero había servido á la patria desde que pudo colgar un sable á su cintura, encaneciendo en los campamentos, y podía decir en cambio que él era también obrero modesto de la grande obra, á la que continuaba consagrado. Cuando ya no pudo servirla con su brazo, enseñaba las primeras letras y el bendito á los muchachos cerriles, primero sobre la arena del patio de una escuelita de campaña, porque carecían de cuadernos y pizarras, y más tarde en la escuela de la aldea.

La explicación se hacía larga y confusa, y el auditorio comenzaba á perder el hilo de la narración, cuando de pronto estalló en la plaza el retumbo de un cañonazo y una blanca humareda se elevó hasta confundirse con el azul del firmamento, tiñéndolo de colores de bandera. Tras el cañonazo se escucharon las agudas notas de un clarín que tocaba diana.

Por los ojos del antiguo veterano pareció cruzar una chispa vivaz; el rostro moreno y luciente como una máscara de bronce se le iluminó, irguió la cabeza con altanería, y envolviéndonos

en una mirada ardiente cual si quisiera transmitirnos todo el fuego de su alma:

—¡Viva la patria! — exclamó tendiendo el brazo trémulo á las alturas.

Y era soberbia la enérgica altivez de aquel grito que nos electrizó, como si en él revivieran las tenaces rebeldías de las masas nativas clamando por la libertad de la tierra natal...

En la plaza el cañón, los cohetes y las vibradoras voces del clarín continuaban poblando el ambiente de bélicos estruendos; entre el grupo de vecinos parados delante del atrio de la iglesia, algún anciano rememoraba hazañas de su vida de soldado, lamentando sin quejumbres sus "buenos tiempos de antes..."

Enardecido por los recuerdos, el maestro se había transfigurado y empezó á hablar de nuevo, pero esta vez la palabra, antes pausada y renitente, acudía verbosa á sus labios en cláusulas musicales. Eran versos los que nos decía, versos con el acento auténtico de los payadores campesinos, en los que describía con ese sabor pintoresco, henchido de savias de la tierra, las fiestas mayas de antaño.

Era la colorida relación de las fiestas patrias

celebradas en Buenos Aires el año 22, que Bartolomé Hidalgo hace por boca del paisano Contreras á Jacinto Chano, que ha quedado como una de las creaciones más rutilantes del estro popular.

¡Oh fiestas lindas, amigo
No he visto en los otros años!

Vino luego la descripción de los fuegos artificiales, la función de gala en la Casa de Comedias, el saludo de la infancia al salir el sol del 25 de mayo. la arenga del pequeño escolar, que hace verter lágrimas á los ancianos, la corrida de sortijas junto á los sauces del bajo, las danzas populares en la plaza de los grandes recuerdos históricos, las regocijadas peripecias de la subida al palo jabonado y las jineteadas al rompecabezas; los volatines, los toros en la plaza Lorea y toda aquella bulla estrepitosa é ingenua con que la ciudad porteña celebraba, vibrante de noble y sano entusiasmo el gran día de la patria; toda esa visión del pasado que el rústico trovero de las muchedumbres logró fijar para siempre en su sabroso cuadro de costumbres nacionales...

No han pasado muchos años de aquella escena, y hoy al evocarla me parece muy lejana y extraña. Sin embargo, todo eso es tan nuestro, tan genuinamente argentino, que con motivo de los grandes festejos de la centuria, involuntariamente acude á mi memoria la melancólica añoranza con que termina Hidalgo su relación de las fiestas patrias de antaño, que en aquella inolvidable mañana oímos repetir á nuestro maestro con la voz velada por recónditas ternuras:—¡ Ah tiempo aquél ! ¡ Ya pasó !. . .

LOS GAUCHOS JUDIOS

LOS GAUCHOS JUDIOS

Me sorprende la llegada de este libro en hora propicia. Regresaba del campo después de haber respirado á pulmón pleno el aire tranquilo de las tardes, saturado de pampa y con la imágen en la retina de esas admirables puestas de sol que tiñen con colores de fuego la verde curva de las lomas, cuando vino á reavivar mis férvidos cariños natales, la lectura de sus páginas frescas, henchidas de aromas y sabor argentino.

Decir que las he leído con verdadero deleite, conociendo mi inalterada simpatía hacia las obras que hunden su raigambre en el sentiminto de las cosas nuestras, es casi una redundancia.

Su lectura ha renovado, pues, el recuerdo de los paisajes de una región que vive entre mis mejores recuerdos de la infancia. Son flores de mi tierra que viene á brindarme un artista, que no abrió sus ojos á la luz de aquel cielo amigo,

pero á quien ha bastado vivir algunos años en contacto con su suelo y los habitantes primitivos para saturarse de emoción y de imperederas imágenes,—que resaltan gloriosas á pesar de la brevedad de la descripción y del escueto dibujo,—para ofrecernos en sabrosos y coloridos bocetos una página de la vida íntima de las colonias judías, que fueron á trazar los primeros surcos en el linde de Montiel, la selva hirsuta y huraña como el alma de sus moradores de antaño que la hicieron famosa con leyendas de bravura y fiereza selvática.

Y á pesar de brevedad en los relatos y la pintura del paisaje y los tipos comarcanos, hecha sin embargo, con firme y sobrio trazo, cuánta verdad y cuánto colorido local encuéntrase esparcido á través de sus páginas inconexas y distintas al parecer, pero unidas íntimamente por un alto sentimiento de gratitud y amor hacia la tierra generosa que entrega al colono sus frutos de oro;—y que constituyen en su conjunto la historia de la modesta colonia de Rajil, etapa por etapa, con el clásico viejo judío de anchas barbas y la nariz aguileña, con sus mujeres tristes, de rostro surcado por hondas arrugas de sufrimien-

to, al lado de las cuales surgen á la luz radiosa del sol que les dora la faz, las garbosas muchachas hebreas, morenas de ojos rasgados, misteriosos y profundos ó las rubias que tienen en la dulce mirada "el azul que tiembla en las pupilas de la Vírgen", con las trenzas pesadas y densas y el cuerpo escultural que modela el pampero bajo los toscos vestidos de percal...

El autor las ama con cariño fraternal, y las dibuja con ternura conmovida, porque despiertan en su espíritu el recuerdo de las bíblicas campesinas que apacentaban los mansos ganados en la paz de las praderas. Su alma de poeta vibra ante la augusta evocación haciéndolas amar al lector. Así Raquel, Rebecca, Esther, Miryam y Ruth cautivan con su fuerte y sencilla belleza de flor agreste, y se hacen perdonar la volubilidad con que olvidan el severo precepto que les veda amar á los que no son de su raza, entregando las ternuras de su corazón al gauchito más bizarro del pago que las conquistó con las trovas gemidoras de una guitarra ó con su garbo altivo de jinetes incomparables.

Ellas representan además un papel importante en este libro, porque son el crisol de amor que está

modelando el tipo nuevo, varonil y hermoso del gaucho judío. En vano los viejos rabinos seguirán mesándose las largas barbas al repetir en sus oraciones las lamentaciones seculares de la raza; sus hijos ya entran con desgano á la sinagoga, abandonan los hábitos tradicionales adoptando los trajes y usos de la comarca y adquieren como por lenta infiltración del medio ambiente con los instintos de libertad, esa independencia brava é inextinguible que timbra con rasgo acentuado el perfil moral de nuestro paisano.

Lo cuenta el autor, los judíos jóvenes de Rajil saben bolear y enlazar, y aperan sus cabalgaduras á usanza criolla. Así el listo Jacobo cruza en más de uno de los relatos haciendo caracolear á su brioso petizo, con las boleadoras de plomo golpeándole el flanco y el cuchillo atravesado á la cintura, bajo el tirador tachonado de monedas de plata. Es el primer criollo de la colonia que ha encontrado más sabroso que el te preparado en el samovar de la lejana aldea rusa, el mate cimarrón de la rueda familiar del fogón campesino donde el rabí Duglach, el poeta vagabundo, entretiene las veladas de los labradores

con los relatos de la cautividad en Babilonia, matizándolos con las hazañas de un gaucho que mataba tigres á facón en la selva de Montiel...

La obra será lenta y difícil, sin duda, pero concluirá al fin su evolución inevitable cuando los ancianos judíos desaparezcan y sobre el solar poblado de bíblicas añoranzas, los descendientes de sus hijos, argentinos por la fusión de la sangre, encariñados á la tierra que le entrega sus riquezas ubérrimas, libres de preocupaciones y de recelos, con la alegría y la paz del hogar risueño que les colma de dicha el corazón, entonen en las fiestas de las nuevas centurias el cántico glorioso de la libertad argentina.

En *Los Gauchos Judíos,* nos presenta el jóven escritor,—que con tan justos títulos se incorpora al raleado grupo de los escritores nacionales, dando así un saludable ejemplo á los nativos, que por temor ó pereza desdeñan los asuntos de la tierra esterilizándose en imitaciones exóticas sin sentimiento ni orignalidad,—una página muy hermosa de vida provinciana que servirá al psicólogo del futuro para estudiar una de las faces más curiosas de la transformación del tipo originario.

La aparición del colono hebreo con su característico perfil, su lenguaje áspero y su indumentaria extraña sobre la campiña que dominó el matrero y el gaucho montaraz, brinda al escritor la oportunidad de dibujar en pequeños cuadros, como manchas de acuarela, sentidas y artísticas figuras de ancianos hebreos y criollos; así al lado de una vigorosa testa de rabí aparece la del boyero don Remigio, un viejo de pura cepa criolla que fiel al culto del coraje,—que es rasgo prominente de su estirpe,—hiende con la daga la cabeza de su propio hijo al verlo recular como un maula ante el puñal de un enemigo.

El boyero nos resulta admirable por la frescura del dibujo y la verdad de la evocación. Gerchunoff debe haberse sentado más de una vez en la rueda del fogón del viejo gaucho, embelesàndose con el relato de aquella vida de penurias y heroísmos que el antiguo lancero de Urquiza haría á sus admirados oyentes con esa llaneza sin sombra de alabanza de nuestros campesinos; fué quizá su primer maestro y ¡y qué maestro! en las rudas faenas camperas, y su palabra lenta, matizada de retruécanos y cualidades pintorescas debió despertar en el alma del niño ese amor al

suelo cuyos paisajes y aromas se ha deleitado en presentar al lector, así como su admiración por el cielo entrerriano, protector y benévolo que no impregna el espíritu con sugestiones medrosas, como exclama el rabí Abraham, embelesado por la luz mansa de una noche de luna que le envolvía con blanduras de ensueño...

Las mejores páginas de este libro son tal vez las consagradas á reflejar la naturaleza con artística sobriedad, pero con sugerente dibujo. Hubiéramos deseado, sin embargo, que abandonándose á sus impresiones el autor le consagrara mayor atención, acentuando en la pintura el colorido local en vez de mostrarse avaro de las imágenes atesoradas en su retina, porque las evocaciones á pesar del estrecho marco en que deliberadamente ha querido encerrarlas, estallan de vez en cuando y se expanden vibrantes de entusiasmo y de emoción. ¿Nos habrá destinado esa sorpresa para *Tierra de Sión* la novela de costumbres que anuncia en la portada? Si así fuera habrá que regocijarse porque estos rápidos croquis son más que un augurio halagüeño.

Alberto Gerchunoff comprueba con esta obra de arte y de verdad un cariño acendrado por la

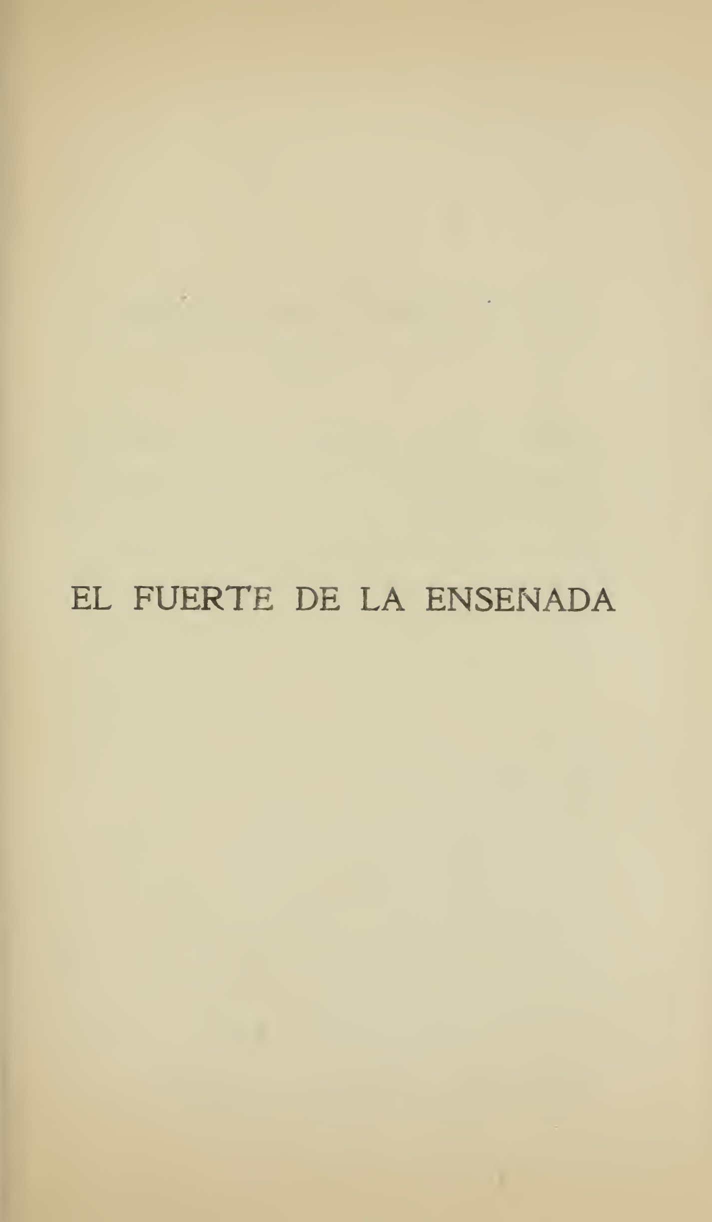
tierra de adopción, donde ha levantado el hogar á que cada día lo irán adhiriendo á sus fibras más íntimas las caricias del primer hijo nacido bajo el pabellón argentino; y releva á la vez las excelencias de un alma de poeta que sabe sentir y pintar la naturaleza nuestra, con esa especialidad intensa que hace amar la poesía de los terruños...

Ese es su rasgo; podemos saludarle como á uno de los escritores de la tierra. Tiene el dón de desentrañar la oculta belleza de los asuntos más sencillos y familiares, con excelentes cualidades de observación y una retina ávida para reflejar las emociones apacibles de la vida campestre. Tal el delicioso cuadrito de "La huerta perdida", que es sencillamente admirable.

He ahí la rica cantera que debe explotar con espíritu exento de preocupaciones de raza, sin amoldarse á los cánones de ninguna secta literaria dejando que la pluma tome el rítmo natural y las imágenes encuentren su camino, con la brida suelta como trotaba en el brioso caballo criollo trepando cuchillas y atravesando los frescos cañadones, allá en mi tierra entrerriana bajo la llamarada del sol ó la mansa vislumbre del conste-

lado cielo, con una canción de amor en los labios y la alegría de vivir dilatándole el pecho...

Vaya entretanto un caluroso homenaje de simpatía para sus robustas mozas judías que he visto atravesar disputando ternuras viriles á las morochas del pago, mientras los ancianos salmodian en el idioma arcáico sus lentas plegarias al bendecir la tierra fecunda que llena los trojes con granos rubios como el oro; y un recuerdo también para los viejos criollos—vencidos de la raza—que despiertan en el alma de los niños con sus relatos legendarios un vago sentimiento de respeto y amor hacia los tiempos que pasaron.



EL FUERTE DE LA ENSENADA

EL FUERTE DE LA ENSENADA

Bajo este título, ha publicado el señor Manuel María Oliver su interesante conferencia sobre los orígenes históricos del antiguo fuerte colonial y el puerto de las antiguas fragatas del rey, con la plausible idea de llamar la atención sobre aquellas ruinas, la que ha cuajado ya buenos frutos, como lo demuestra la numerosa peregrinación recientemente realizada para visitarlas.

Estas ruinas son el único monumento que queda aún en pie á lo largo del Río de la Plata, para recordarnos la dominación española; y merecen, sin duda, un poco de atención á fin de evitar que el tiempo termine su obra destructora, porque aquellos baluartes desportillados se ligan, entre otros episodios, á un suceso trascendental que dió á los nativos el secreto de su fuerza para realizar la obra de la revolución, y la fácil imaginación evoca sobre la derruída muralla la figu-

ra marcial del famoso caudillo de la reconquista de Buenos Aires.

El trabajo tiene el mérito de una minuciosa recopilación de antecedentes inéditos ó desconocidos por las generaciones del presente, que constituyen la ejecutoria del blasón de esa batería histórica. Ha hecho el autor buena obra al coordinarlos y darlos á luz, á fin de que sean conocidos y hasta provoquen el debate sobre algunos de los hechos con ella relacionados, como el relativo á si los ingleses intentaron desembarcar por la Ensenada, siendo rechazados por los fuegos del fuerte mandado por Liniers, mencionado en dicho trabajo, citando la *Memoria histórica* de Francisco Seguí, y que Mitre, basándose en una carta de Beresford, niega, diciendo que "el rechazo es incierto, pues los ingleses ya tenían acordado el punto de desembarque, que procuraban ocultar por un medio simulado". (*Historia de Belgrano,* I, 118).

Pienso con Groussac que el punto es bastante oscuro y que lo correcto sería decir que el intento de desembarco fué resistido con el fuego de la batería (*Santiago, Liniers, 27*). Me inclinan á esta creencia las propias palabras de Li-

niers al refutar el parte del comodoro Popham, cuando dice: "no habiendo tenido el honor de que atacase el puerto de la Ensenada de Barragán, que yo defendía". El documento que forma parte del expediente levantado por el cabildo de Montevideo para hacer constar sus servicios durante las invasiones inglesas, está publicado en la *Revista Histórica de la Universidad,* II, número 5,567 de aquella ciudad y es bien sugerente por emanar del protagonista , pues en realidad si se hubiera librado combate y rechazado á los atacantes, no lo habría negado.

Sé que la búsqueda de antecedentes de Oliver es copiosa; se le brinda, entonces, la oportunidad de renovar la discusión sobre un punto modesto, pero interesante, de nuestra historia colonial, que no hubieran desdeñado Mitre y López, como lo hicieron á propósito de una c en el apellido de Achmuty. El director de *Renacimiento* plantea el debate negando que hubo acción de guerra, sin aceptar la interpretación dada por el prolijo Groussac que la basamenta, entre otras probanzas, con el relato de un contemporáneo, como Mariano Moreno, que no dice que los ingleses fueron rechazados, sino que su intento

de desembarco fué resistido con el fuego de la batería (*Arengas,* 35).

El punto, como se ve, no está resuelto, y me imagino que el laborioso investigador no ha de desperdiciar la oportunidad de contribuir á su esclarecimiento.

En cuanto á los orígenes históricos del fuerte y del primitivo poblador que ha perpetuado su nombre en aquel lugar, son de primer orden; y no creo que nada nuevo puede agregarse. Pienso como Oliver, que debe ser el Antonio Gutiérrez Barragán de la merced de ganado de cimarrón en las tierras realengas del pago de la Magdalena—abril 27 de 1772—ese poblador, porque ya era ocupante de una suerte de estancia desde el siglo anterior. La confirma la venta de dicha estancia, hecha por Juan Barragán á su primo Antonio Barragán—abril 16 de 1684—en la cual dice: "la hube por herencia de Juan Gutiérrez Barragán, mi padre. quien la hubo por herencia de Antonio Gutiérrez Barragán, su padre y mi abuelo" (En *Registro Estadístico,* I, 1870, 34).

Y á ese dato podrán añadirse varios autos de 1635 á 1638 que encuentro en la siempre útil obra del investigador Trelles (*Registro Estadístico,*

I, 1860, 24 y 26 y I, 1861, 9), donde se mencionan las "cabezadas de la estancia de Antonio Gutiérrez Barragán que son en el pago de la Magdalena y en la banda del río Santiago", como se dice en las mercedes de tierras yermas al licenciado Pablo Francisco y al capitán Alonso Gamis de Vergara. Por último la merced de 1636 á Jerónimo de Benavidez "sobre las tierras que corren desde el puerto que llaman de don Gaspar hasta la estancia de Antonio Gutiérrez Barragán, que es todo playa" (obra citada, I, 1862, 12).

He aquí un nuevo y curioso interrogante. ¿Quién era el don Gaspar que había dado su nombre al puerto? La merced no lo dice, por más que repite dos veces la frase para ubicar la tierra solicitada: "desde el puerto que llaman de don Gaspar".

¿Se referirá acaso al general don Gaspar de Gaete, al cual se hace merced el año 1639 "de las tierras, bañados y lomadas de la cañada que llaman de Morán hasta llegar á las tierras de la isla de Flores, en el pago de la Magdalena"? Desde luego, es de observar que esta merced es de fecha posterior y su ubicación no coincide tampoco con las tierras playas en que desde

1635, por lo menos, vemos mencionar en otras mercedes las cabezadas de la estancia de Antonio Gutiérrez Barragán.

Por lo pronto, un Gutiérrez Barragán aparece como poblador primitivo de aquel lugar y es su apellido el que perpetuó la tradición secular, haciéndolo extensivo al puerto y al fuerte de la Ensenada de Barragán. Toca al autor, que se ha impuesto la meritoria tarea de historiar los títulos originarios de ese rincón histórico, averiguarlo, y como tal lo presento á sus futuras investigaciones (1).

Respecto al nombre del fuerte mandado construir por el gobernador Zabala en la costa de la Ensenada que sondeó el piloto Guerrero en 1727, siempre se denomina fuerte de la Ensenada de Barragán en los documentos de la época colonial por Zabala, Vertiz, Loreto, Avilés, Malaspina, D'Orbigny, Oyarbide y Azara, y así lo consigna el plano levantado por Cerviño

(1) En una obra recientemente publicada por Adrián Beccar Varela y Enrique Udaondo se dice que el puerto y ensenada toma el nombre del primitivo dueño de esos terrenos, el sargento mayor don Pablo Barragán (*Plazas y calles de Buenos Aires*, I, 96). Es un error puesto que acaba de verse que el primitivo ocupante de esas tierras del pago de la Magdalena, desde principios del siglo XVII lo fué Antonio Gutierrez Barragán.

é Insiarte en 1795, reproducido como ilustración de su obra. Fuerte de la Ensenada de Barragán y fuerte ó batería de la Ensenada escriben indistintamente Liniers, Moreno, el deán Funes, Angelis, Nuñez, Mitre, López, Trelles, Seguí, Gutiérrez, Domínguez y Groussac, de acuerdo con el nombre impuesto por la tradición. Así los que han dado en denominarlo ahora fuerte de la Ensenada ó fuerte de Cambacerés, cometen un error que trae á la mente aquella salada respuesta del general Levalle: "confunden caños con cañones..."

El Cambacerés que tuvo en las inmediaciones del fuerte negocio de saladeros y graserías, era un distinguido industrial francés, pariente del jurisconsulto del código de Napoleón, que vino al país en tiempos de Rivadavia, según creo; y si ha quedado su nombre en el barrio de la Ensenada donde tuvo sus saladeros, no es motivo para que hoy se pretenda hacerlo extensivo á las ruinas de la batería colonial, con la que nada tuvo que hacer dicho señor. Conviene dejar constancia del hecho á fin de que no prospere la risueña trocatinta que ya corre estampada en letras de imprenta...

Como es de suponer que el autor completará su compilación documental para darnos la reconstrucción de la historia de ese rincón de la provincia, quiero prevenirle que los retratos de Zabala y Vertiz qu ilustran su trabajo no son auténticos. El del fundador de Montevideo es la efigie de un mosquetero, copiado por el pintor Contrucci de la popular novela de Alejandro Dumas, como se refiere en mi disquisición crítica sobre un supuesto retrato de Juan de Garay.

En cuanto al de Vertiz, es un retrato de pura fantasía incorporado á la edición ilustrada de la *Historia Argentina* de Mariano A. Pelliza, y el cual difiere notablemente del que presenta la obra del censo de Buenos Aires con motivo del centenario de la Revolución, igualmente apócrifo, porque es un hecho sabido que la imagen del ilustre virrey americano no ha llegado á nuestros días.

Con motivo de la publicación del *Indice cronológico de los trabajos ejecutados en la imprenta de Niños Expósitos,* se pensó que sería un homenaje apropiado al progresista introductor de la imprenta en Buenos Aires el pre-

cederlo con un retrato auténtico de tan benemérito personaje, en tal ocasión escribió el laborioso bibliófilo autor de la publicación: "Todos nuestros esfuerzos para conseguirlo han resultado infructuosos hasta ahora. Ni en la república, ni en los archivos y museos de España, ni en Méjico, su tierra nativa, nos ha sido dado encontrarlo" (1).

Es oportuno percatarse, pues, contra la invasión de esa iconografía clandestina que en algunos casos hasta ha conseguido la consagración oficial del mármol y del bronce por aceptar como auténtica la baratija de la superchería, y no incorporarla á los trabajos de honrada investigación que, como el presente, se orientan en el laudable propósito de las restauraciones históricas.

La extensión de este artículo tratándose de un punto modesto, pero sin duda, interesante, demostrará al autor, el interés con que he leído su trabajo y el sentimiento justiciero que me mueve á aplaudir la patriótica empresa que ha

---

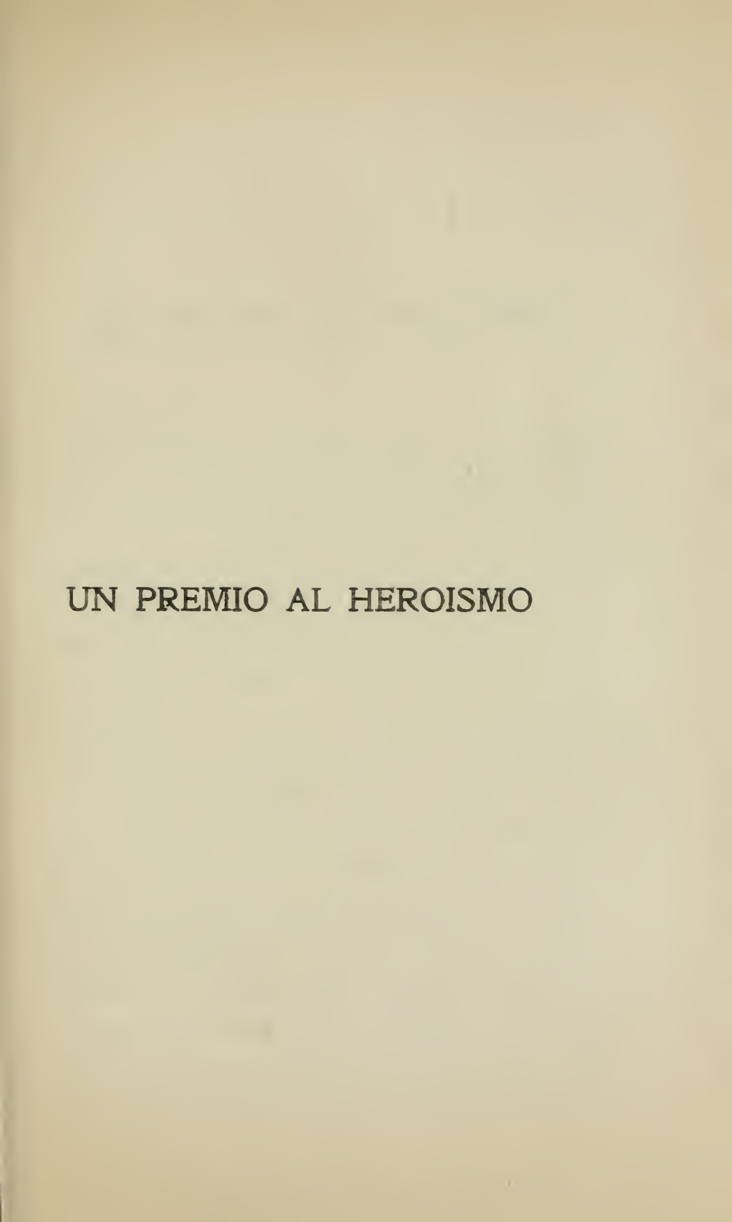
(1) Conf. Luis R. Fors, ob. cit., 5. En la revista *Renacimiento*, II, Nos. 11 y 12, 1911 ha demostrado prolijamente Carlos I. Salas la falta de autenticidad del retrato de Vertiz

realizado. Y se me ocurre que podría completarla, consiguiendo que el gobierno de la provincia mandara reconstruir el fuerte de acuerdo con el plano primitivo, dotándolo de los cañones de la época que han de existir en el parque nacional, como se hace en Europa; así la vieja fortaleza, que ya no será una amenaza, evocaría en la imaginación de los visitantes los recuerdos del pasado que guardan sus toscas murallas.

La obra no sería costosa y además el gasto estará bien justificado; se gasta al fin tanto dinero en subsidios de dudosa utilidad, que hasta resultaría de buen gusto artístico agregándole algunos bajorrelieves con alegorías y leyendas alusivas á los episodios de que fué teatro la batería colonial

Ya se han desbrozado las ruinas de las yerbas que las iban cubriendo como un sudario de olvido; ya no estarán mudas y solitarias con su triste aspecto de vieja tapera. Pero cuánto mejor sería aún si volvieran á erguirse sus torreones sobre la muralla, como una nota extraña de los tiempos pasados entre el umbrío paisaje ribereño! Esa reconstrucción será un

bello gesto que han de celebrar los artistas de mañana.



UN PREMIO AL HEROISMO

UN PREMIO AL HEROISMO

La numismática argentina acaba de incorporar á su rica colección de premios militares una interesante y rara pieza, desconocida hasta la fecha, pues los cultivadores de esa rama auxiliar de los estudios históricos en nuestro país sólo tenían noticias de la existencia de un decreto de 1849 que la creó, publicado en la *Recopilación de leyes, decretos y acuerdos de Entre Ríos,* ignorándose si dicha resolución había sido cumplida.

Los catálogos formados por Angelis, Trelles, Prado y Rojas y Rosa no hacen mención alguna sobre tal premio. Había escapado igualmente á las sagaces investigaciones de los grandes coleccionistas del pasado, Lamas, Mitre y Carranza, Y, sin embargo, existía explicándose su rareza por tratarse de un ejemplar único grabado en oro; y el cual no ha debido salir á circulación hasta después de la muerte del modes-

to y heroico soldado á quien le fué acordado como premio de uno de esos rasgos de heroismo y abnegación consciente, que tanto enaltecen la estirpe humana.

El hecho que lo motivó es poco conocido. El general Pascual Echagüe invadió al Estado Oriental, librando una reñida batalla con el general Fructuoso Rivera en los campos de Cagancha, donde fué batido, después de tener casi asegurada la victoria, el 29 de diciembre del 39. En la retirada, al vadear á nado el río Uruguay la división comandada por el general Urquiza, éste que había perdido su caballo arrastrado por la impetuosa correntada se encontraba en inminente riesgo de perecer, cuando el alférez Miguel Gerónimo González avanza resuelto, le ofrece su caballo y salva con aquel rasgo hermoso de valor la vida del célebre caudillo.

El hecho tuvo resonancia y el héroe modesto adquirió de golpe mucha popularidad entre sus camaradas; pero como los tiempos eran de constante batallar y se vivía más en los campamentos que en el hogar, teniendo el gobierno que ocuparse preferentemente de la defensa contra el enemigo, haciendo administración ambulatoria

así, se explica que recién después de 9 años la Sala de Representantes de la provincia pensara en premiar aquella acción heróica, acordándole una medalla de oro y una pensión vitalicia de 600 pesos anuales, de acuerdo con las siguientes resolución:

Sala de Sesiones, Paraná, marzo 17 de 1849.

La H.S. de Representantes.

Considerando: que es un deber del pueblo entrerriano premiar dignamente los grandes hechos de los valientes y virtuosos servidores de la patria, muy principalmente de aquellos cuyas acciones revelan heróicos sentimientos, que dejarlos en el olvido sería en mengua de la moral y crédito del país.

Teniendo presente que el día 1.° de enero de 1840 el teniente de caballería don Miguel Jerónimo González, en aquella fecha alférez de la división al mando del ilustre general Urquiza, en la retirada de la desgraciada batalla de Cagancha en el Estado Oriental, habiéndose arrojado al Uruguay para pasar á esta provincia, viendo á su esclarecido jefe en inminente peligro en medio de las aguas, por haber perdido su caballo, el bizarro alférez Gonzalez exclamó en-

tusiasmado: "Compañeros, salvar á nuestro general ó perecer con él, vence en seguida la distancia que los separa, y con riesgo de su vida le presenta su caballo, ayúdale á luchar con las olas del caudaloso río hasta pisar la costa entrerriana, y salva de ese modo la existencia importante del héroe que, dando después tantos días de gloria para la patria, ha inmortalizado su nombre en obstinada lucha contra los salvajes unitarios é inicua intervención extranjera.

Acuerda y decreta:

Artículo 1.° Al teniente de caballería don Miguel Jerónimo González se le adjudica una medalla de oro del peso de una onza, figura ovalada, con las inscripciones siguientes: En el anverso: *La provincia de Entre Ríos á la fidelidad y al heroísmo.* En el reverso: *¡Viva la Confederación Argentina*! *¡Mueran los salvajes unitarios*!

Art. 2.° Se le acuerda igualmente una pensión vitalicia de seiscientos pesos anuales que debe disfrutar desde la fecha de esta sanción.

Art. 3.° Se le extenderá un diploma en que será inserto el presente decreto.

Art. 4.° El P. E. es encargado de su ejecución.

Art. 5.° Comuníquese como corresponda.

JOSE L. ACEVEDO.
Camilo Idoate.

Paraná, marzo 19 de 1849.

Comuníquese la presente H. R. é insértese en el R. O. (1).

CRESPO.
José M. Galán.

Tal es el antecedente legal que autorizó el premio, pero se suponía que no hubiera sido cumplida la resolución legislativa, como ha sucedido con otras medallas personales cuya ejecución se ignora si se realizó, á pesar del dato consignado en las amarillentas páginas de los viejos registros oficiales.

En este caso, la medalla fué acuñada y acaba de ser incorporada á la valiosa colección numismática del señor Alejandro Rosa,—según lo comprueba la copia fotográfica de tamaño na-

(1) *Recopilación de leyes, decretos y acuerdos de Entre-Rios* V, 347.

tural de este hermoso ejemplar que tenemos en nuestro archivo,—y cuya autenticidad es indubitable, porque tiene todos los rasgos característicos del cincel de los grabadores de aquella época (1).

En cuanto al oficial González, se sabe que era muy querido y popular en Entre Ríos, siendo más conocido que por su apellido por el apodo de Góngora, que le valió su manera de hablar por medio de un lenguaje figurado, lleno de gracia y malicia rústica, que no carecía de ingenio, al decir de cuantos le trataron.

Asistió á la victoria de Caseros como capitán de caballería,—cuya lanza de ancha media luna y pasadores de bronce conservo en mi colección, —siendo ascendido á sargento mayor por su comportamiento durante el ataque y defensa del Uruguay, cuando la invasión de Madariaga, en que se le vió montado en pelos en un brioso caballo blanco esgrimiendo el sable desenvainado y alentando á sus compañeros á rechazar al invasor, según referencias de varios alumnos

(1) En la *Historia de los premios militares*, III, 228 recientemente publicada, pueden verse reproducida esta rara pieza.

del colegio y el parte oficial del jefe de la plaza, coronel Ricardo López Jordán.

Y como ocurre siempre con estos héroes modestos, no han dejado de bordarse leyendas fantásticas en torno de su origen y de la acción que lo destacó. Así el general uruguayo Ventura Rodríguez, rectificando la referencia del historiógrafo Antonio Díaz, que había dicho que Urquiza después del desastre vadeó el Uruguay por el Rincón de las Gallinas — lo que era imposible por la gran anchura de la cancha del río en ese paraje y porque es un hecho averiguado que el pasaje fué por la isla de Almirón, más arriba de Concepción del Uruguay;—el general Rodríguez, que dice conocer el episodio por referencia del mismo actor, le llama Benito Góngora, agregando que era asistente de Urquiza y que éste lo ascendió á sargento mayor al pisar la costa entrerriana (1).

Como se ve, la referencia es absolutamente falsa, según lo comprueba la sanción legislativa reproducida, donde consta que el 1.° de enero de 1840 ya era alférez González, habiendo sido

(1) Conf. A Dufort Alvárez, *Batalla de Cangacha*, apéndice I, 233.

ascendido á mayor doce años después, cuando la brillante defensa del Uruguay, el 21 de noviembre de 1852, por resolución del gobierno de la Confederación.

En cuanto al lugar de su nacimiento nos faltan datos precisos. Se nos ha asegurado, sin embargo, que era oriundo del departamento de Colón; que mereció siempre gran estimación de parte del general Urquiza, quien celebraba sus agachadas ocurrentes y pintorescas, que le valieron el apodo de Góngora, en recuerdo de la expresión verbal del insigne príncipe del culteranismo.

Y así, cuando el rústico Góngora entrerriano decía que ''el sol era el poncho grande del pobrerio'', imitaba sin saber aquella estrafalaria metáfora del poeta español:

> Bermejazo chispero del espacio,
> A cuya luz se espulga la canalla,

y señalaba el derrotero á los malabarismos verbales de algunos decadentes de la hora presente...

Hubiéramos deseado completar esta breve nota con mayores datos sobre la vida del valeroso y humilde soldado, á fin de presentar dig-

namente á los amantes de la numismática río-platense ese interesante premio á la fidelidad y al heroísmo, que desde hoy figura en el índice de nuestros premios militares. Pero lo principal queda referido y será mejor tal vez que su nombre se recuerde con ese vago y picante sabor de la leyenda anecdótica de los héroes populares.

Pero Entre Ríos le debe un recuerdo,—como hizo Corrientes con el heroico sargento Cabral, —para perpetuar allá sobre el blanco arenal de la ribera del Uruguay, su acción memorable.

DE CORNETA A GENERAL

DE CORNETA A GENERAL

Al márgen de la "Vida militar del Teniente General Donato Alvarez"

El título no es nuevo ni original—nada es nuevo bajo las estrellas;—pero en el presente caso hay que repetirlo, porque esos dos extremos cierran, á manera de broche de bronce, la foja de servicios de una de las más gloriosas reliquias del viejo ejército argentino.

Corría el año 37. Rozas había mandado sacar del Colegio de los Jesuítas de Buenos Aires á las "inmundas crías de los salvajes unitarios", echándolas á los cuarteles para que sirvieran de cornetas y tambores. En la requisa cayó un jovencito, casi niño aún,—tenía doce años—pequeño de estatura, de ojos negros y tranquilos, hijo de una honesta familia del barrio de Monserrat.

Como no podía soportar el fusil de chispa, ni tenía talla para esgrimir el pesado corvo, lo

destinaron como corneta de una banda militar, de un regimiento de coraceros, y así comenzó á servir, á hacerse milico á golpes de baqueta y plantón, en aquellos tiempos de ruda y constante pelea, en que cada soldado podía decir como el paladín del romancero:

Mis arreos son las armas,
mi descanso el pelear,
mi cama las duras peñas
mi dormir siempre velar.

De corneta en su regimiento de caballería tuvo el bautismo de sangre en la Pampa, donde recibió la primer lanzada, y trás el desastre de los patriotas revolucionarios Castelli y Rico en Chascomús, marchó después para hacer la cruenta campaña á través de las provincias de Cuyo, en pos del ejército de La Madrid, que epilogó trágicamente el general Pacheco con el sacrificio del valeroso Acha—el vencedor de Angaco—cuya cabeza mandó cortar para colocarla á la contemplación pública sobre una pica en el camino del Desaguadero...

De corneta siempre,—porque los de filiación unitaria no ganaban galones,— asistió á la ba-

talla del Arroyo Grande el 42 y al memorable ataque de la escuadra anglofrancesa á las baterías de la Vuelta de Obligado, en 1845, defendidas con tanto heroísmo por el general Mansilla, de quien fué trompa de órdenes.

Y de corneta también, en el combate de San Antonio, en el Salto Oriental, en 1846, bajo las órdenes del general Servando Gómez, peleancontra Báez y Garibaldi, donde fué recogido casi muerto del campo de batalla por dos piadosas mujeres que le hicieron curar hasta que volvió á incorporarse á su regimiento.

Vino después la caída de la tiranía en Caseros, y el corneta pudo entonces ascender á oficial, batiéndose como un bravo en el sitio de Buenos Aires, en 1852, y luego en Cepeda y Pavón.

Y otra vez en marcha á la guerra del Paraguay con su famoso regimiento San Martín, para cubrirse de gloria, en veinte combates, desde Libres hasta el Totoral, habiéndole cabido el honor de sorprender y rendir á la escuadrilla paraguaya en un loco abordaje á sable en las aguas de un riachuelo profundo. Y aquella formación del primer cuerpo de ejército después

de Tuyutí, tendida en línea de honor, para recibir con dianas de victoria y de gloria á los bravos granaderos del regimiento San Martín, que regresaban del campo de batalla con las filas diezmadas, cubiertos de polvo, de sangre y de laureles; que en su grandiosa imponencia épica parece una de esas hazañas de la epopeya napoleónica que cuenta d'Esparbés en *La leyenda del Aguila.*

De vuelta á la patria, vinieron las campañas de Entre Ríos, alzada en armas tres veces con su caudillo López Jordán, asistiendo á la mayor parte de aquellos encarnizados combates que la resistencia indómita de las caballerías nativas opusieron á los ejércitos de la Nación.

Fué en una de estas invasiones jordanistas; siendo jefe de la plaza de Concordia, que le tocó actuar en una de esas acciones de la guerra, que parecen combinadas por el destino para probar el temple de las almas generosas.

El episodio es lindo—como dice un modismo de la tierra—y vale la pena referirlo, aunque sea brevemente.

Un grupo de revolucionarios fué sorprendido y batido al vadear el río Uruguay. Algunos

cayeron en la refriega y otros fueron hechos prisioneros por las tropas de la plaza de Concordia. Entre estos últimos se contaba un joven oriental que había recibido una herida de bala. Interesado el jefe por la suerte de aquel pobre joven, le hizo curar en su propio alojamiento, y cuando se hubo restablecido le dijo que quedaba en libertad, pero que él en persona iba á devolverlo para conocer á su familia residente en el Salto.

Una secreta voz interior—una corazonada como dicen nuestros criollos—parecía guiar aquel noble impulso.

Avisado el jefe político del Salto de que el militar argentino pasaría acompañando á un prisionero, y otorgado el permiso, una mañana desembarcaron en el muelle y echaron á andar en dirección al poblado, cuando de pronto, con gran sorpresa del joven, su acompañante le dijo:

—Su casa debe quedar hacia aquel lado, en las orillas del pueblo.

—Sí, señor coronel.

—Y su mamá ¿no se llama Angelita?...

—Sí, mi coronel, respondió el joven cada vez más sorprendido, pues nunca le había interrogado

respecto de quién era su familia, ni dónde vivía.

En esto habían llegado á una lomada en las afueras de la población; por entre las verdes arboledas de un monte de duraznos blanqueaba la casa.

—Aquella es, ¿no?—y añadió sonriendo:

—Bueno, adelántese amigo, para que lloriqueen las señoras.

Es de imaginarse la alegría de aquella madre al volver á estrechar en sus brazos al hijo que llorara muerto, pues la noticia de la sorpresa de los invasores y la muerte de la mayor parte de ellos se había divulgado, agrandada, como sucede en estos casos. La verdad es también que al jefe encargado de la sorpresa, se le había ido la mano en la sableada á los invasores y que pocos pudieron contar la sorpresa.

Parado á pocos pasos el militar contemplaba la tierna escena, hasta que el joven logró reponerse y se adelantó para presentar á su generoso salvador. Dos mujeres ya ancianas. de porte decente, le tendieron la mano con los ojos bañados de dulces lágrimas.

Sonriendo con aire bondadoso y picaresco, el militar se limitó á decirles:

—Entonces ¿ya no me conocen? ¡Mire que están viejas!...

— . . . .

—Yo soy aquel trompa que ustedes recogieron por muerto allí cerca, en aquella loma, ahora treinta y tantos años, cuando el combate de San Antonio, y lo curaron.

—Pero, ¿sos Donato? ¡Virgen bendita!—exclamaron riendo y llorando con loca alegría las dos mujeres y se precipitaron á abrazar al valeroso soldado, cuyo corazón debió latir con indecible placer en ese instante memorable...

—No las había vuelto á ver desde aquel tiempo, ni tenía noticias de que vivieran. Recordaba únicamente el nombre de una de ellas, Angelita, muy buena moza por cierto. Y el día en que me presentaron al jovencito herido y desnudo, y cuando me dijo que vivía en el Salto con su familia, yo no sé lo que pasó por mí, pero una corazonada me hizo tomarle cariño de golpe, y sin saber por qué le cuidé como á un hijo. ¡Lo que son las cosas del destino! Yo sólo quería hacer el bien, y tuve la fortuna inesperada de pagar una deuda de gratitud.

Con esas sencillas palabras nos refirió, hace algunos años, el señor teniente general don Donato Alvarez este hermoso episodio de su vida de soldado, y al escucharlo, la fácil imaginación reconstruía la tocante escena de aquellas piadosas mujeres que iban á los campos de batalla á disputar su presa á la muerte, sin reparar en la divisa que ostentaba el herido, sin otro interés que hacer el bien.

Desde entonces lo admiramos con respetuosa veneración, y cuando lo vemos pasar tranquilamente con el busto erguido, todavía, reflejando en la mirada de sus ojos negros y tranquilos la altiva bizarría del bravo que vió tantas veces la muerte cercana sin temblar, á pesar del peso de los años y de los achaques de sus heridas de sable, de lanza y de bala—que son ejecutoria de sus largos servicios y de su valor, —el simpático perfil del noble soldado parece traernos la evocación prestigiosa de aquellos hombres y aquellos tiempos...

Una breve nota perdida al pie de las páginas sencillas, pero rebosantes de vida argentina, de episodios heroicos y de abnegación sublime, con que el general Alvarez describe modestamente las

múltiples y terribles peripecias de su vida militar, contiene el resumen de esta hermosa foja de servicios: 30 años de guarnición y 28 de campaña. Y al llegar á la más alta graduación desde soldado raso y entrar á la situación del bien ganado retiro, escribe, sencillamente, sin sombra de jactancia: "Jamás he sufrido de mis superiores una sola amonestación, ni un arresto, ni un sumario, en el que directa ó indirectamente me viera mezclado."

Esta *Vida militar* es uno de los más hermosos homenajes á la patria en el primer centenario. Ofrenda pura, de sacrificios y de heroísmos, de una de las figuras más representativas del viejo ejército glorioso, que modeló sus soldados en su propia masa y laureó sus entorchados al resplandor de episodios inmortales. Yo me pongo de pie y me descubro.

EL PRIMER LIBRO IMPRESO EN LAS MISIONES

EL PRIMER LIBRO IMPRESO EN LAS MISIONES

La interesante aunque breve bibliografía de los libros impresos por los padres de la Compañía de Jesús en las Misiones con prensas de madera y tipos fundidos en las reducciones, valiéndose de los indios neófitos, se ha enriquecido con un nuevō libro.

El americanista alemán doctor Roberto R. Schuller,—á quien se debe la voluminosa edición anotada del manuscrito de Azara, sobre la geografía física y esférica de las provincias del Paraguay y las Misiones guaraníes, que existe en la biblioteca nacional de Montevideo,—es el que nos revela dicho descubrimiento en una noticia bibliográfica publicada en la ciudad brasileña de Pará.

Titúlase el trabajo: *"Um livro americano o*

primeiro impreso nas Missoes guaraní da S. J.", y forma un opúsculo en 8.° de 10 páginas, que el autor ofrece á los americanistas con incontenido alborozo—como ya lo deja presumir su portada—pues afirma ser el libro por él descubierto el primero impreso en las Misiones, no pareciéndole probable que la casualidad desentierre en algún archivo ó biblioteca otro ejemplar más antiguo.

Por la sola enunciación del asunto, se advierte que tiene importancia suma para los estudiosos que han investigado y catalogado con tanto empeño, las producciones tipográficas salidas de las prensas jesuíticas á principios del siglo XVIII, y en cuyo número se cuenta—en cuanto se refiere á la América del Sur—con investigadores eminentes como Angelis, Mitre, Gutiérrez, Carranza, Trelles y Medina.

El problema planteado tan perentoriamente por Schuller no sólo renueva la cuestión de la prioridad, sino que corrige á aquellos autores, desde que presenta una obra nueva por ellos desconocida, con la pretensión de que ocupará cronológicamente el lugar de vanguardia.

Merece entonces un análisis crítico dicho tra-

bajo, á fin de averiguar el grado de verdad de sus enunciaciones.

Tal será el asunto que pasamos á dilucidar á la luz de las publicaciones á nuestro alcance.

Se advierte al pronto, que el autor no menciona los trabajos publicados entre nosotros, por más que en ellos se haya estudiado la cuestión erudita y sagazmente. Y ha de verse que ese olvido es precisamente el que hace fallar la teoría sustentada por Schuller.

Guiándose en efecto, por la *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América,* del conde de la Viñaza, dice: "De todos los libros impresos en las Misiones guaraníes de la Compañía de Jesús en el Paraguay, de cuya existencia se tienen conocimientos positivos, el más antiguo así considerado hasta ahora, es aquel pequeño *Manual* que en 1721 salió á la publicación en la reducción de Loreto, donde los PP. de S. J. tenían uno de sus establecimientos tipográficos"; para arribar á la conclusión victoriosa de que "este libro rarísimo no es el primero impreso como lo piensan los especialistas y lo catalogan las bibliografías, pues él ha sido más feliz en sus investigaciones acerca de las impre-

siones en las misiones de indios, encontrándose en la excepcional circunstancia de poder comunicar á los que por esta clase de estudios se interesan, de la existencia real y efectiva de un libro impreso "ocho años antes que aquel supuesto primero", en la misma aldea de Loreto, que no figura todavía en ningún catálogo ni obra bibliográfica, de cuantos sabios especialistas y hombres eruditos en la materia han escrito sobre las producciones intelectuales de aquellos miembros de la Compañía de Jesús que en calidad de misioneros de indios actuaron aquí, en la América del Sur."

Efectivamente, el ejemplar del *Manual* de 1721—donado por el canónigo Segurola á M. Renouard—es considerado por éste, según la descripción hecha por Viñaza, el primer libro salido de la imprenta de las Misiones del Paraguay. Así lo considera también M. Brunet en su *Manuel du libraire.*

Tales son las autoridades españolas y francesas en que sustenta Schuller, su tesis, pues los autores sudamericanos, á pesar de tratarse de un tema de su jurisdicción, han sido dejados de lado.

Veamos entretanto, el nuevo libro. Pertenece á la colección americana de don Luis Mont, de Chile, y se trata de una obra escrita por el P. Antonio Garriga, antiguo catedrático de filosofia en el Colegio Máximo, del Perú, cuya portada describe Schuller así:

Instrucción — Práctica — para — ordenar santamente la vida, que — ofrece El P. Antonio Garriga de—la Compañía de Jesús—como brebe memorial y recuerdo—á los que hazen los exercicios espi—rituales de S. Ignacio de lo—yola Fundador de la—misma Compañía—Loreto, con licencia de los—Superiores en la Imprenta de—la Compañía—Año de 1713.

1 vol. in-12.o de 120 pp.núm.

De la enunciación de su portada se infiere que sólo se trata de un catecismo para ordenar las oraciones en el santo retiro, lo que le quita importancia como obra de fondo, si bien no desmerece su curiosidad bibliográfica, porque resulta en realidad una producción americana que había escapado á nuestros investigadores; y, á ser exacta la creencia de Renouard y Brunet de que el *Manual ad ussum patrum societatis Jesú,* publicado en Loreto en 1721, es tenido por los es-

pecialistas como la primera producción de la imprenta jesuítica, es indudable que el autor del descubrimiento de esta *Instrucción práctica* tendría razón y sobrada de reclamar orgullosamente la primacía para su "trouvaille".

Pero el opúsculo del P. Garriga, aunque tenga el mérito de enriquecer el corpus de las producciones impresas en las Misiones, para nuestros americanistas no quedará como el primer producto de aquellas prensas, desde que se tiene conocimiento de la existencia en Buenos Aires de otra obra más importante, aparecida en 1705, vale decir ocho años antes que la presentada por el filólogo alemán, como el fruto primitivo del arte de imprimir en las selvas del nuevo mundo.

En efecto, para cuantos se interesan por esta clase de estudios es punto hoy perfectamente comprobado que no es el *Manual* de 1721 el primer libro dado á la publicidad en las reducciones de la Compañía de Jesús, sino una traducción de la obra del jesuíta Juan Eusebio Nieremberg, titulada *De la diferencia entre lo temporal y eterno,* vertida al guaraní por el P. José Serrano é impresa en las doctrinas el año 1705.

He aquí su curiosa portada:

Dela diferencia entrelo — temporal yeterno — crisol de desengaños, conla memoria delaeternidad postrimerías hu-manas, y principales misterios divinos—por el—P. Juan Eusebio Nieremberg—dela compañía de—Jesús—y traducido en lengua guaraní—por el padre—Joseph Serrano—dela misma compañía — dedicado alamagestad del — espíritu santo—con licencia del exen.tissimo — señor — D. Melchorlasso delave — ga porto carrero — Virrey, Gobernador, y Capitan general del Perú —Impreso en las Doctrinas Ano de M. D. CC. V.

Este magnífico ejemplar, adornado con hermosas viñetas y grabados en cobre, único de que se tenga noticia hasta el presente, se encuentra en la biblioteca americana de don Manuel R. Trelles, habiendo pertenecido á la colección de obras de Angelis, quien reveló por primera vez su existencia en el *Apéndice* del catálogo de su biblioteca en 1853, y ha sido prolijamente descripto con la reproducción facsimilar de su portada y las 43 láminas que adornan el texto grabadas por los indios por José Toribio Medina, en la monumental *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata,* im-

presa en los talleres del museo de La Plata el año 1892.

Utilizando las referencias de su valioso archivo documental, el general Mitre le consagró una erudita noticia en su estudio sobre los *Orígenes de la imprenta argentina,* publicado en *La Biblioteca,* II, 52-77, en el cual sostiene que este trabajo, salido de la tosca prensa construída con maderas de las selvas vírgenes del Alto Uruguay y del Alto Paraná, con caracteres fundidos en ellas y en planchas de cobre grabadas á buril por los indios neófitos, que forma un grueso in-folio de 472 páginas, si bien el pie de imprenta no señala el lugar, y sólo lleva la designación general de Impreso en las Doctrinas, pero no puede caber duda de que lo fué en Santa María la Mayor, á inmediaciones de la margen occidental del Uruguay, donde se encontraron al fin los últimos restos de la primitiva imprenta que existen actualmente en el museo histórico nacional. Trelles había hecho antes en la *Revista patriótica del pasado argentino,* IV, 16-38, la descripción del precioso ejemplar, ilustrándola con valiosas referencias sobre la gestación para imprimir la obra de Nieremberg en lengua guara-

ní, así como de los grabados indígenas y las estampas y pinturas al óleo de que no han hecho mención los historiadores del Río de la Plata, por más que se trata de hechos notorios de que habían dado noticia las *Lettres édifiantes et curieuses,* editada en París por el P. Le Gobien en las primeras décadas del siglo XVIII.

Tampoco escapó al sagaz Juan María Gutiérrez, que señaló en la introducción á su *Bibliografía de la imprenta de los niños expósitos,* entre los frutos de la tipografía jesuítica esa traducción guaraní de la obra famosa del P. Nieremberg.

El doctor Schuller que estuvo en Buenos Aires—después de las publicaciones de Trelles, Mitre, Gutiérrez y Medina — pasando luego á Montevideo y Chile, ocupándose siempre de lenguas indígenas, cuyos estudios le son familiares, como lo revelan las anotaciones al códice de Azara y la monografía sobre el discutido problema del origen de los charrúas, ignora sin embargo la existencia de ese incunábulo guaranítico, como lo denomina el general Mitre, revelado al mundo bibliográfico por Angelis hace más de medio siglo, y citado por Du Graty en la *Historia del*

Paraguay de la siguiente manera: "Este célebre libro de Nieremberg ha sido siempre muy apreciado; fué traducido inmediatamente al latín, italiano, francés, inglés y hasta al árabe, según lo refiere el erudito americano señor Ticknor, quien sin duda ignoraba que había sido impreso en guaraní en medio de las selvas del Nuevo Mundo".

Finalmente otro investigador argentino — tan apreciado por los amigos de las letras americanas—don Angel Justiniano Carranza, en las anotaciones á la obra de Molas, *Descripción de la antigua provincia del Paraguay,* menciona especialmente el ejemplar de la traducción guaraní del P. Serrano, existente en la biblioteca de Trelles, diciendo que por su rareza era digno de una monografía que lo diera á conocer. (En *Revista de Buenos Aires,* X. 58).

***

Se trata, por lo tanto, de una pieza conocida de antiguo por los americanistas, cuya noticia corre en las obras que el señor Schuller ha debido consultar en sus investigaciones acerca de los indígenas de la cuenca del Río de la Plata, y no

se explica entonces cómo haya podido afirmar que es el *Manual*, salido de la prensa de Loreto en 1721, es considerado universalmente como la primera producción de la imprenta jesuítica, pues no es admisible suponer que su afán de comunicar al mundo bibliográfico su descubrimiento y para magnificarlo, le hiciera incurrir en la puerilidad de ocultar un hecho vulgarizado por tan valiosos testimonios.

Sin embargo, es muy sugerente el hecho de que habiendo consultado la obra del conde de la Viñaza—de la cual copia íntegra la nota relativa al *Manual* que el bibliófilo español cataloga bajo el número 277—no haya parado mientes en el sumario del número 251 que, cabalmente describe al famoso libro del P. Nieremberg, afirmando que fué impreso en las Doctrinas del Paraguay el año 1705 (1).

Quizá no sea inoportuno recordar en la emergencia, que este *modus operandi* del americanista alemán ya fué puesto en transparencia por Luis María Torres, en un erudito y prolijo exámen crítico de la edición del manuscrito de Azara, que

(1) Conf. *Bibliografía española de las lenguas indígenas de América*, pp. 128 y 136, Madrid, año 1902.

bajo el título de *La geografía física y esférica del Paraguay* y *Misiones guaraníes,* publicó Schuller en Montevideo en 1904 como un códice inédito;— y en cuya crítica se comprobó que el voluminoso libro no contenía de nuevo más que veinticinco párrafos del viaje del ilustre geógrafo aragonés á la laguna Iberá, pues el resto había sido publicado en diversas épocas y diferentes formas, especialmente en el material de los *Viajes inéditos,* publicados por B. Mitre y Juan María Gutiérrez en la *Revista del Río de la Plata* el año 1873, y en *Voyages dans l'Amérique Méridionale,* 4 vol., París 1809;—y en cuanto al prólogo del editor, tampoco ofrecía originalidad ni adelantaba ningún conocimiento sobre los estudios de la etnología del Río de la Plata, á pesar del énfasis y la inmodestia con que abordaba el tema, conteniendo además no pocas afirmaciones contradictorias y arbitrarias (1).

De manera que la *Instrucción* del P. Garriga, de 1713—descubierta por Schuller,—sólo ocupa cronológicamente el segundo lugar en el cor-

---

(1) Conf. L. M. Torres, *Exámen crítico,* etc., en *Revista del Museo de la Plata,* XII, 137 y siguientes; *Les études géographiques et historiques de Félix de Azara.* Buenos Aires, 1905).

pus de las producciones de la imprenta de las Misiones, que abarca los años transcurridos entre 1705 á 1727, pues no se conoce hasta hoy libro alguno posterior á esta última fecha, ignorándose el motivo que determinó la cesación repentina de esa imprenta que había alcanzado notable perfección en el arte, como lo demuestran la traducción de la célebre obra de Nierem-berg y el *Vocabulario* y el *Arte de la lengua guaraní,* compuestas por el jesuíta limeño Antonio Ruiz de Montoya, ambos impresos en el taller de Santa María la Mayor, de los cuales existen dos raros ejemplares en las bibliotecas del general Mitre y Trelles, en cuyas hojas amarillentas se advierten las huellas de la consulta frecuente de aquellos estudiosos infatigables, afanados por desentrañar el misterio que aun envuelve la aparición de la imprenta jesuítica, que nace y acaba misteriosamente en el silencio de las selvas guaraníes.

NUESTROS ORIGENES
LITERARIOS

NUESTROS ORIGENES LITERARIOS

Acabo de recorrer las doscientas y tantas páginas del estudio crítico *Leopoldo Lugones y su obra* recientemente publicado por el Sr. Juan Más y Pi. Y si bien es digno de alabanza el coraje del escritor, al dedicar todo un volumen para aquilatar en forma tan entusiasta las excelencias de las producciones de un contemporáneo, no es menos sensible el tener que rectificar algunas de sus rotundas conclusiones, porque revelan, ó un desconicimiento completo de nuestros orígenes literarios, ó un injustificado menosprecio hacia otros escritores de esta tierra, iniciadores cabalmente de esa reacción con tendencia nacionalista que el crítico pretende atribuir á una de las obras del autor elogiado. Me refiero al capítulo X, consagrado á la literatura criolla de *La guerra*

gaucha en que se me alude, si bien en forma honrosa pero errónea como se verá.

Decidido obrero en esa empresa literaria, en que el sentimiento argentino fué norte y esperanza para cuantos arrostramos los desdenes de los que aún piensan que es tarea baladí el preocuparse en rastrear la vena oculta de las cosas nuestras, necesito reivindicar la prioridad en la iniciativa que hoy se desconoce, sin establecer parangones con la producción del autor de *El imperio jesuítico,* en cuanto á su factura artística pues eso no está en tela de juicio, porque razones fáciles de comprender me lo vedan. Mi propósito es otro, muy distinto y espero que no ha de achacarse á vana jactancia sino guardé silencio ante semejantes afirmaciones que entiendo no debían quedar en pié, por los colores de la bandera bajo cuyos pliegues he blandido mis armas.

Con efecto, dejándose arrebatar por el entusiasmo que produce en el crítico el extraordinario esfuerzo del lenguaje con que está escrita *La guerra gaucha*—cuyo entusiasmo no comparto, por más que me sea tan simpático el asunto—ha deducido conclusiones exageradas y falsas sobre la influencia de ese libro en las letras argentinas, que

resume en los párrafos pertinentes que necesito transcribir, á fin de hacer más fácil y metódico el comentario que provocan. La tarea será un poco ingrata, pero no es mía la culpa si pongo en transparencia en esta réplica la ligereza del juicio y las deleznables conclusiones tan perentoriamente expuestas por el simpático crítico.

Oigamos al señor Más y Pí.

"....Hacer literatura criolla no es, como se pretendió por mucho tiempo, dar libre rienda al atavismo vergonzante en pugna con el criterio de la civilización moderna... Era mucho más refinado ese criollismo que debía surgir, lógica y naturalmente, de la no explotada veta de las ideas nacionalistas, inconscientes todavía... Esa fué la gallardía viril de Lugones: comprender que el criollismo podía ser una fuente viva de emoción artística, cuando se la quisiera mirar desde arriba. Y Lugones trepó, y cuando ya no corrió el peligro de confundirse con la canalla que formaba el ambiente de su cuadro, cuando pudo tener la seguridad de su observación, cantó la noble gesta admirable".

Y más adelante explayando su tesis exclusivista agrega:

"*La guerra gaucha* renovó el ambiente de las cosas criollas. Hizo comprender que en el campo de lo nacional había una grandiosa fuerza olvidada, y abrió senderos que si no tenían la grandiosidad de lo nuevo, por lo menos requirieron audacia para volverlos á descubrir después de tapiar la entrada de los viejos y usados vericuetos. Fue la reivindicación de la tierra argentina, en ese poema en prosa en que la figura de Güemes, colosal centauro de la tierra bajo el trópico del Capricornio, fué un punto de luz con su cabeza altiva y noble que destaca en la aureola del sol de Mayo. Y digo que fué la reivindicación de la tierra argentina, porque ésta gemía bajo el peso de una literatura falsa y rastrera. Después de *La guerra gaucha* otros paladines surgieron (Leguizamón entre ellos) para ratificar la característica del espíritu nacional que no fué nunca el salvajismo de los gauchos malos, ni la degradante comicidad que llenaba los sainetes del teatro bajo. Fué la reivindicación que hizo pensar en todo el poder de la literatura, cuando es movida por una mano noble al servicio de una causa digna... Será ese un favor que no podrá olvidarse en las letras argentinas, aquí donde por una de

las más extrañas aberraciones el artista se ha impuesto el rudo trabajo de pensar en extranjero, como si su ambiente natural no fuera arte. Hay quien piensa en inglés, quien en alemán, en español ó italiano, casi todos en francés—nadie en americano, menos en argentino. Lugones fué el primero que sacudió la grotesca dominación mental é hizo sentir su dignidad de artista en *La guerra gaucha*". (Ob., cit., págs. 104-107).

Desde luego, en lo que á mí se refiere—por más que sea molesto ocuparse de uno mismo, en el presente caso, no tengo, sin embargo, ningún embarazo en levantar el cargo afirmando que mi obra, con todos sus defectos, que soy el primero en reconocer, pero con una acusada característica del sentimiento nacional, no ha surgido después de la obra de Lugones como se afirma.

Para comprobarlo me bastará cotejar las fechas de sus ediciones. *La guerra gaucha* apareció en 1905, mis *Recuerdos de la tierra* corrían impresos desde 1896, *Calandria* es de 1898 y *Montaraz*, que describe la tenaz resistencia de las masas campesinas de Entre Ríos contra la invasión artiguista, vió la luz en 1900. Y si bien es cierto que los relatos de *Alma nativa* fueron edi-

tados en 1906, la mayor parte de sus cuentos como lo advierte el prólogo, habían sido ya publicados en revistas y diarios. Igual cosa ocurre con los trabajos recolectados en *De cepa criolla*.

No he sido, pues, un paladín de las huestes lugonianas; no renuncio á mi acción de altivo montonero en la brega para abrir una picada en la selva densa de las cosas nuestras, y no necesito recordar aquí que, ese afán siempre alerta para salvar del olvido el rico acervo de las tradiciones y costumbres nativas, fué el tema predilecto que orientó mi producción, pues así lo han reconocido, cuántos tuvieron una palabra de aliento para aquella tarea, en que el sentimiento de la patria no está jamás ausente.

Y con más brillo y éxito en la empresa, había presentado ya el autor de *Mis montañas* y *Cuentos* (1893-94) páginas rebosantes de sabor de la tierra; como lo hiciera mucho antes aún Rafael Obligado, cantando episodios de la guerra de la independencia y la leyenda del payador argentino en décimas fluentes y armoniosas, con colorido y rumores de Pampa; y señalando á nuestros escritores, aquella senda inmortal que descubrió en el pajonal del desierto el autor de *La cautiva*....

Me imagino que contra estas producciones, no ha lanzado el crítico su mote despectivo de "literatura falsa y rastrera", ni creo que dirá que sus autores "no han pensado en americano y menos en argentino", desde que el rasgo que les da filiación literaria, es precisamente su propósito de utilizar los elementos de la tierra,—asuntos y hasta giros peculiares del habla popular,—para dar á sus trabajos el acento y el aire auténtico de las cosas nuestras.

Hay que convenir, entonces, que el crítico las ha olvidado ó no las conoce, pues no es admisible sostener que semejantes obras no ocupan un sitio de preferencia en la literatura del país, ni que puedan confundirse con "la canalla que formaba el ambiente de las letras", según afirma, antes de la aparición del libro de su predilección.

No debemos olvidar tampoco, que el escritor uruguayo Eduardo Acevedo Díaz—inició en Buenos Aires, el año 1888 con *Ismael* su hermosa trilogía de romances históricos, en que el gaucho, el caballo y el escenario agreste fueron los elementos primordiales con que pinta esa porfiada y soberbia resistencia de las masas campesinas contra el invasor y por la emancipación de su suelo.

Y es digno de observar que, en esos romances —como ocurre en *Montaraz* y *La guerra gaucha* — los instintos nativos favorecidos por la vida errante á campo abierto que les incitaba á la rebeldía y les adiestraba para el lance bélico, el cariño al rancho, la prenda y al pago que fundía en un solo amor grande y confuso pero inextirpable, el amor á la independencia del suelo natal, dándoles alientos heroicos para defenderlo, constituyen la urdimbre de episodios más ó menos semejantes que tuvieron por palestra el monte y las cuchillas uruguayas ó entrerrianas y los pedregales de las montañas de Salta.

La táctica de aquellos admirables y rudos centauros es siempre idéntica, como iguales son sus toscas armas—el sable, la lanza, el puñal, el lazo y las boleadoras—como es semejante su empuje soberbio. Es siempre esa obscura y desdeñada multitud anónima la que realiza la proeza á su manera, haciendo la guerra de montoneras en sorpresas y entreveros audaces con lujo de coraje y un desprecio magnífico de la vida, llevando á su frente á sus altivos caudillos, ya se llamen Artigas, Ramírez ó Güemes, fenómeno muy interesante de nuestra psicología popular, que había

sido estudiado por José M. Ramos Mejía en su hermoso libro *Las multitudes argentinas.*

¿En qué consiste entonces esa renovación de las cosas criollas y el nuevo sendero abierto para hacernos comprender que en el campo de lo nacional había una gran fuerza olvidada, dónde la prioridad de esa orientación nacionalista que el crítico se empeña en atribuir á la influencia de *La guerra gaucha* sobre las letras argentinas?...

No sería difícil demostrar, por otra parte, que después de su aparición, con excepción de *El país de la selva,* de Ricardo Rojas, ningún libro con tendencia nacionalista se ha publicado y la independencia mental del vigoroso escritor santiagueño, excluye la idea de que escribió su obra bajo extraña sugestión, dado que tiene fuerte brazo y espíritu para luchar solo; además de su índole, una advertencia al final del colofón, previene al lector que la empezó á escribir en 1904, vale decir, antes de aparecer el trabajo de Lugones.

¿Dirá tal vez que dichas obras no satisfacen sus exigencias artísticas ni el gusto de su escuela literaria? Pero no podrá demostrar que son irreales aunque no le den la sensación que él quisiera encontrar en la pintura de las cosas de esta tierra;

porque para juzgarlas serenamente no basta saber aplicar las reglas de la crítica, se necesita además haberlas sentido y vivido alguna vez en el pleno aire de nuestros campos, donde aún se percibe la huella del gaucho, para comprender toda la importancia de su papel histórico cuando cruzó el vasto escenario en el brioso caballo de batalla, dejándonos el rumor de su cabalgata errante como un ritmo tumultuoso de oleaje bravío...

Sarmiento, López, Ricardo Gutiérrez, Pedro Goyena, Lucio Mansilla y Paul Groussac no han olvidado esa gran fuerza que, en su hora, fué la encarnación más original de las fuerzas intrínsecas de nuestro pueblo, y el último en una conferencia dada en el Worl's Folklore Congress de Chicago el año 1893, propuso como tema á los estudiosos, la recolección metódica de las costumbres y creencias populares de las provincias argentinas, á fin de ir formando nuestro *folklore,* á la manera que lo van realizando otros países de América, como el Brasil y Chile (1).

Tampoco puede calificarse de "teatro bajo" el meritísimo esfuerzo de los escritores que como

(1) Paul Groussac, *El viaje intelectual*, pág. 47.

el malogrado Florencio Sánchez en *Barranca abajo* y *La gringa* y Roberto J. Payró con *Sobre las ruinas,* llevaron á la escena estudios serios y bien interesante del problema social planteado por la inmigración que va desalojando al antiguo morador de nuestros campos. El medio resultará tosco, pero el cuadro de ambiente y la pintura de los personajes es de sugerente poder evocativo; en cuanto al lenguaje ni es falso, ni rastrero al ajustarse á las hablas regionales para darles el aire familiar, sin degenerar por eso en la jerga cocolichesca de que otros abusaron, hasta convertir en caricatura grotesca ese misterio humano que se encarna en la noble figura del gaucho.

De ahí que también resulte errónea y gratuita la afirmación de que el autor de *La guerra gaucha* más que ningún otro escritor, sea el que haya "hecho más patria", destruyendo la falsa leyenda del gaucho de la montonera y de las luchas civiles y el que recogió el espíritu ingenuo, sentimental y heroico del *Martín Fierro* para fundirlo en el tipo de sus luchadores anónimos.

Háse visto ya que el tipo de esos bravos luchadores anónimos en la guerra de la montonera rioplatense ha quedado indeleble en las páginas de

otros libros que precedieron la pujante obra de Lugones, como el *Ismael* que tiene figuras de gauchos guerreros soberbios y descripciones que parecen escritas bajo la honda impresión del fragor y la sangre de la pelea. ¿Cuál es, pues, la falsa leyenda destruída? ¿En qué razones étnicas ó históricas se apoya el crítico para suponer que ese gaucho montañés del libro de Lugones es el auténtico, y que son falsos los del llano y el monte que pintó Sarmiento, Acevedo Díaz, Hernández y Viana, por ejemplo? ¿No sabe, acaso, que el morador de cada región de nuestro territorio tiene modalidades típicas que lo diferencian fundamentalmente, por la mezcla de la sangre aborigen y por el medio físico que imprime en el alma del nativo su rasgo prominente?...

***

Pero vayamos á la perentoria y un tanto audaz afirmación de que *La guerra gaucha* es el libro en que se "ha hecho más patria", aludiendo, sin duda, no sólo á su tendencia nacionalista, sino á la empresa de patriotismo heroico, realizada sin comprenderlo quizá por la constancia y la fortaleza admirable de aquellos rudos batalladores.

También esa característica saliente se advierte en el cuadro presentado por las obras que precedieron á la del cantor de la gesta de los gauchos de Güemes, y alguno de sus autores lo dice en más de un pasaje. He aquí al pasar una cita comprobatoria.

"... De aquella época, de instintos sanguinarios y cóleras insaciadas, pero en que ardía el fuego de la guerra santa y grande, surgiría más tarde purificada por una inmensa ola de sangre la obra de la Revolución y de la Independencia que los caudillos campesinos sustentaron en la hora terrible de la anarquía y de la zozobra,—cuando los hombres del directorio andaban solicitando ante las cortes extranjeras un monarca para el Río de la Plata—con su altanera protesta en que palpitaba el espíritu de la resistencia nacional. Fueron los hombres de los campos, los gauchos montaraces el factor primordial de la nueva patria que nacía entre estridores de batalla; paladines caballerescos y aventureros de un derecho que no comprendían quizá en su amplia significación sus cerebros ineducados, pero que sentían firmemente arraigado en sus corazones porque les venía como una emanación del medio ambiente, como un mandato

del instinto popular que les despertaba las ansias de ser libres, libres como la naturaleza que les rodeaba, como el desatado pampero, como la cruda luz que asoleaba las campiñas natales, como los ríos caudalosos donde abrevaban sus fogosos caballos de pelea." (*Montaraz,* página 58 y *passim.*)

Es que tal es el rasgo culminante de la literatura criolla. Desde sus primeros balbuceos allá en los albores del siglo XIX, es siempre el culto hacia la nueva patria que surgía entre los relámpagos de la Revolución lo que exalta las fibras de los rústicos troveros, su tema de inspiración única, como se nota en los *Cielitos* y *Diálogos patrióticos* de Bartolomé Hidalgo en cuya guitarra campera sólo vibra la bordona con que tocó arrebato contra los enemigos de la causa emancipadora. Y con Hidalgo el poeta popular de las turbas nativas, todos los poetas mayores de la Revolución, López, Luca, fray Cayetano y Rojas que exaltan el patriotismo naciente, amoldando su inspiración al patrón retórico de la escuela española predominante en la época, lo que les quita un tanto el sabor americano, pero sin amenguar el mérito, ni menos su eficacia patricia.

Esa fué, también, la musa silvestre de Ascasubi, soldado y poeta en la lucha á muerte contra la tiranía, en cuyas estrofas zumbonas retoza la malicia rústica y suena la carcajada del gaucho, con pinceladas felices y evocadoras de las bizarras figuras paisanas de aquellos soldados de la guerra civil. Como encarnación y reflejo fiel de una época posterior, con otro escenario y asunto pero orientada en el sentimiento nacionalista creó Hernández su admirable *Martín Fierro* — el primer y único poema nacional surgido de esta tierra— que no puede ser resumido en *La guerra gaucha* desde que sus asuntos, personajes, medio ambiente y estilo son tan diversos, pues Lugones canta la epopeya de la lucha de la independencia teniendo por grandioso escenario la montaña, mientras Hernández, á pesar del modesto ritmo gauchesco nos dió la evocación de otra época de la historia argentina, al pintar con caracteres que no morirán, como dice la profecía de su autor, el martirologio del gaucho en la vida ruda del fortín de la frontera y la toldería del indio, entre las soledades del desierto.

A nuestra simple emoción de criollo nos hablan de patria con acento más hondo la oración á la

bandera de Sarmiento, las páginas de Avellaneda sobre San Martín, Moreno ó Maipú y las estrofas de aquel poeta de las cumbres que firmó *Atlántida, El Nido de cóndores* y el canto lírico á *San Martín;* y sin duda que no hay jactancia al asegurar que esta opinión la comparten algunos millones de argentinos...

Existe, pues, una notoria injusticia al olvidar el esfuerzo de esos escritores y de muchos otros que no cito para abreviar la réplica, porque hicieron obra de nacionalismo bien orientado al describir asuntos argentinos, sin atribuir quizá una excesiva importancia á las limaduras del estilo—que no suele ser la mejor cualidad para hacer obra duradera—pero es indudable que cumplieron su propósito legándonos páginas que les sobreviven por el sabor, el colorido y el acento y ese aire dulce é íntimo en que parece palpitar la poesía de alma de los terruños.

Algunas de esas páginas han quedado indelebles—como las que trazara la pluma infatigable del viejo luchador cuyo centenario acabamos de celebrar—así aquel retrato del Rastreador de tan original y vigoroso relieve que no ha sido superado en los relatos similares, incluso el presentado en

La guerra gaucha con la descripción de una hazaña famosa del profesional montañés en el cuento "Al rastro". Calibar el rastreador puntano de Sarmiento es único!

Más exacto y, sobre todo, más justo fuera entonces afirmar que las gallardías de la fuerte obra de Lugones—cuyo enorme talento soy el primero en proclamar—consisten principalmente en el extraordinario esfuerzo retórico de su prosa, ajustada á la índole de una escuela literaria de la hora presente que brega pór imponer sus cánones pero que no puede proclamar para sí la exclusividad de producir emociones de belleza;—puesto que el asunto no resulta original desde que está escrita sobre el canevá ya usado por otros escritores—lo que la despoja de la pretendida prioridad de orientaciones nacionalistas—valiéndose de los mismos elementos primordiales: la guerra de la montonera del gaucho rioplatense por la emancipación de su tierra.

Sin duda alguna, el primer maravillado por estas exageradas afirmaciones respecto de la supuesta influencia de su obra en las letras argentinas y de su virtud culminante de haber hecho con ella más patria que ningún otro escritor, ha de ser su pro-

pio autor, que acaba de escribir en el número consagrado por *La Nación* á la apoteósis de Sarmiento, como la expresión de la posteridad sobre la empresa heróica de fundar el país contra las resistencias de la tiranía, el atraso, los rencores locales, el fanatismo, y el odio al extranjero, las justicieras palabras siguientes:

"....Lo que bajo este concepto lo destaca mejor, es que mientras los otros pensaban solamente en eliminar el obstáculo, concretando todas sus fuerzas á la supresión de la tiranía, él hacía patria futura con sus libros, con sus proyectos con su enseñanza, puesto que en la escuela de sus predilecciones, lo que se construye es el porvenir. La esperanza de Sarmiento, es hoy la patria argentina, todavía menos hermosa que su ensueño". (*El héroe y su heroismo*).

Junto al gran sembrador púgil de ideas, no olvidemos el nombre de Alberdi, López, Mitre, Echeverría, Mármol y Gutiérrez, que entre la vorágine de su vida de combatientes y los apremios y exigencias de la áspera vida del desterrado, todavía se dieron tiempo para concebir creaciones literarias consagradas ya á la inmortalidad del arte. Y al lado de ellos, surge también el otro gru-

po memorable de los constituyentes del 53, que cumplieron la promesa de la espada de Caseros sancionando la carta fundamental de la nación. La obra realizada por aquel grupo de hombres, vale más, mucho más que cualquier obra literaria con tendencia nacionalista de los escritores del presente, porque ellos hicieron patria anudando los lazos de unión de las provincias argentinas, de acuerdo con el símbolo de las dos manos entrelazadas sobre el blasón de nuestro escudo.



LA ULTIMA VELADA

LA ULTIMA VELADA

A la memoria de
mi hermano Onésimo.

Fué allá, en los altos de Cuyo y San Martín, en una casa antigua por donde cruzaran las redacciones de *La Libertad*, *La Crónica*, *Fígaro* y *La Razón* que tuvieron su hora de éxito para desaparecer pasado el motivo que las trajo á luchar.

De los que mantuvieron vivo el interés de esas hojas ya olvidadas de la prensa porteña quedan bien pocos en la brecha, otros—el inevitable lote de la muerte—como Onésimo Leguizamón, Benjamín Posse, Eduardo Gutiérrez y Fray Mocho enmudecieron para siempre.

Pertenecíamos al grupo juvenil de *La Razón* que contó en sus filas tan nobles espíritus. En la modesta sala de redacción la tarea se realizaba en expansiva comunidad, el mismo ideal nos

orientaba, un solo anhelo confundía todas las aspiraciones: el triunfo de nuestro diario.

En aquella mesa larga, cubierta de recortes de diarios tijereteados, de anotaciones y apuntes para el suelto ó el artículo de fondo, entre una crónica parlamentaria, la noticia policial ó las cotizaciones de bolsa, las notas de arte tenían lugar preferente. Allí cinceló Diego Fernández Espiro los sonoros endecasílabos de su primer soneto, despertando la emulación en Leopoldo Díaz que vertió al castellano la hermosa escena del balcón de *A morte de don Joao* de Guerra Junqueiro, mientras el espíritu intenso de Fray Mocho ensayaba la descripción de la vida en las selvas ribereñas del sud de Entre Ríos, completada más tarde en su sabrosa *Tierra de matreros,* y Roberto J. Payró encontró las bizarrías de la pluma que iba á firmar *El casamiento de Laucha* y *Sobre las ruinas*.. Allí tracé yo también mi primer boceto de costumbres campestres.

Eran tiempos aquellos de activa producción literaria. *Sud América* había dado el ejemplo publicando como folletines dos novelas argentinas: *La gran aldea* de Lucio V. López y *Fruto vedado* de Paul Groussac. Miguel Cané nos

daba el delicioso y fresco volumen de *Juvenilia;* Eugenio Cambacerés después de la polvareda levantada con *Silbidos de un vago,* escribía su amargo *Sin rumbo;* Ricardo Gutiérrez alternaba los fogosos editoriales de *La Patria Argentina* con algunas de sus más celebradas composiciones poéticas, mientras desde las columnas de *La Tribuna Nacional* le respondía Olegario V. Andrade en igual forma. De allí tendieron el vuelo los versos de *Prometeo y Atlántida.*

El ambiente era, pues, propicio para los devaneos poéticos; los poetas y los literatos no se consideraban hombres inútiles ó pocos prácticos, según el despectivo concepto de los tiempos utilitarios que alcanzamos, y sus creaciones ocupaban el sitio en que hoy desbordan las menudas descripciones de la vida social para halagar huecas vanidades...

***

Era la noche del 19 de agosto de 1886. Nuestro director después de corregir la prueba del editorial, indicando el orden de los primeros sueltos, se había despedido de sus compañeros de trabajo con aquella su afectuosa bonhomía

que acortaba las distancias sin hacer sentir jamás la superioridad del intelectual, que el reciente triunfo oratorio en el parlamento argentino sobre la educación laica había colocado en el primer plano.

De continente grave y digno, hablaba en forma elegante y precisa con timbre argentino, con aquella palabra fácil y grandiosa — como dice Eduardo Wilde—que le hace á uno pensar casi sin querer, en las cúpulas de las iglesias, en los ecos de las bóvedas, inspirándose siempre en grandes ideas, con sinceridad y reconocida competencia.

El diario estaba lleno, repleto de material, según nos lo había significado el regente con visible regocijo, ante la perspectiva de terminar más temprano que de costumbre la cuotidiana tarea. Podíamos descansar sin el temor de ser acosados por la insinuación implacable del molesto visitante que pide más originales hasta completar las columnas nutridas de pequeños renglones, por las que el lector suele pasear la mirada displicente sin imaginar talvez la enorme suma de labor que representan.

El humo de los cigarrillos se elevó en espira-

les y un tiroteo de palabras precipitadas y alegres se oyó en el recinto, donde hacía un momento sólo se percibía el rasgueo nervioso de la pluma que corría sobre la blanca cuartilla, ó el golpe seco y repetido de la lapicera que brega por extraer del fondo del tintero, la palabra renitente con la cual lucha el pensamiento para exteriorizar la idea que cruza en el cerebro.

Los que no son del oficio no saben lo que es ese tormento interior, ni conocen el placer inefable del alumbramiento, cuando la imagen surge triunfadora y se estampa delante de la mirada satisfecha del engendrador, como una cosa cara que se arranca y se va de nosotros para siempre...

Uno de los del grupo tenía la palabra. Describía una pintoresca escena de la vida sevillana, una juerga estrepitosa bajo el emparrado de una taberna, en que las peteneras y soledades y el repiqueteo de las castañuelas de las manolas se confundían con los rasgueos de la guitarra y el cristalino tintineo de las cañas desbordantes de manzanilla.

Aún veo pasar ante mis ojos—decía—la figura garbosa de aquella chula seductora que gira-

ba veloz, como enloquecida, dentro del círculo formado por sus admiradores ajustando al ritmo cálido de la danza las contorsiones de su cuerpo armonioso y cimbrante, que dejaba entrever bajo las flores del mantón de Manila y los flotantes volados de la falda, las líneas de su rara belleza, mientras brotaban de sus labios ardientes como brasas y más rojos que el clavel que temblaba en sus trenzas de azabache, los acentos quejumbrosos de esta intencionada seguidilla:

Madrecita mía
Yo no sé por dònde,
Al espejito en que me miraba
Se le fué el azogue...

Y antes que se hubieran extinguido los ecos del canto ahogado, por los aplausos del redondel, las navajas de dos rivales centelleaban sus hojas en el aire, uno de los cambatientes retrocedía tambaleando y la manola dando un alarido corría á cubrirlo con los brazos abiertos en cruz, para recibir en medio del pecho una puñalada que hizo brotar una flor sangrienta sobre el blanco corpiño, mientras sonreía orgullosa por

haber dado la vida al predilecto de su corazón.

El trágico final de aquella aventura trajo el recuerdo de algunos de esos seres encenagados por el vicio, en cuyas almas brilla de tarde en tarde semejante al resplandor de una estrella solitaria bajo un cielo de tempestad, un rasgo de abnegación ó de heroísmo que levanta sus nombres del lodazal.

Alguien recordó entonces á Rosa la Tigra una de esas infelices mujeres de campamento que siguen á los ejércitos, vivaqueando bajo la tienda del soldado más bravo que conquistó á punta de daga los restos de su cariño.

Fué durante la guerra del Paraguay, en uno de los combates en que se derramó más sangre argentina, en medio del fragor de la pelea, cuando la metralla hacía más estragos, entre los gritos roncos de coraje de los jefes alentando á las diezmadas filas y los gemidos entrecortados por la rabia impotente de los que caían, que se vió cruzar una mujer á caballo buscando en aquel bañado fatídico de Curupaity á un ser querido, al que encontró al fin rígido, con el cuerpo destrozado, empuñando aún en la mano crispada

por la muerte el arma con que rindió heróicamente la vida.

Un fúnebre presentimiento la había empujado al campo de batalla de donde salvaría el cadáver de un bravo oficial de nuestro ejército para que no lo profanase el vencedor, huyendo á cavar en lo más solitario de un bosque de palmeras la tumba en que duermen su sueño de eterno olvido los restos de un héroe!...

Ese rasgo de esforzado y piadoso coraje—decía el narrador—levanta y redime á la mujer caída, y Rosa la Tigra como la llamaban en el ejército quizás por la fealdad del rostro ó la depravación de sus sentimientos de mujer, se ofrece á las páginas de la historia con una aureola más resplandeciente que la de aquella dulce Editha—la del cuello de cisne—que fué á buscar entre los sangrientos despojos de la pradera de Hastings el cadáver del rey Haroldo.

Tres campanadas lánguidas y dolientes cayeron desde lo alto de la torre del Cabildo sobre el silencio de la ciudad dormida. Fué la señal de partir. El grupo de camaradas se puso de pie y abandonó la imprenta en cuyos sótanos se oían las trepidaciones de la máquina que á cada golpe de

volante lanzaba un número del diario que pregonarían poco después los pequeños vendedores afanados por colocarlos entre los transeuntes matutinos.

Un apretón de manos cortó el postrer diálogo de aquella inolvidable velada, que nos prometíamos reanudar en breve, sin sospechar ¡ay! que el emboscado destino truncaría nuestros proyectos, derribando bruscamente al piloto cuando la cara nave marchaba con rumbo seguro á su destino.

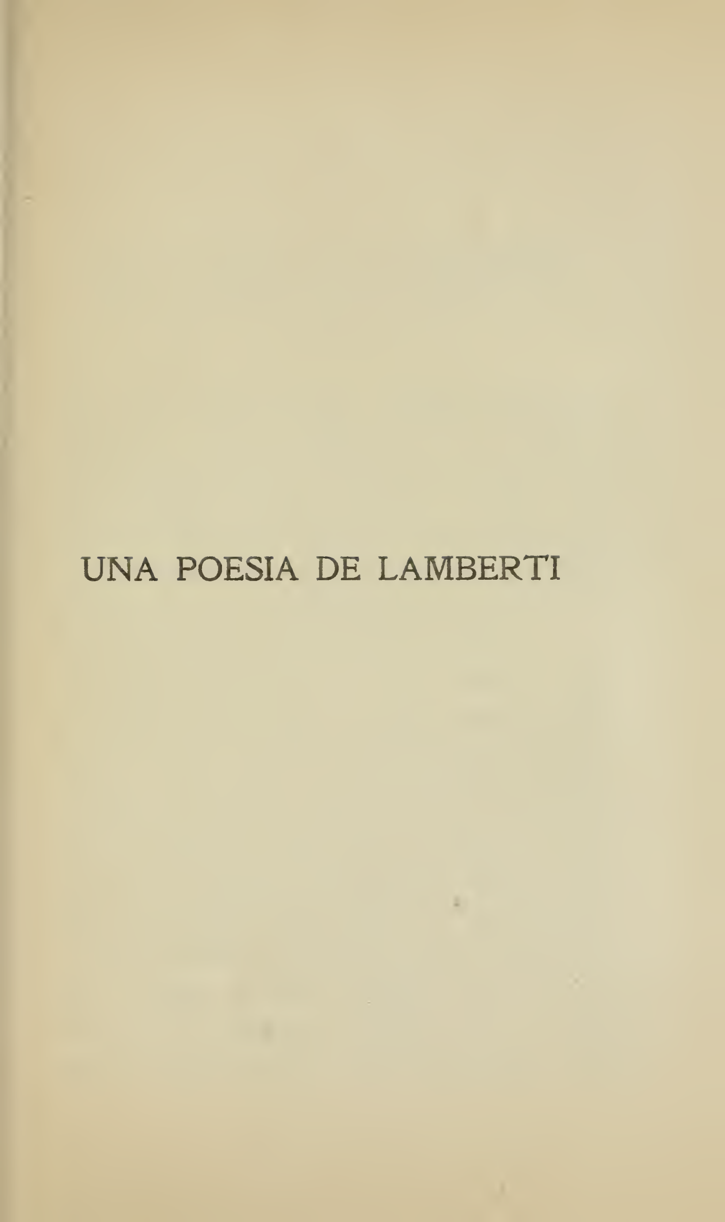
Al día siguiente nubes de tristeza y de fúnebre silencio invadían la sala de redacción en que habíamos compartido tantos anhelos y esperanzas. La muerte implacable había cruzado...

Nos separamos. Triste y sin palabras fué aquel rudo adiós porque todos sentíamos roto para siempre el vínculo que nos unía, como una desgarradura interior que el tiempo cicatrizaría con el alejamiento y el olvido.

Han corrido los años y en este triste aniversario siento invadido mi corazón de melancólicas saudades y me he puesto á evocar memorias y perfiles de los camaradas desaparecidos ó dispersos por distintos rumbos. Como á través de un velo de niebla sutil miré alzarse de nuevo los contornos

de la escena hasta reconstruirla con todos sus detalles, y pasar borrándose otra vez...

La dulce visión se ha desvanecido, pero el recuerdo inmarcesible se refugia de nuevo en lo íntimo de mi ser, entre las alegrías y las ilusiones de los tiempos pasados, que por serlo talvez eran mejores. Por eso intenté condensar en estas páginas deleznables los retazos alegres de aquella charla de ilusión y de entusiasmo de nuestra última velada, por más que no las anime el matiz y el calor juvenil con que brotaron espontáneas de los labios del narrador.



UNA POESIA DE LAMBERTI

UNA POESIA DE LAMBERTI

En medio del enervador ambiente de áspero positivismo y de la indiferencia por el culto de las cosas bellas que nos invade, una nota lírica bella y sentida es verdaderamente un hecho fausto que merece ser señalado, como los antiguos señalaban con una simbólica piedra blanca sus días felices: *dies albo notanda lapillo.*

Antonino Lamberti—el viejo Lamberti como le llaman familiarmente cuantos conocen y admiran al poeta popular de las artísticas rimas—y quién no le conoce entre nosotros — que lleva bien sus sesenta y cinco años con todo el brío juvenil en el corazón y los donaires del estro rebosante de verdores primaverales, ha dado esa nota.

Y son sesenta y cinco abriles que se cuentan dobles, porque yo hice siempre vida de frontera!—suele exclamar sonriendo con su gracia sana y despreocupada, este hombre que jamás

tomó en serio las cosas de la vida y el arte, siendo, sin embargo, un temperamento lírico por excelencia.

Lamberti es hijo de Montevideo, pero pasó la infancia vagabundeando entre los talares entrerrianos, viniendo después á plantar su tienda en esta ciudad de Buenos Aires, que lo cuenta como uno de sus tipos más representativos y populares.

Es el poeta mimado de la juventud que sabe de memoria sus versos cincelados y sonoros, de cuño inconfundible que recita á sus íntimos y abandona luego como errantes armonías lanzadas al viento, sin cuidarse de coleccionarlos ni de escribirlos siquiera, y que con él se irán si alguna mano amiga no emprende la noble tarea de salvarlos del olvido.

Pero aunque esa obra se realizara, jamás tendrán sus versos el acento personal, el aire, y su "manera" de todos nosotros conocida, tan conmovida y acorde con el sentimiento y el gesto con que él sabe decirlos, como si los fuera arrancando vibrantes del corazón. Para saborearlos con verdadero deleite mental, hay que sentirlos brotar de sus labios en las íntimas ex-

pansiones de las horas nocturnas, cuando el champagne acelera el ritmo de la sangre y pone luz en sus ojos celestes como flor de camalote.

Entonces, desde las soberbias décimas del canto á *Montaraz* y las de la simbólica *Flor del aire,* hasta el apasionado ruego de *Dáme más,* —que habría firmado Espronceda, Manuel Flores y todos los cantores del amor ardiente,— qué deslumbradora pedrería de imágenes, cuánta arrulladora armonía, cuántos rugidos de pasión indómita, qué brochazos descriptivos y evocadores de otros tiempos y otros hombres, y qué delicadas y suaves gradaciones de vago ensueño y melancólica melodía recogen los que han tenido la fortuna de escuchárselos;—porque los versos de Lamberti—como ocurría con la música de Dalmiro Costa — cobran nueva luz, color, armonía y vibración al ser interpretados por el propio autor.

La pecadora brillantemente ejecutada por el más virtuoso ejecutante, será un hermoso trozo musical; pero no tendrá nunca aquel acento genuino, henchido de sentimiento y de arranques personales que brotaban del alma de su creador, cuando se encorvaba sobre el teclado, con los

ojos extáticos como si acariciara una lejana visión, y con sus dedos largos y huesudos lo herían haciéndole gemir las angustias de aquella historia de pasión desolada que su inspiración hizo inmortal...

Pero quiero contar cómo nació esta poesía que acabo de oirle en un círculo de amigos, y con la cual contribuyo al propósito ya enunciado de que alguno se ponga á la tarea de recolectar las rimas del despreocupado poeta. Hay tantos lindos volúmenes de versos hueros que no valen una cuarteta de las que Lamberti ha dejado á lo largo de su accidentado peregrinaje, que bien valdría la pena de coleccionarlas, con la seguridad que no habría de decirse de ella despectivamente: ¡es un libro más!

Viene á la memoria y quiero consignarla como una prueba del mérito real de las poesías cuya recolección preconizo, la siguiente cuarteta que vi sobre su firma al pie de un retrato de Tolstoi. Es todo un perfil moral del ilustre escritor ruso, hecho en cuatro rasgos sobrios, artísticos y evocadores.

Después de la excelsa
Que brilla en la cruz,

El mundo no ha visto
Más alta otra luz.

Y esta es una de las tantas improvisaciones que el poeta entrega á la memoria de sus admiradores sin preocuparse más de su destino.

Fué á Entre Ríos hace poco tiempo, recorrió sus quebrados campos bañados de sol, respiró á pulmón pleno el aire libre de sus verdes cuchillas, vagó bajo las frescas sombras de sus bosques rumorosos, se baño en rayos de luna en las noches apacibles, y ante el alero de los ranchos sintió el gemido trémulo de la guitarra que canta las memorias benditas del pago.

Y la briosa inspiración surgió en su alma con todos los fulgores y los donaires, con que el cantor de *La tocadora del arpa* ha tejido esas rimas tan delicadas, tan suyas, por el tono y el aire personal, no del contento de todos, pero que han logrado lo que no logran muchos: la fortuna de vivir en la memoria de sus admiradores.

A orillas del Uruguay, mirando á través de la corriente las empinadas cuchillas de sus campos natales, y bajo la fulguración de las negras pupilas de una de las más lindas morochas de mi tierra, sintiendo las nostalgias de los días idos

y ante el desfile de las memorias que cantan en su corazón, el viejo poeta de la estirpe de los poetas de antes, vuelve los ojos á la belleza que pasa, y á ella consagra las siguientes estrofas, que parecen arrancadas de algún antiguo libro de homenajes, por la gentileza del concepto poético y la forma sonora y caballeresca en que ha sido rendido á los pies de una bella.

Entrerriana

A Teresa.

En esta tierra amiga, en esta gala
De valles y colinas y raudales,
De blando ceibo y palma, y duro tala,
Donde hiciera vibrar su arranque de ala
El cóndor de los vuelos inmortales;

Mientras miro la mía en el Oriente,
Y por ella, olvidando desengaños
En onda heróica, de mi pecho ardiente,
Sube la sangre á requemar mi frente
Bajo el casco de nieve de los años;

Mientras creo que manda sus aromas
Al hijo que ha soñado en sus vergeles,

Mientras miro allá lejos, en las lomas,
Las casas de mi patria cual palomas
Dormidas en las ramas de laureles;

Y mientras pido al númen para ella
El canto poderoso que no tiene,
El canto sin rival de mi querella,
Sintiendo en las arenas de la huella,
El paso de mi noche que se viene,

¡Oigo tu voz, y veo tu belleza!
¡La misma que soñaron mis amores!
¡Los ojos que buscaba! la cabeza,
Que en todos mis delirios de grandeza
He visto coronada con mis flores!

El delicado poeta es siempre el mismo. "Bajo el casco de nieve de los años",—aquel blanco penacho que va en su frente como la espuma sobre el torrente, según dijo Belisario Roldán,—bulle la sangre briosa. Sus ojos celestes, tan dulces como hechos para el ruego galante y para expresar los donaires de su verba jocunda, tienen miradas de cariño y admiración para la belleza que se nutre en la gracia y aromas de la tierra.

Su acento sonoro, conceptuoso, galano y original en la expresión, sabe encontrar artísticos matices para arrojarlos como un rendido homenaje á las plantas de las hermosas y esta vez la ofrenda ha sido digna de la garbosa morocha que el poeta celebra, en estos versos del estilo suyo, que cualquiera al leerlos, sin vacilar, dirá: esto es de Antonino Lamberti.

Yo de mí sé decir, que al oírselos recitar he sentido henchírseme el corazón con la evocación de los recuerdos lejanos; y, algo así, como una vaga y melancólica neblina ha pasado empañando el cristal de mis ojos. Por eso quiero dejar consignado aquí mi agradecimiento al mago á quien debo un momento de puro placer mental.

¡Ah! Benditos sean los poetas cuyo corazón no envejece ni se marchita, y que así saben traducir en rimas simples y sentidas las cosas bellas que cantan en ellos. Lamberti cultiva la poesía con un amor á la antigua, sin inquietarle los oropeles de los nuevos rumbos y los nuevos ritmos, porque Byron y Musset, sus maestros favoritos, le han enseñado que la poesía está en el corazón.

LA PERSISTENCIA DEL ERROR HISTÓRICO

LA PERSISTENCIA DEL ERROR HISTÓRICO

A PROPÓSITO DE LA MUERTE DE GARAY

Se, desde luego, cuánto cuesta destruir los errores históricos cuando ellos se apoyan en la palabra de un autor consagrado y en el concenso de los escritores que repitieron sus afirmaciones, sin tomarse la molestia de pasarlas previamente por el tamiz de una crítica prolija.

Como el héroe de Virgilio en los Campos Elíseos, el crítico que pretende destruir el error y los arraigados prejuicios, en vano tratará de circundar con sus brazos esas sombras impalpables que se desvanecen ante su paso, para volverse á juntar compactas á su espalda...

Tal ocurre con el año de la muerte del insigne Juan de Garay, que ha puesto sobre el tapete del debate una de las tres leyendas del ya fa-

moso retrato original del fundador de Buenos Aires y Santa Fe, pintado del natural según siguen creyendo los devotos admiradores de esa supuesta reliquia pictórica.

Una leyenda trunca, recientemente descubierta sobre la vieja tela,—que no vió, sin embargo, el prolijo Trelles ni el pintor Troncoso en el examen y copia de ese cuadro en 1884, — dice, como es sabido:..... *"aray....nos Aire, año* 1584".

Estudiándola á la luz de una copiosa documentación, histórica y paleográfica, demostré la falsedad de dicha fecha, pues está probado, sin dejar lugar á ninguna duda, que el conquistador fué muerto en 1583, y por tanto, resultó evidenciada la dudosa autenticidad de un retrato que se dice pintado *d' après nature,* puesto que no pudo ejecutarse de presente después de muerto el personaje. Sería, cuando más, una obra de fantasía, hecha de memoria, en tiempo lejano, si el estudio de los caracteres de las inscripciones no revelara la impericia del falsificador, porque el tipo empleado es de caligrafía moderna y contiene, entre otros lapsus risueños, el nombre de esta ciudad escrito con *i* latina, como se estila en el presente,

siendo notorio que desde el acta de fundación en 1580 hasta mediados del siglo pasado, invariablemente se escribió Buenos Aires con *y* griega en documentos impresos y manuscritos que están al alcance de cualquier curioso (1).

Pero está escrito por el reverendo P. Lozano y lo repitieron sin discrepar Guevara, Azara y Domínguez, que el fundador fué muerto ya entrado el año 1584, aunque sin comprobar documentalmente la vaga afirmación; y, es natural, que para cuantos aceptan como artículo de fe las afirmaciones del escritor jesuíta, aquella fecha siga siendo la auténtica.

No es así, sin embargo; y la copiosa probanza documentaria que presentamos y comentamos en *La iconografía de Juan de Garay y el supuesto retrato de Garay,* es de aquellas que por su eficacia no admiten réplica. El grave autor estaba, pues, en error y los que copiaron y propalaron su yerro no lo advirtieron, por más que un escritor más antiguo — el arcediano Barco Centenera, en el canto XXIV de *La Ar-*

---

(1) Conf. La iconografía de Juan de Garay. *Disquisición histórica;* y El Supuesto retrato de Garay. *Nuevas comprobaciones.* La Plata, 1910, en 8º, 58+56 páginas con ilustraciones.

gentina — ya había presentado datos ilustrativos para ubicar la época y el motivo de aquel postrer viaje en que el conquistador pereció.

Entre esos documentos figura el poder otorgado en la ciudad de La Plata el 27 de julio de 1583, por el cual el adelantado Vera y Aragón nombra su teniente de gobernador en el Río de la Plata á Torres Navarrete, cargo que desempeñaba Juan de Garay como representante de aquél desde abril 9 de 1578. Si á mediados del año 1583 se nombraba reemplazante á Garay, por su muerte, ¿cómo podía estar vivo un año después para que copiara su imagen el peregrino artista, aun admitiendo que existieran artistas entre los rudos buscadores de oro?...

Nada es más decisivo que un hecho, y en el caso ocurrente ese año 1584 imprudentemente estampado en la tela para darle pasaporte de autenticidad, es el que se ha encargado de descalificarla cerrando para siempre el paso á la superchería.

El argumento resulta formidable, infiriendo tan grave quebranto á la dudosa autenticidad del retrato que, naturalmente, contra él se vuel-

ve la crítica irritada de los creyentes sin encontrar salida del atolladero.

He aquí cómo se pretende enervarlo, ensayando una hábil explicación un escritor santafecino, que hace á menudo rápidas excursiones por los fértiles campos de los temas de la historia colonial, no siempre con fortuna, á pesar de las arrogancias perentorias de sus afirmaciones, porque olvida aquella aguda advertencia de Groussac: El saber ignorar representa, en historia, el primer paso hacia la severidad científica.

Dice así un breve artículo publicado en *La Semana* del 1° de enero de 1911 con el propósito de refutarnos:

"El argumento es este: "Vera y Aragón nom-
" bró á Navarrete, al tener noticia de la muerte de Garay"; luego, Garay había muerto antes de la fecha del nombramiento."

"*Pero, es lo que nadie ha probado, ni probará jamás.*

"*El adelantado le nombró sucesor á Garay, sencillamente porque Garay había terminado su período.*

"El mismo nombramiento invocado expresa

por cuantos años eran nombrados los tenientes de gobernadores, pues dice á la letra: vos elijo y nombro por mi teniente de gobernador y capitan general de las dichas provincias del Rio de la Plata "*por tiempo y espacio de* 3 *años*", cumplidos primeros siguientes, que corran y se cuenten, desde el dia, que comenzaredes á usar de los dichos oficios en adelante" (1).

*
* *

Y bien: lo que tan enfáticamente se asegura por el P. Viñas, "que nadie ha probado, ni probará jamás", ya estaba probado mucho antes de nuestra crítica, por Trelles y Madero, cuyas obras citamos en la parte pertinente.

El primero demostró (*Registro estadístico de Buenos Aires,* 1860, II, p. 6), que el conquistador había sido sacrificado por los bárbaros á principios del año 1583 al ir á llevar auxilios al grueso de la expedición del gobernador de Chile, don Alonso de Sotomayor, á quien las tempestades hicieron abandonar la ruta del estrecho de Magallanes y penetrar á nuestro río, arribando á

(1) J. R. VIÑAS, *El año de la muerte de Garay*, 1584.

Buenos Aires con su armada de donde partió á Santa Fe y de allí á Chile á través de la cordillera en los primeros meses de aquel año.

Y el segundo (*Historia del puerto de Buenos Aires,* I, 245), confirmó aquella afirmación con el poder de Vera y Aragón en que se nombró á Navarrete como sucesor de Garay en 1583, citando además las cartas de Luis de Sotomayor, hermano del gobernador, en una de las cuales se dice que llegó á Mendoza el 15 de agosto después de haber castigado á los indios que mataron á Garay. Todo esto ha pasado en los primeros meses de 1583, hecho que confirma en lo principal Barros Arana en su *Historia de Chile,* III, 25.

Existe además otro documento de singular fuerza probatoria y es la interesante carta escrita al rey por el tesorero Hernando de Montalvo, desde este puerto el 12 de octubre de 1585 — que puede verse reproducida en la *Revista Patriótica,* IV, 46 — y en la cual se encuentran estas palabras, refiriéndose á la muerte: "El cual habia nombrado su teniente general á Juan de Garay; matáronle los indios por su descuido y fiarse de ellos; y *asi como supo su muer-*

te el dicho licenciado Torres de Vera, proveyó *y nombró por su teniente general á un sobrino suyo, llamado Juan de Torres Navarrete,* soldado de Indias..... llegó á la ciudad de la Asunción, cabeza de estas provincias con los despachos; fué obedecido: *ha que manda y gobierna, año y medio.*" Es decir, desde mediados del año 1583.

Contras estas pruebas claras, explícitas y decisivas que reproduce el apéndice de nuestra *Iconografía,* se arguye todavía sofísticamente:

"El adelantado le nombró sucesor á Garay, sencillamente porque había terminado su período. El mismo nombramiento invocado expresa que los nombramientos se hacían por *tiempo y espacio de tres años*"" — para concluir con aire triunfal por el hallazgo—"Los que publicaron el famoso nombramiento agregando á su encabezamiento — por muerte de Juan de Garay — se equivocaron. Ni una palabra de tal muerte hay en el documento de Vera y Aragón. El que parecía argumento Aquiles, era en el lenguaje de Isaías: polvo ante la espada!"

La enfática cita del profeta impone la réplica ineludible con la sonrisa sanchesca del re-

frán familiar. Ya se ha visto que no estábamos equivocados al afirmar que el nombramiento de Navarrete fué por muerte de Garay. Veremos ahora cómo el tajante argumento se asemeja á la célebre espada de Bernardo, que ni pincha, ni corta...

Es cierto que el poder otorgado á Navarrete no hace alusión á la muerte de Garay, pero es que no era menester semejante mención ante el hecho notorio de la vacancia del cargo por muerte del titular, como lo afirma el tesorero real Montalvo en la carta de 1585, ya transcripta. Es la palabra de un funcionario contemporáneo que tenía razones para saberlo.

Tampoco resulta feliz la deducción de que el nombramiento del sucesor se hizo porque Garay había terminado su mandato, desde que la designación era por tres años, pues á ser cierta esa premisa, resultaría que el cargo del fundador de Buenos Aires habría expirado en 1581, puesto que fué nombrado por Vera y Aragón en abril 9 de 1578, según reza el poder expedido en aquella fecha.

Este documento ya ha sido publicado en extracto por el P. Larrouy en *Los orígenes de Bue-*

nos Aires, página 45. Allí puede verse que la designación es sin término por el impedimento que tenía el adelantado para venir á ponerse al frente de la gobernación del Río de la Plata, como se advierte en la siguiente cláusula que extraemos de la copia autenticada que poseemos: "Por estar impedido en su real servicio, — dice el adelantado, — con el cargo de su oidor en la real audiencia que en esta ciudad de la Plata reside, no puedo ir de presente á la dicha gobernación; y porque el general Juan de Garay es persona de mucha confianza y discreción, y que siempre ha servido á S. M. en la dicha tierra y en estos reinos con cargos preeminentes... y tendrá en mi ausencia en paz y justicia la dicha gobernación..., *le proveo en mi lugar en dicha gobernación... por el tiempo que fuere mi voluntad*" (1).

De lo transcripto se deduce, sin dejar lugar á dudas, que el nombramiento se hace para el tiempo que dure la ausencia del adelantado. y se advierte también que el poder á Garay no es idéntico en sus cláusulas al otorgado á Navarrete,

(1) M S. *Archivo general de Indias en Sevilla, escribanía de Cámara,* Leg° 846, fol. 381.

puesto que, en éste se expresa ser "*por tiempo y espacio de tres años cumplidos.*"

Que Garay era teniente de gobernador hasta el día de su muerte, nadie lo había puesto hasta hoy en duda; lo dicen sus bandos, de los cuales existen varios originales desde 1578 á 1582 en el corpus de documentos del Museo Mitre; lo comprueba su última carta al rey fechada en Buenos Aires el 9 de marzo de 1583, en la cual alude al socorro que prestó á la expedición del gobernador Alonso de Sotomayor "para su buen aviamiento, para que no peresca y aya efeto la jornada"; y lo confirma acabadamente la relación de servicios de su yerno el gobernador Hernandarias de Saavedra con estas palabras: "y hubiera perecido la armada que don Alonso de Sotomayor llevó á Chile, si el dicho capitán don Juan de Garay no le proveyera de comida, caballos, carretas, bueyes y navíos y lo demás necesario que para llevar la dicha armada hubo menester, hasta ponerlos en el mismo camino de tierra, *de andar en persona, de un pueblo á otro donde le mataron los indios naturales,* sin haber sido premiados tantos y buenos servicios." (En *Revista Patriótica del pasado argentino,* I, 158).

He aquí otro documento confirmatorio. Es la palabra de dos nietos del conquistador, don Cristóbal y don Bernabé de Garay y Saavedra — consignada en una petición sobre merced de tierras en 1638, donde se lee: *"que á su abuelo el general Juan de Garay subiendo deste puerto por este Rio grande de la Plata, á dicha ciudad de Santa Fé, para acabar de conducir y despachar la gente de guerra, que S. M. despachó para el reino de Chile con el gobernador don Alonso de Sotomayor, le mataron los indios".*

Este documento existente en el archivo de la escribanía de Gobierno de Buenos Aires, fué publicado por Trelles en el *Registro estadístico*, 1860, II, 6. Pudo ser consultado por el P. Lozano al escribir su historia, como pudo consultar la obra del arcediano Barco Centenera, impresa el año 1602, en cuyo canto XXIV describe cabalmente la arribada al Río de la Plata de la armada del gobernador Sotomayor, el eficaz socorro que le prestara Garay y aquel postrer viaje río arriba donde es sacrificado el fundador á mano de los manuases con cuarenta compañeros de la "escogida gente paragüeña y de la gente extremeña", es decir de la armada de Sotoma-

yor, pues como lo consigna una de sus octavas:

La más gente que trae es extremeña.

El autor de *La Argentina* es un coetáneo y amigo de Garay, su palabra es auténtica y la documentación de la época la ha confirmado plenamente.

Toda esta rica documentación es conocida por los estudiosos de nuestros orígenes y de ella nos servimos en *La iconografía,* para demostrar el error del P. Lozano, que supone al fundador en viaje de inspección á las fundaciones de la Asunción, sin sospechar el verdadero rumbo ni los motivos de aquel último viaje en que, por servir abnegadamente á la causa de su rey, perece por descuido en una emboscada de salvajes.

El relato del P. Lozano, — *Historia de la conquista del Paraguay*, III, 265, — en el que hace hincapié el P. Viñas, al referir la muerte en tierras del cacique Manuá, es decir en tierras entrerrianas, es absolutamente erróneo en la fecha, en los motivos del viaje y en el paraje de la matanza. Hoy sabemos que fué muerto en territorio de Buenos Aires, á inmediaciones de San Pedro.

"Por los años de 1584 — escribe, en efecto —

viendo el general Juan de Garay, muy aumentada ya su gran población de Buenos Aires, y todo el país de la comarca tan pacífico que no se oía el menor rumor de guerra, quiso salir á visitar la provincia por cumplir con la obligación de su empleo. Embarcóse con una compañía de soldados muy lucidos, que no tanto por necesidad de escolta, cuanto por hacerle ésta cortejo, se determinaron á este viaje, llevando algunos sus consortes porque eran vecinos de la Asunción, etcétera."

Ya se ha visto por la documentación de aquellos años que la referencia del escritor de la compañía es pura fantasía, y que no merece, por tanto, exhumarla frente á las pruebas irrefragables de que hicimos mención.

Y, sin embargo, porque lo escribió el reverendo P. Lozano, hay todavía quien cierre los ojos á la luz de la evidencia histórica y siga repitiendo que encuentra fundada la afirmación del escritor jesuíta, aunque la porfiada obstinación más bien parece lanzada para ratificar la creencia de que ese malhadado 1584 expresado en la leyenda del retrato, es lo que lo autentica, por ser aquella fecha la de la muerte del conquistador.

Por de contado, que no pretendemos persuadir á quien no quiere dejarse persuadir. Escribimos para el lector desprevenido y exento de prejuicios á quien impresionan estas rotundas y hueras afirmaciones, como otras de estilo pontifical que ha reasumido una reciente encuesta publicada en la revista *Atlántida*, donde encuentro estampado este solemne acertijo atribuído al P. Antonio Larrouy: "Los argumentos de Trelles y de Leguizamón carecen de suficiente consistencia, porque bien pudieran ser apócrifas las leyendas y ser auténtico el retrato" (1).

Y si lo único que pudiera darle visos de autenticidad son las leyendas y éstas resultan evidentemente falsas, en lo que parece que ya vamos estando todos de acurdo, ¿cómo y quién será capaz de demostrar que es auténtico el retrato?...

Tal vez se ejecutó después de la muerte teniendo por modelo al hijo, apunta el doctor Dardo Rocha en la encuesta como una nueva hipótesis arrojada al debate. Y ¿quién puede decirnos hoy cuáles eran los rasgos físicos del padre y del hijo, cuando ninguno de sus coetáneos nos ha

---

(1) EL RETRATO DE JUAN DE GARAY. *El arte y la historia*. En «*Atlántida*», N° I, 129 y siguientes.

dejado el más leve rastro siquiera para restablecerlos?

Se dice también que el traje corresponde á la indumentaria de la época. Este es otro punto obscuro é insoluble. El traje y los arreos militares serán del tipo usado por los guerreros de España que existen en las armerías reales y de que se ha valido Moreno Carbonero para su cuadro de *La fundación de Buenos Aires*. Pero eso sólo demuestra que la obra pudo pintarse mucho después de la desaparición del personaje, como lo evidencian las inscripciones por sus caracteres modernos. Más, ¿quién puede asegurar que ese fuera el traje usado por Garay que vino á América siendo niño, pobre y desconocido, y aquí pasó cuarenta años, haciendo una vida andariega de rudas penurias entre bosques y campos desiertos, careciendo de lo más necesario para vivir en estas "tierras pobres, cerradas y remotas y apartadas", como dice en su carta suplicatoria á Felipe II en 9 de marzo de 1583, pocos días antes de ser sacrificado por el indio que creía dominado?

Es más lógico suponer entonces que, en vez de la airosa armadura marcial y el capacete de

vistosas plumas de los guerreros que acaudillaba el duque de Alba en las guerras del continente, los conquistadores de la tierra salvaje anduvieran pobremente vestidos con andrajos y cueros como los indios, puesto que no tenían facilidades para reponer las ropas y los arneses destruídos por la intemperie y la diaria pelea.

Bah! Siempre las sombras del prejuicio arbitrario que no razona; siempre las sombras impalpables que se desvanecen ante la demostración crítica, para juntarse de nuevo más allá como en la imagen virgiliana...

Pero no era ese el punto que motiva esta réplica. Nos propusimos demostrar únicamente que la verdadera fecha del sacrificio del simpático conquistador es el año 1583, y no 1584 como luce estampado sobre su supuesto retrato de Garay, porque el pintor para darle cuño auténtico, adoptó como cierto el lapsus del P. Lozano que ha resultado falso, y esto queda irrebatible para siempre.

COPLAS DE LA TIERRA

«PETENERA Y VIDALITA»

COPLAS DE LA TIERRA

«PETENERA Y VIDALITA»

Nuestro ilustre huésped el Sr. Juan Antonio Cavestany, acaba de publicar en Madrid un volumen de versos con el título de *Tras los mares,* que incita á curiosear lo que atesoran sus páginas, por el asunto y la acreditada firma que lo abona. Desde la dedicatoria, se advierte que aquello es un manojo de cantares ofrecido á la Argentina y Chile, á manera de prenda promisoria de la simpatía y de la fraternidad de afectos del autor hacia dos pueblos á quienes lo atraen los vínculos seculares de la raza y el verbo sonoro del común idioma.

Es, pues, un saludo de bardo cuya cortesanía hasta excesiva por la belleza de las mujeres sudamericanas no puede ser materia de comentarios, desde que es don de poetas el ser gentiles, y no

sería tampoco cortés el discutir aquí la forma con que ha sido rendido ese homenaje, ni aquilatar el mérito artístico de sus versos fáciles que ruedan á través de las doscientas páginas del libro, como una cascada abundosa de armonías que brotaron apresuradas de su pluma en el breve espacio de noventa días.

El señor Cavestany es sevillano, de la tierra fecunda en ingenios, de la región de la luz y los floridos vergeles; tiene como todos los hijos de aquel pueblo galante y rimador el verso á flor de labios, no es maravilla entonces que haya realizado su proeza de fecundidad escribiendo un libro lírico en el tiempo que Heredia habría empleado en cincelar un par de sonetos como "El viejo orfebre" ó "Los conquistadores".

Pero se cuenta que Lope de Vega, su insigne paisano, escribió cerca de dos mil comedias en verso, muchas de las cuales no le costaron más que un día de trabajo, como él mismo lo asegura en el conocido dístico:

Y más de ciento en horas veinticuatro
Pasaron de las musas al teatro.

Pero lo repetimos, no es nuestro propósito dis-

cutir el valor de la obra poética condensada en este volumen. Quede esa tarea para los críticos literarios. Nuestro punto de observación será otro; no se dirigirá al poeta sinó al académico, título con que viene investido tan conspicuo heraldo de la madre patria.

El señor Cavestany, es miembro de la real academia española que, según el viejo mote de la venerable institución, limpia, fija y da esplendor á la lengua. Con esa honrosa credencial viene precedido su libro; de manera que las voces y las costumbres que el poeta ha reflejado en sus impresiones americanas llevan el pasaporte de lo recogido *in situ* como auténticas, y serán incorporadas mañana tal vez, al léxico para enriquecerlo.

He aquí, el punto de nuestra discrepancia que concretamos á la composición "Petenera y Vidalita", en que el autor nos presenta á manera de hermoso símbolo dos cantares característicos de su tierra sevillana y de mi tierra argentina, como si fueran hermanos, nacidos de la misma sangre andaluza, como "la cadena bendita que junta á toda una raza".

Oigamos entretanto al poeta:

Recién lanzada con brío
por una boca hechicera
volaba una petenera
por Sevilla, junto al río,

cuando oyó que allá distante,
como un eco encantador,
vibraba el dulce rumor
de otro cantar semejante.

. . . .

La petenera, asombrada
por la extraña melodía
que repetir parecía
su misma copla acordada,

buscando la explicación
preguntó con tono seco:
—¿Es otra voz ó es el eco
quién repite esta canción?

Y resonando hasta allí
repuso una voz lejana:

— Y tú ¿quién eres, hermana,
que me preguntas así?

—¡Hola! ¿Eres otro cantar?
—Sí—respondióle el segundo.
—¿Dónde estás?—En otro Mundo,
muy lejos, pasando el mar...

Pues te pareces á mí
por tu tono dulce y suave.
—No sé mi origen. ¡Quién sabe
si habré nacido de tí!

—¿Te tienes por extranjera?
—Tu voz mi sospecha incita.
—¿Tu nombre?—La vidalita.
—¿Y el tuyo?—La petenera.

— ¿Andaluza? — claro está:
de Sevilla, del Edén....
—Yo debo tener también
sangre andaluza.—Quizá.

Tienes rasgos singulares
que son de la patria mía.

—Dicen que es Andalucía
la tierra de los cantares.

. . . .

Con lo que decir te oí,
que es, aseguro de nuevo,
hija esta sangre que llevo
de la que corre por tí.

. . . .

Mi esencia es tu misma esencia,
donde te inspiras me inspiro;
y acaso, si bien lo miro,
mi cadencia es tu cadencia.

Esa cadencia moruna
que habla de noches templadas,
y de palmeras besadas
por los rayos de la luna....

. . . .

Y el poeta que oyó aquel diálogo á través de los mares exclama vibrante de lírica emoción:

Volad, canciones divinas;
volad felices hermanas,
por las huertas sevillanas
y las pampas argentinas;

el grato y rítmico són
de vuestras notas vibrantes,
junta á dos pueblos distantes
en una sola canción:

. . . .

¿Qué importan los océanos,
si más fuerte que los mares
dos pueblos en dos cantares
se dan abrazos de hermanos?

La suerte así los enlaza.
Petenera y Vidalita,
¡sois la cadena bendita
que junta á toda una raza!

* * *

El pensamiento es, sin duda, generoso y fraternal, y á ser expresión de una verdad étnica el símbolo resultaría realmente hermoso, con esa cadena formada por el ritmo de dos canciones que atan á dos pueblos á través de la inmensidad del mar. Más involuntariamente viene á la memoria la reminiscencia de aquella exclamación del famoso soneto: Lástima grande que no sea verdad tanta belleza!...

El señor Cavestany ha repetido sin meditar el concepto,—muy generalizado pero que no es una verdad comprobada,—de que la poesía y la música argentina es la herencia dejada por los conquistadores, producto de la alegría burbujeante del andaluz mezclada á las recónditas tristezas de la Pampa, siendo el gaucho la encarnación que la perpetuó con su áspera vida de penurias en el desamparo del desierto.

Es posible que algunos de los cantos criollos y bailes populares,—como la guitarra que sirve para acompañarlos,—sean de importación peninsular por la semejanza del ritmo y el aire de las figuras en ciertas danzas, pero nos parece que no han de encontrarse abolengos exóticos en las más carac-

terísticas, como El Pericón y El Gato, por su inconfundible cepa nativa.

En cuanto al caso ocurrente pensamos que ese común linaje se rompe, y que por el contrario es fácil demostrar que la petenera y la vidalita en vez de ser hermanas, germinadas en sentimientos afines á punto de semejar la primera, copla acordada de la otra, como dice el señor Cavestany, son completamente diferentes por su origen, la estructura del verso y la cadencia melódica, no teniendo más aire familiar que el idioma aunque bastardeado por el típico ceceo flamenco y las rudas hablas del lenguaje gaucho; es decir una forma de expresión primitiva que las diferencia y aleja en vez de imprimirles parecido.

La petenera es alegre y triste á la vez; canta la alegría estrepitosa, petulante y bravía de las juergas, y llora penas de amor entre el vocear tumultuoso y ardiente del redondél que excita y alarga la nota con apogiaturas y variantes lastimeras, según la garganta y la habilidad del cantor.

La vidalita es, por el contrario, triste siempre; su música sencilla, su letra casi sin variantes le imprimen un acento sentido de melancolía profunda y resignada, en que parecen flotar los su-

frimientos de la raza indígena y los anhelos del alma gaucha que reflejó en aquellas toscas canciones las amarguras de su mortal desamparo. La vidalita es quejido lastimero, es grito hondo de dolor, como lo expresa el estribillo de su canción: ¡Ay, mi vida!

Además, la vidalita no es cantar de la Pampa; han engañado al señor Cavestany, los que le contaron tal cosa. La Pampa tuvo los *tristes* de Santos Vega vertidos en la sonora décima castellana, y los *cielitos* con que Bartolomé Hidalgo enardecía á las masas criollas contra el godo, allá en la lucha de la independencia empleando el metro del romancero español.

La vidalita es un canto montañés—de tierra adentro—como se dice cuando aludimos á las provincias de La Rioja, Catamarca, Salta y Santiago del Estero, donde aún se encuentran visibles las huellas de la dominación incásica, que fué la que nos trajo ese cantar, pues así lo denuncia su extraño nombre derivado de las voces quíchuas *viday* ó *viditay* que, en la lengua del Cuzco quieren decir: ¡Mi vida! Es ese estribillo *viday, viditay* ó *vidala,* según otros, el que con su repetición ha formado el nombre de la canción.

No es posible, por otra parte, atribuir su aparición sobre el suelo argentino á una importación andaluza traída por el conquistador, desde que la dominación incásica es mucho anterior como lo atestiguan los monumentos de piedra y los sepulcros y sobretodo los lugares señalados con nombres indígenas que marcan á manera de jalones milenarios el paso de la raza de los indios del Perú, perpetuando su lengua y sus costumbres en una porción de nuestro territorio.

Nos parece más natural buscarle entonces su entroncamiento en la suave tristeza de la *quena* y el *yaraví* peruano, cuyo vago quejido plañidero se transparenta y persiste en nuestras vidalitas serranas, por más que hayan abandonado el lenguaje primitivo para amoldarse al idioma del conquistador (1).

---

(1) La parte más interesante de la poesía quichua la formaban los *haravíes*, ó canciones elegiacas, cuyo objeto es ordinariamente el amor desgraciado ú olvidado, y no se sabe si se ha de admirar más en ellas la armónica composición mecánica ó la expresión de los más profundos afectos de un dolor desesperado y angustioso (Rivero y Tschudi, *Antigüedades Peruanas*, pág, 114). I según el inca Garcilaso de la Vega, cada canción tenía su tonada conocida y no podían decir dos canciones diferentes por una tonada, y esto era porque el galán enamorado dando música de noche con su flauta (*píncullu*), por la tonada

Es digno de observar también que el instrumento predilecto para acompañar dichos cantares, no es la guitarra, como podría suponerse, sino una especie de tambor á estar al testimonio de viajeros y exploradores. Y el tambor—*huancar*—en quíchua, servía á los indios para acompañar sus cantos, según dicen Rivero y Tschudi en las *Antigüedades Peruanas,* página 135. Dos escritores contemporáneos,—Joaquín V. González y Samuel A. Lafone Quevedo,—refieren que la vidalita se canta en La Rioja y Catamarca con acompañamiento de tambor.

Dice así el escritor riojano:

"La vidalita tiene su escenario y sus espectadores; es todo un rasgo distintivo de aquellas costumbres casi indígenas, y como el canto de ciertas aves, aparece en la estación propicia. Es cuando los bosques de algarrobos comienzan á despedir sus frutos amarillos de excitante sabor, y cuando el *coyoyo,* de largo y monótono grito, adormece los desiertos valles y los llanos interiores. Entonces ya se comienza á descolgar del

---

que tenía decía á la dama, y á todo el mundo el contento ó descontento de su ánimo, conforme al favor ó desfavor que se le hacía (*Comentarios reales*, lib. II, cap. XXVI, Madrid 1723).

clavo los tambores que durmieron un año, cubiertos de polvo, bajo el techo del rancho de *quincha;* se busca cintas para adornarlos, se pone en tensión la piel sonora y se invita á los vecinos, los compañeros de siempre para las serenatas, allí donde concurren las muchachas engalanadas y donosas como los árboles nuevos. Ya llega el grupo de cantores, anunciando con suaves sonidos, como á manera de saludo, que van á cantar en su puerta. El tambor bate entonces el acompañamiento, y los duos quejumbrosos hienden el aire sereno de las noches de estío" (1).

En cuanto al segundo, al describir las fiestas del Chiqui la divinidad de la adversa fortuna—para conjurar las plagas en las labranzas—refiere que hombres y mujeres se reunían al pie de un algarrobo—el *tacu* venerable—con varias tinajas de aloja y dando vueltas alrededor del tronco bebían la aloja entonando el canto ó *vidala* llamado del Chiqui (2).

El dato suministrado por estos escritores regionales resulta muy interesante, porque comprueba

(1) JOAQUÍN V. GONZÁLEZ, *Mis montañas*, pág. 47.

(2) SAMUEL A. LAFONE QUEVEDO, *Lóndres y Catamarca*, pág. 250; y *Tesoro de catamarqueñismos*, pág. 103.

la supervivencia de las bacanales indias llamadas del Arbol, el Chiquí y la Chaya; ó sea las fiestas del algarrobo que da la aloja, la conjuración del infortunio para las cosechas y la alegría del carnaval, que debieron traer los quichuas, pues afirma Montesinos que desde época remota era conocido Chiquí en el Perú como una divinidad siniestra (1).

El *Tesoro de catamarqueñismos* presenta la siguiente vidalita de las fiestas del carnaval, y agrega el autor que las que oyó cantar á los indios bajo un algarrobo eran algo más salvajes y lastimeras:

De aquel cerro verde
Bajan mis ovejas,
Unas trasquiladas
Y otras sin orejas.

Otras sin orejas,
¡Ay! vidalita, y por el carnaval,
Por el carnaval,
¡Ay! vidalita, que se hay acabar.

---

(1) Fernando Montesinos, *Memorias historiales y políticas del Perú*, cap. XIV, pág. 80; y Adán Quiroga, *La cruz en América*, pág. 113.

Que se hay acabar,
¡Ay! vidalita, al año cabal,
Al año cabal
¡Ay! vidalita, cantar y bailar.

Toda la rusticidad de estas coplas selváticas, con su ingenuo y agreste sabor añejo, están denunciando su orígen indiano, y evocan las alegrías de las fiestas bajo la sombra de las arboledas, mientras resonaba en el ambiente el grito de alerta denunciador de la madurez de la algarroba, por el sol que la está quemando: *Inti rupas tian!*...

*
* *

He aquí ahora, otro ejemplo de la vidalita, tal como se conserva en nuestros días, pero con una variante en el estribillo que la asemeja más á la forma primitiva *vidatay*, para imprimirle su quejumbre profunda:

No hay rama en el monte
vidalitá,
Que florida esté,
Todos son despojos
vidalitá,
Desde que él se fué.

Y esta más antigua aún, de los tiempos de la tiranía, cuando el general Lavalle encontró la muerte, y cuya noticia debió volar por los campos como un largo clamor ante las esperanzas de libertad derrumbadas bruscamente. Un rimador anónimo condensó las palpitaciones y las angustias del alma de las muchedumbres que interrogaban anhelosas, en esta copla popular:

Hombres y mujeres
¡Ay! vidalita,
Andan por las calles
Preguntando á todos,
¡Ay! vidalita
Si han muerto á Lavalle....

Compárense ahora estos cantos de dolor y desconsuelo y el coro de voces rudas pero intensas que lanzaron á los vientos la armonía errante de las vidalitas como los sollozos de una raza, con las siguientes peteneras de corte clásico, diré así, por el acento característico y se advertirá al pronto la diferencia que las separa:

Quien te puso petenera
No te supo poner nombre,
Más vale te hubiera puesto
La perdición de los hombres.

Y esta otra que pinta la constancia en el querer:

Subí á la sala del crímen
Y le dije al presidente:
Si el querer bien es delito
Que me condenen á muerte.

O esta que con el pintoresco y gracioso decir flamenco nos presenta el reverso del mismo sentimiento, amplificándolo en una imágen audaz y exagerada, con la hipérbolle inconfundible del decir andaluz:

Si la mar fuera de tinta
Y el cielo de papel doble,
No se podría escribir
Lo falsos que son los hombres...

Desde luego, por la forma métrica se advierte que ambos cantares no son semejantes.

La vidalita es una cuarteta de versos hexasílabos á la que se interpola entre el primer y tercer pié un pentasílabo formado por la repetición del estribillo: ¡Ay! vidalita. La petenera en cambio, está formada por octosílabos y tiene el rasgo peculiar de que al cantarse se repite el primer verso alargando la estrofa con interjecciones y apogiaturas que varían á gusto del cantor hasta hacer morir la última sílaba como una queja que se ahogara con un sollozo en la garganta.

Basta oirlas entonar una sola vez, basta escuchar su acorde musical para persuadirse de que su movimiento y sus cadencias no son semejantes. La modulación de la primera es sencilla, sin variantes, y su tonalidad es uniforme algo monótona cuando se cantan más de dos estrofas.

En cambio en la segunda es sabido que cada cantor le introduce variantes y hasta suelen añadirle exclamaciones de ternura ó de dolor: "Niña de mi corazón", por ejemplo—para imprimirle más colorido y animación. Y según asegura Zerolo en su diccionario enciclopódico la petenera es canto y baile popular; mientras nuestra vidalita es sólo canto de una voz ó de duo.

Sin duda, el señor Cavestany no habrá oido

cantar vidalitas ó las ha sentido cantar mal, porque de otra manera no habría afirmado que tienen tanta similitud con las peteneras, á punto de parecer hermanas; como ha sido mal informado sobre el origen de ese cantar montañés que no resuena de consiguiente "por potreros y llanuras", ni ha podido hacerle decir en el diálogo en que lo personifica: "también soy la Pampa entera,— que es mi madre y vive en mí".

El distinguido poeta ha cometido un grave error al creer que algunos meses de residencia en Buenos Aires le habilitaban para conocer su medio ambiente y penetrar los arcanos del pasado argentino. De ahí las fallas de sus juicios erróneos como se ha visto.

Pero este es el punto, donde claudican invariablemente todos los escritores extranjeros en su afán de encontrarnos pintorescos y exóticos, que los lleva á decir cosas muy divertidas, como las que nos contó recientemente Clemenceau, á propósito de nuestras cotumbres campestres desde las columnas de *La Prensa.*

Ya Próspero Mérimée había referido á los lectores de la *Revista de Ambos Mundos,* que cuando un gaucho se encuentra en medio de la

Pampa y la sed empieza á mortificarle, echa tranquilamente pié á tierra, abre una sangría en el pescuezo de su caballo, aplica sus labios á la herida y absorbe con delicia la sangre del animal. Y Pierre Loti dice en alguna de sus novelas que vió en Montevideo: un no sé qué de salvaje...En cambio Anatole France fué más galante, diciendo que aquella era la tierra del café y del tabaco...

Ah! la Pampa y el gaucho continúan siendo el filón inexhausto para ciertos escritores costumbristas de allende el mar. Y sin duda, resultaría una antología risueña si se seleccionaran las cosas de bulto que dijeron con tanto desenfado como ignorancia de la geografía y hasta del sentido común sobre esta tierra incógnita.

Pero no es de extrañar que los extranjeros incurran en semejantes desbarros, cuando algunos escritores de la tierra los cometen por falta de observación; así desde que al señor Luis Domínguez se le ocurrió contar—en deplorables versos—que el ombú era el rasgo prominente de la Pampa, cuántos no han seguido matizando la soledad anchurosa del desierto con ese árbol originario de las Misiones, que no soporta las inclemencias de la llanura azotada por el pampero y

las heladas de invierno. Todavía si fueren los eucaliptos cantados por Enrique Banchs en la "Oda á los padres de la patria"!...

El señor Cavestany debía ser fatalmente víctima del engaño de esa bizarra conseja, y así en el "Canto á la Argentina", nos señala el pasaje del fiero conquistador "sembrando con ombúes su camino", licencia poética contra la cual protesta la historia de la conquista, porque es sabido que aquellos bravos dominadores no eran amigos de la civilización del árbol, como no lo fueron tampoco los primeros pobladores que vinieron en pos—el gaucho y el vasco—al ir á disputar al salvaje sus dominios del desierto.

Empero, si no resulta exacto el símil soñado por el poeta al encarnar en esos cantos los vínculos seculares de la raza y del idioma, ello no impedirá nunca para que los españoles y argentinos los escuchemos dulcemente emocionados, al sentir resonar sus espontáneas melodías que gimen añoranzas morunas y tristezas indígenas. Y con la misma pasión con que él exalta el inconfundible abolengo de la copla de su nativa tierra sevillana, ha de concederme que defienda yo el origen americano de la vidalita; y, que empleando

una voz del tosco lenguaje aborigen que aún la entona allá bajo la sombra de nuestros bosques mediterráneos, le diga:—*Kayca noccapa,*— esto es mío.

FIN

ÍNDICE

ESTE LIBRO ACABÓSE DE IMPRIMIR
EN LOS TALLERES DE J. LAJOUANE & CÍA.
EN BUENOS AIRES EL XVIII DE OCTUBRE
DEL AÑO MCMXI

6286-12

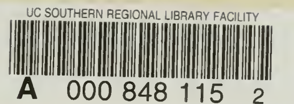
University of California
SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
405 Hilgard Avenue, Los Angeles, CA 90024-1388
Return this material to the library
from which it was borrowed.

NON-RENEWABLE

JUL 18 1991

REC'D LD-URL ILL/CSO
DUE 2 WKS FROM DATE RECEIVED
AUG 29 1991

UNIVERSITY OF CALIFORNIA
AT
LOS ANGELES
LIBRARY


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
A 000 848 115 2

